

Lady Seren

La hija del marqués

Una novela de Serendipia Stark

LA HIJA DEL MARQUÉS

SERIE «Calle de Madrid» I

La serie «Calle de Madrid» está compuesta por **4 novelas autoconclusivas,** ambientadas en el Madrid de principios del siglo XX**.**
Si adoras series como **Downton Abbey**, **La Promesa** o **Gran Hotel**, si disfrutas el romance histórico y los universos costumbristas históricos al estilo de Jane Austen, no puedes perdértela. Espero que te haga disfrutar.
Sobre todo, GRACIAS por leer.

Te espero a diario en mis redes sociales:
INSTAGRAM: @serendipia_stark_escritora
FACEBOOK: Serendipia Escritora

©SerendipiaStark2024
Código ASIN: B0DB11H5F2
Todos los derechos reservados©
Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, actual o futuro; el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear cualquier fragmento de esta obra.

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

Empieza a leer…

MADRID,
1918

1

Una terrible desgracia

A aquellas horas, la insigne casa del número diez de la calle del Barquillo, en Madrid, así como la mayoría de sus ocupantes, dormían con la mayor placidez.

Lo hizo hasta que aquellos golpes apresurados en la puerta principal quebraron la paz de las rutinas mañaneras, alteraron los nervios de las criadas que subían y bajaban escaleras cargadas con sábanas limpias, y envararon al mayordomo que, en el comedor de servicio, degustaba un espléndido café recién hecho.

—¿Qué son esos ruidos espantosos? ¿Alguien pretende echar la casa abajo?

—Llaman a la puerta, señor Cortés —informó un criado con librea, al estilo de los lacayos ingleses.

El mayordomo frunció el ceño, resistiéndose a abandonar su cómoda actividad, buscando con pupilas irritadas al ama de llaves, sin encontrarla. No obstante, la insistencia de quien fuera aporreando la puerta lo obligó a levantarse. Con un resoplido.

En las buenas casas, es el mayordomo quien debe recibir a las visitas. Sin embargo, ninguna visita medianamente honorable golpeaba de aquella forma una puerta principal. Ni por asomo.

Estiró el chaleco desde los bajos, alzó el mentón y tratando de olvidar lo delicioso que estaba el café que había tenido que abandonar, procedió a la apertura.

Desde luego, ni en sus peores pesadillas hubiera esperado encontrar lo que aguardaba tras los gruesos maderos. Un joven alto y bien parecido, con el rostro desencajado y una silueta inánime, desmadejada en sus brazos, tratando de entrar sin siquiera ser invitado.

—¡Abran paso! ¡Avisen a un médico! ¡Rápido! ¡Un médico!

—¿Puedo preguntar quién…?

El riguroso señor Cortés se mordió la lengua y no acabó la frase cuando sus ojos se abrieron con desmesura. Al acercarse un poco, pudo reconocer el rostro pálido de la muchacha inconsciente, que no era otra que su señorita, la hija de su patrón, el marqués. Aparte de estar privada de sentido, venía sucia, con el pelo revuelto y le faltaba un zapato.

No entendía nada.

La señorita debía de estar durmiendo en su alcoba, era muy temprano, todavía no se habían servido los desayunos de la planta noble. ¿Qué diablos estaba ocurriendo?

—¿Piensa quedarse ahí plantado como un pasmarote? Esta joven precisa de asistencia urgente. ¡Dígame dónde puedo acomodarla!

El vozarrón del desconocido acabó de perturbarlo. Sin necesidad de mirar, podía adivinar al grueso de los criados a sus espaldas, observando la escena como bobalicones almidonados.

—¿Quién es usted? —logró balbucear muy confundido.

—¿Acaso eso importa? —Elevó ligeramente los brazos y con ello, a la muchacha, como

señalándola— ¿La conocen?

—Me temo que eso no es asunto suyo.

El joven puso los ojos en blanco. Cualquiera más avispado que el señor Cortés, cuyos intereses se reducían a la impecable marcha de la casa donde servía, se hubiese dado cuenta de que empezaba a impacientarse, y mucho.

—Siento llevarle la contraria, lo es, si la joven me ha indicado una dirección equivocada.

—¿Ella le ha dicho que la traiga?

—En los breves segundos en que recuperó el sentido, sí.

—¿Qué ha pasado?

—La he atropellado con mi coche.

El corazón y el estómago del señor Cortés sufrieron un retortijón que estuvo a punto de enviarlo al otro barrio. Se tambaleó con evidente peligro, al tiempo que indicaba la puerta abierta a un coqueto salón de visitas.

—Ahí… en el sofá. ¡Andrés!

El chico del servicio llegó corriendo a saltos.

—Señor Cortés.

—Avise a la señora Manuela. Que dé cuenta de la desgracia a los señores. ¡Teresa!

—Sí, señor Cortés.

—Llame con urgencia al doctor Ferrer. Que venga de inmediato.

—Por fin algo de efectividad y diligencia —farfulló el joven adentrándose en la estancia, depositando con cuidado a la muchacha en un sofá que le pareció la mar de incómodo.

—Le aseguro que si algo sobra en esta casa es diligencia. Ha sido la parálisis del pasmo… —El señor Cortés cayó repentinamente en la cuenta de que se estaba excusando delante de un extraño, algo que su categoría no permitía en absoluto. Así que se calló.

Un extraño no demasiado bien vestido, por cierto.

En un puñado de minutos, un huracán parecía haberlo barrido todo, la casa estaba patas arriba. El marqués había ordenado que no se despertara a la señora y que, en lo posible, se impidiera que conociera la noticia hasta que el médico hubiese emitido un diagnóstico acerca del estado de su querida hija. El ama de llaves, doña Manuela, blanca como la cal y temblorosa, prescribía indicaciones a las criadas a fin de que cargaran con ollas de agua hervida, toallas y remedios del botiquín, por si acaso. Mientras el doctor, que estaba terminando de atender un parto, llegaba.

El marqués apareció en la sala, pulcramente vestido de mañana y doña Manuela corrió despavorida a su encuentro.

—Deberíamos trasladarla a su dormitorio, señoría —susurró al oído de su patrón, restregándose las manos con nerviosismo.

—No creo que sea buena idea —los interrumpió el desconocido—. Quién sabe qué lesiones pueda padecer, no es conveniente moverla…

—En apariencia solo ha perdido el conocimiento —observó demudado el mayordomo.

El joven del que nadie sabía su nombre lo fulminó con una dura mirada de reproche.

—Las lesiones internas, las que no se ven y solo puede descubrir un médico, a menudo son las más peligrosas.

—¿Hace cuánto que ha ocurrido? —quiso saber el marqués, rígido como un tronco, con las suelas de sus lustrosos zapatos pegadas al suelo, sin permitirle avanzar un solo paso.

El desconocido, mucho más cerca de la herida que su padre, desvió la mirada y la observó con aflicción.

—Un par de horas… Aproximadamente.

—¿Un par de horas? —bramó el marqués, que por fin parecía ir saliendo de su sopor— ¿Cómo se le ocurre no traer de inmediato a la señorita a su hogar?

El joven se irguió cuan alto era. Ofendido y algo irritado por la recriminación.

—¿Quizá porque no la conozco, ignoraba hacia dónde dirigirme y la señorita no estaba en condiciones de facilitarme dato alguno?

—Señoría, entiendo que esto es intolerable… —se entrometió el señor Cortés.

—¿Quizá porque puse por delante la salud de la señorita y salvarle la vida propiciando que la viera un médico, siguiendo a pies juntillas sus indicaciones?

El marqués de Bonagua agachó la cabeza y todo su ilustre ser pareció encogerse.

—Tiene usted razón. Deberíamos mostrarnos más agradecidos.

—¿Agradecidos? —se oyó una voz femenina y aguda por la espalda— ¡Es él quien la atropelló!

—Querida, ¿qué haces que no estás en la cama?

La marquesa cruzó por delante de todos ellos como un tornado imparable. Se arrodilló junto al diván y tomó la mano inerte de su hija, con lágrimas en los ojos.

—Ya llegó el doctor —anunciaron a dúo dos criados—. ¡El médico! ¡El médico ya está aquí!

2

Un desconocido sospechoso

En un abrir y cerrar de ojos, el anciano doctor Ferrer se apropió de la situación y todos, menos la señora marquesa en su calidad de madre, se vieron recluidos en el amplio recibidor, sin saber muy bien qué hacer. El señor Cortés disolvió la reunión de criados ociosos y tanto él como la señora Manuela los mandaron a hacer sus labores del día, que por causas evidentes se estaban retrasando.

—Y nada de chismorreos —advirtió severa el ama de llaves—. Como pille a alguien cotorreando acerca de lo que ha acontecido, ya podéis ir buscando otra casa donde servir. ¡A trabajar! —Se giró hacia el dueño de la mansión y sus ademanes, su semblante y el tono autoritario de su voz, se esfumaron como por encanto—. Le prepararé un desayuno al señor en la biblioteca mientras espera al médico.

El desconocido que había traído y, probablemente salvado la vida de la hija del marqués, manoseó la boina que sostenía entre las manos, dándole un par de vueltas.

—Bueno, yo creo que debería ir marchándome…

—Nada de eso, joven, pase, que quiero hablar con usted.

—Pero…

—Se dirigirá al señor marqués como su señoría —rugió el mayordomo.

Se le colocó al flanco como advertencia de que de allí no podría escapar sin cumplir las órdenes del señor. Y si el mandato era que se quedara, se quedaría. Vaya si se quedaría. Aunque tuvieran que sujetarlo entre seis.

—Oh, su señoría, disculpe. No conocía su rango…

El noble, que de pronto parecía haber envejecido diez años, levantó una mano cansada al aire.

—Eso carece de importancia en estos momentos. Señor Cortés, traiga café para todos.

—Señoría, este individuo ha atropellado a la señorita Beatriz —replicó el sirviente con escándalo.

—¡Por culpa exclusiva de ella! —se defendió colérico el muchacho—. Se atravesó en el camino cuando apenas si despuntaba el sol por el horizonte. ¡Ni llegué a verla!

—Pero ¿qué está diciendo? —se entrometió el ama de llaves—. La señorita no sale a ninguna parte a esas horas.

El joven recorrió la habitación y el conjunto de caras hostiles con una sonrisa parca de incredulidad.

—¿También van a acusarme de haberla sacado de su dormitorio a rastras? —Giró para encarar al padre de la afectada—. Por Dios, ponga un poco de cordura en esta discusión irracional, señoría. Empiezo a arrepentirme de mi buena obra.

—¿Ha intentado usted matar a mi hija?

—¿Qué demonios insinúa?

—Señora Manuela, los cafés.

—Enseguida, señoría.

—He preguntado que qué demonios insinúa —repitió el joven con renovada contundencia.

—No es que no le honre no haber huido. Se ha presentado aquí, a dar la cara. Se lo tendremos en cuenta.

Las cejas del desconocido se arquearon con asombro. El portentoso señor Cortés, con toda su gallarda envergadura se había atravesado en la puerta cortándole el paso y, con ello, cualquier tentativa de escape.

—¿Quién? ¿Quién lo tendrá en cuenta?

—Las autoridades, claro. Señor Cortés, avise a la guardia de vigilancia.

El joven los miró de hito en hito.

—¿Están ustedes locos?

Una puerta lateral se abrió de repente, dando paso a la más hermosa criatura que muchos habrían visto en su vida. Bella, pese al lamentable estado de su atuendo y peinado.

—¡Padre!

—¡Hija!

El médico y la marquesa aparecieron a la carrera tras ella, gritándole prudencia con histéricos alaridos.

El joven trató de aprovechar el momentáneo caos para esquivar al mayordomo y escapar. El señor Cortés, un poco tarde, adivinó sus intenciones y trató de agarrarlo con ambos brazos, pero el joven era, además de eso, más atlético, ágil y fuerte y le propinó un inesperado puñetazo en la parte baja de la mandíbula que lo hizo trastabillar. Cuando el desconocido abrió de golpe la puerta, se encontró de frente con otros dos criados que acudían al son del revuelo.

—¡Agarradlo! —masculló el señor Cortés frotándose la zona dolorida— ¡Que no escape!

—¡Padre!

El joven se abalanzó contra los criados, que lo sujetaron por ambos brazos. Se retorció para soltarse y acertó a propinar otro par de certeros puñetazos y alguna patada. Todo el mundo menos él estaba cobrando, y de qué modo. Lo malo fue que la algarabía de gritos atrajo a otros cuatro criados dispuestos a socorrer a su superior y compañeros y pronto, el desconocido se vio inmovilizado por demasiadas manos crispadas al mismo tiempo.

—¡Padre! —insistió desesperada la muchacha.

—¿Qué?

—¡Está diciendo la verdad! Yo tuve la culpa de todo.

—¡Hija! —graznó la marquesa al borde de un ataque.

—Pedidle perdón y dejadlo ir —ordenó la joven con inusitadas dotes de mando.

—¿Sin recompensa? —se quejó el desconocido, recolocándose la ropa una vez estuvo libre.

El marqués se volvió a mirarlo con extrema curiosidad.

—¿Esperaba usted una?

—Sí, desde luego, por mi buena acción.

—Imaginé que sería usted un caballero de posibles, desahogado y sin apuros económicos.

—¿De dónde saca usted todas esas ideas?

—De sus modales e infinita educación, de la calidad de su ropa, aunque resulte inapropiada para el momento y lugar, y esté más usada de la cuenta.

El desconocido carraspeó y se ajustó la corbata.

—Tengo pensado destinarlo a… obras de caridad, señoría.

—Si es así… Señor Cortés, dele quinientas pesetas a este amable joven.

—¿Quinientas pesetas? —se soliviantó el mayordomo con los ojos como sartenes.

—¿Le parece excesivo para alguien que nos ha devuelto a Beatriz sana, salva y tan rebelde como de costumbre?

—¿Ya no llamamos a la guardia? —Sonó desilusionado.

El marqués dejó ir un larguísimo y sentido suspiro antes de desplomarse en una butaca como un fardo.

—Ya ha oído a la señorita, admite que la culpa fue enteramente suya. De verdad, me cuesta soportar este tipo de altercados sin siquiera haberme tomado el café de la mañana. Señora Manuela…

La mujer reapareció por arte de magia, como si nunca se hubiera ido.

—Enseguida se lo sirven, señor.

El marqués volvió a fijarse en el joven que ya salía.

—¿Le parecen bien quinientas pesetas?

—Me parecen estupendamente, señoría.

—¿Bastará para sus obras… benéficas?

—Desde luego que sí, señoría. Me alegro de que lo de la señorita no haya sido nada.

—Oiga, joven.

—Dígame, señoría.

—Vaya con Dios. Y no vuelva a atropellar a nadie de esta casa.

3

Un asunto del que me niego a hablar

Beatriz

Mi señor padre no era muy dado a los escándalos. De hecho, si uno lo asaltaba, solía provocarle berrinche con dolor de cabeza de varios días de duración. En cuanto el alboroto se aplacó, se había derrumbado en aquella butaca y no había vuelto a moverse, como si estuviera demasiado cansado para hablar o gesticular.

—¿No deberías estar en la cama? —indagó la marquesa con preocupación— Díganos, doctor, ¿no debería mi hija guardar reposo después del atropello?

—Cielos, Eugenia, no emplees esa palabra tan espantosa —rogó mi atribulado padre entre dientes.

—Es lo que ha ocurrido, de nada sirven los eufemismos, querido. ¿Qué nos dice, doctor?

—Estoy bien, madre, estoy perfectamente —los corté antes de que fuese demasiado tarde y entre todos me encamaran por espacio de un mes.

—Debería evitar todo esfuerzo al menos por un par de días, con eso bastará —indicó el médico haciendo ademán de irse.

—¿Lo ves?

—Prometo meterme en la cama —cedí—. Después de haber desayunado. Lo prometo.

—Si no se les ofrece nada más, me van a permitir que me ausente, señorías. Ha sido una noche muy larga.

—¿La baronesa de Pretil? —indagó la marquesa súbitamente animada.

—La misma. Un parto difícil. Ha sido niño.

El buen doctor se marchó a descansar, que ya tocaba, y yo me enfrenté al interrogatorio. No quedaba otra salida más que dar la cara.

—Hija, en realidad, ¿qué es lo que ha pasado?

Bajé la cabeza y me miré las puntas de los zapatos. Otros zapatos, porque de los que calzaba en el momento del accidente, solo conservaba uno.

—¿Qué hacías en la calle a esas horas? ¿Acaso te escapaste mientras dormíamos? —inquirió doña Eugenia con desmayo.

—Madre… Ya saben que no estoy bien.

—¡Eso no es excusa para un comportamiento tan inaceptable! ¡Pudo haber sido mucho más grave! ¡Pudiste haber muerto!

Se me escapó una lágrima díscola que, además, rodó con insolencia mejilla abajo a la vista de todos.

—¿Es eso lo que buscabas? Beatriz, por todos los santos, dime que no.

A mi señora madre le dio un vahído justo al lado de una butaca ancha que tuvo a bien acogerla en su seno, evitando que diera con sus nobles huesos en el suelo.

—Te lo tengo dicho, Eugenia —reclamó el marqués, ajeno a los mareos de su esposa—, este tipo de incidentes no ocurren en el campo. En el Escorial no habría pasado nada parecido, ni por asomo.

—Deberíamos marcharnos a la finca. Padre, marchémonos —supliqué con los ojos húmedos. Más que húmedos, encharcados. De repente me sentía tan exhausta que no lograba mantenerme en pie.

—¡Ni hablar de eso! —aulló mi madre—. Estamos en Madrid porque nuestros hijos deben casarse de un modo conveniente. Y eso es algo que no admite discusión. Cuando ambos estéis prometidos con gente de vuestra clase, algo que difícilmente encontraremos en el campo, podemos regresar a donde os plazca. Aunque yo en el Escorial me consuma de tedio y soledad, sin la menor distracción, no parece que le importe a nadie.

—Hasta el momento no es que hayamos tenido mucha fortuna en la empresa, madre —refunfuñé sin apartar las pupilas del suelo.

—Ese es un asunto del que me niego a hablar —me advirtió el marqués ligeramente irritado.

—Debes de ser el único en toda la capital, padre. Mi historia es la comidilla de todas las reuniones.

—Solo ha sido un desafortunado desenlace que nadie previó. Por el contrario, si tu majadería de esta madrugada llega a culminar… No quiero ni pensarlo, Beatriz, si llega a pasarte algo serio, eso sí que habría sido un escándalo.

—O la reacción que todos esperan, ¿no les parece? —repliqué invadida de amargura.

—¡Vete a tu cuarto de inmediato! —La marquesa se había cansado de soportar mis callejones sin salida—. Pediré a la señora Manuela que te sirvan algo en la cama. No te conviene seguir discutiendo. Ni a tu padre tampoco, vas a provocarle una enfermedad.

Se me quedó un reproche final colgado en la punta de la lengua. No obstante, la sensatez me aconsejó callar y refugiarme en mi madriguera, no solo a descansar, bien sabía Dios que lo necesitaba. También a meditar cuál sería mi paso a continuación, dado el fiasco de mi absurdo plan. Me había quedado sin ideas, pero adivinaba que sería solo por un rato. Vendrían más. Tan descabelladas como la que había fallado o mucho peores. Mientras tanto, lo mejor que podía hacer era recluirme y evitar en lo posible el contacto social.

O terminaría arrojándome por un puente.

Sin embargo, pese al aturdimiento y al dolor, que eran fuertes y devastadores, mi natural rebeldía me exigió posicionarme. Dejar claros mis deseos, la realidad de mi amargura, las razones de haber hecho lo que hice. Que supieran que no estaba loca, como seguramente pensarían. Estaba destrozada.

—Haré lo que me pedís —sentencié con voz rota—. Pero si mínimamente os importa cómo me siento, no se os ocurra obligarme a asistir a fiestas y reuniones. No me empujéis a verme con nadie, a merendar o a tomar té. Que no se os pase por la tela del juicio exponerme. No lo haré. Esta casa será mi refugio. —Anduve unos pasos cortos hacia la puerta—. También mi cárcel. Y ahora, si sois tan amables, decidle a Paquita que suba, por favor.

—Ay, señorita, ¡válgame la virgen! Menudo susto nos ha dado. ¿Puedo preguntarle cómo pasó?

—Muy sencillo, Paquita. Vi venir el carruaje y me tiré de cabeza a las ruedas. En el centro de la calle.

El rostro de mi doncella se desencajó por completo. La suave prenda de seda que sostenía se le resbaló hasta caer al suelo.

—No habla usted en serio, ¿a que no?

Decidí no mortificarla por más tiempo. De poco iba a servir, y dejaría a la pobre chiquilla trastornada para los restos. Me metí entre sábanas y ella me ayudó a taparme.

—No, claro que no. Fue un accidente. Un triste y desafortunado accidente.

—Pero señorita Beatriz, a esas horas…

—¿Qué puedo decir? Fui muy imprudente. No podía dormir, empecé a sentir una especie de ahogo, y como necesitaba algo de aire fresco pensé que dar un paseo sería buena idea. Lo dicho, la más atolondrada de la calle.

—No diga eso, señorita. Bien lista y dispuesta que es usted. De no haber sido por…

Se mordió la lengua de un modo tan evidente que no me quedó otra que amonestarla con los ojos.

—No hables de eso, Paquita, te lo pido por favor, ni lo menciones. Bastante hablan ya los demás.

—Discúlpeme, señorita, ha sido sin querer…

—Ojalá me quedara sorda —añadí amarga como la hiel.

Me dejé caer sobre los almohadones, tirando de las mantas hasta cubrirme la cara.

—Todo pasará, señorita. A la gente se le irá olvidando…

—Siento tener que dudarlo mucho.

Paquita se acercó de nuevo al borde de mi cama con una tisana en las manos. Me la ofreció con el cariño de siempre.

—Si es que cuando ocurren cosas tan horribles… Ya sabe cómo son los ricos, cuando nadie los ve, les gusta despellejar al más *pintao*… ¡Uy! Pero ¿qué digo?

Se tapó la boca con las dos manos en cuanto yo me hice cargo de la taza y no pude reprimir una carcajada. Aquella Paquita era toda espontaneidad y frescura. Frescura de la que le provocan a la marquesa ataques y colapsos.

—Que descanse, señorita. Por la virgen, sea generosa y olvide la barbaridad que acabo de decir. A veces una… es muy insensata. ¿Ve como ya sé usar algunas de esas palabras difíciles que me está enseñando? Insensata. Sí señor, es lo que soy.

Asentí sin perder la sonrisa y ella salió corriendo como alma que persiguen los demonios. Al menos, estar con Paquita, mi única compañía en aquella casa, de alguna forma me consolaba.

4

Cartas de la familia

Gustavo

Al entrar de tapadillo en la pensión de la calle Fuencarral, traté de zafarme de mi casera que siempre me abordaba con peticiones y exigencias imposibles de satisfacer. En realidad, lo hice ya por inercia y costumbre, no porque no contara con fondos, que llegaba con los bolsillos llenos.

Llevaba esquivándola desde la primera semana, cuando se me acabó el dinero para pagar la habitación y la seguí ocupando porque no tenía otro sitio a dónde ir. Sé que es un abuso y una indignidad, pero el instinto de supervivencia sabe ser muy persuasivo y en ocasiones empuja como un mulo de carga.

—¡Señor Pérez! ¡Eh! ¡Señor Pérez!

Vaya por Dios. Ahí estaba. Con su mandil de cuadros y las manos gordezuelas apoyadas en las caderas. Mirándome como si quisiera asesinarme. Me acerqué a ella antes de que pudiera volver a chillarme.

—Señora Eusebia, no se altere. Que no es bueno para la salud.

—¿Cómo quiere que no me altere? ¿Cuándo va a pagarme? ¿Cree que el chorizo que le pongo en la mesa y la frasca de vino se pagan solas? Las sábanas limpias, las…

—¿Cuánto le debo?

—Treinta pesetas. ¡Ni más ni menos!

Saqué un fajo de billetes del bolsillo. Seleccioné unos cuantos y se los ofrecí.

—Ahí van cien. Para que no tenga usted que ponerse nerviosa en cuanto me ve entrar, por muchas semanas.

La rotunda mujer se puso bizca. Atrapó los billetes con dedos codiciosos.

—¿De dónde ha sacado tantos cuartos?

—De trabajar, señora Eusebia. Que por fin me han pagado mis talentos. Y no me mire así, que soy un hombre legal, se lo aseguro.

Torció la boca en un gesto de sospecha claro como el agua.

—Ande, cómprese una peseta de barquillos y los degusta a mi salud —la animó enfilando el pasillo.

—Ahí en el dormitorio tiene usted más cartas. No paran de llegar, a ver cuándo las contesta.

Me despedí de ella con un toque de sombrero y me escabullí hasta mi cuarto. La noche anterior había sido agitada y larga, y el cuerpo me pedía descanso. Pero nada más entrar divisé una pila de cartas sin abrir sobre mi pequeña mesa, como una luz en mitad de la noche cerrada.

Llamándome.

Suspiré. Me mordí el carrillo por dentro. Volví a suspirar.

Tomé una de ellas, al azar y rasgué el sobre. Identifiqué sin problemas la cuidada grafía de mi padre y sus ya conocidos ruegos porque volviera cuanto antes a casa. Con la familia. A cumplir con mis obligaciones. Y me lo perdonaría todo. Mis desmanes se olvidarían como una voluta de humo que se disipa en el aire.

Miré mis relucientes cuatrocientas pesetas, más feliz de lo que recordaba haber estado los últimos días. Una damisela de buen apellido, deprimida y seguramente desquiciada, había intentado quitarse la vida tirándose a mis ruedas y el resultado había sido aquella pequeña fortuna. Menudo golpe de suerte.

Por cierto, qué bonita era.

No me había parado a mirarle la cara mientras temía que estuviese muerta, pero al verla entrar con aquellos arrestos en la biblioteca del marqués, quedé fascinado.

Así que un marqués.

Entre nobles andaba el juego.

Mi atención regresó perezosa al papel y a la letra de mi padre. Que volviera. Que volviera, me pedía.

—Y me casaréis con el adefesio —gruñí—. No, padre, ni lo sueñe. Ya sabe lo que le dije: mejor pobre y libre.

Rompí todas las cartas. Una a una. Y a continuación, en la pequeña fogata que caldeaba mi espartana alcoba, las quemé.

Beatriz

No sabía el nombre del joven al que estuve a punto de arruinar la vida. De no haber recuperado yo el conocimiento a tiempo, lo habrían acusado de atropello por negligencia, incluso voluntario. Solo Dios sabe. Con el revuelo que se formó, los malentendidos y el que estuvieran a punto de apalearlo, según me contaron luego las doncellas, todo influyó para que nadie se interesara siquiera en preguntar cómo se llamaba. Me pareció el peor desprecio que se puede hacer a una persona de buen corazón.

También creía recordar que era muy apuesto.

Apenas pude fijarme, lo vi de refilón. Pero era alto, más que padre. Y fuerte. Con una espesa mata de pelo brillante y oscuro. Y en el segundo en que sus ojos me buscaron, fue como recibir el impacto de un rayo de tormenta en pleno pecho. Eran de un azul tan intenso y extraño, como cautivador. Un faro en mitad de un mar embravecido que me cortó la respiración.

Era la primera vez…, después de aquello, que mi corazón saltaba de gozo por algo. Y fue gratificante. Hermoso. Esperanzador. Un soplo de aire fresco.

Aunque solo durase un instante y saliera por la puerta con quinientas pesetas en el bolsillo.

Quería darle las gracias en persona. Lo necesitaba.

No únicamente por cortesía, no iba a engañarme. Me urgía volver a verlo y perderme en esos ojos de mar infinito, comprobar si eran reales. Sin embargo, no sabía cómo. Sin saber su nombre, ni su apellido, ni la dirección de su casa. El viejo dicho de buscar una aguja en un pajar

quedaba en agua de borrajas frente a aquello. Ni siquiera mi Paquita, con lo vivaracha y sagaz que era, podría ayudarme.

Con la punta de los dedos aparté el visillo de mi ventanal y miré a la calle. Había oscurecido y al día siguiente, por aquel mismo camino, Andresito saldría camino del mercado, con su canasta enorme que luego traía rebosando de verduras tiernas. Lo mandaba la señora Manuela, cada miércoles sin falta. Siempre me extrañaba que siendo tan flaco, pudiera cargar con aquello una vez lleno.

Se me escapó una sonrisa.

El servicio de nuestra casa. A diferencia de mi madre, la marquesa, yo los conocía a todos. Sus nombres y sus pequeñas historias. Las de cada uno de ellos. Los nobles no aceptaban lo que muchos llamaban «pensamientos modernos», pero de alguna forma los sentía parte de la familia. Paquita, por ejemplo, me consolaba, era mi paño de lágrimas y adivinaba cuándo necesitaba un hombro amigo. A falta de hermanas, casi nos habíamos criado juntas.

El misterioso hombre del calesín volvió a mi recuerdo.

¿Dispondría de servicio? ¿Alguien que lo acompañase en las noches tristes y le pusiera por delante una sopa caliente cuando helaba? ¿Estaría casado? ¿Con familia? Un hombre tan guapo como él encandilaría a las muchachas sin demasiados problemas.

Me metí en la cama, pero no logré conciliar el sueño. Di vueltas de peonza sobre el colchón, enredada en las sábanas de hilo caro, sin poder apartar de mi mente al apuesto joven al que estuve a punto de mandar a presidio.

Ni siquiera me percaté de que la puerta de mi alcoba se abría, aunque sí de que alguien se me echaba encima con vehemencia y me zarandeaba sin compasión.

—¡Señorita! Señorita, ¡despierte!

—¡Por Dios, Paquita! ¿Se quema la casa?

—Peor, señorita. Mucho peor.

5

Dos mujeres en la noche

—Es el señorito Alonso.

—¿Qué le ocurre? ¿Enfermó?

—Ha vuelto a escaparse. Se ha ido de juerga. Usted ya sabe.

Me senté de un salto en la cama. Me pasé la mano agobiada por la frente.

—Tenemos que localizarlo y traerlo de vuelta. Antes de que se entere mi padre y le dé un ataque. A ambos. Bastante han tenido con lo mío hoy.

—Pero señorita… ¿Usted y yo?

—Tú me acompañas a mí y Andrés nos acompañará a las dos.

—Señorita, al Andresito le toca mercado mañana, tiene que dormir.

—No puedo fiarme de nadie más. —Me retorcí las manos con angustia.

—Pero señorita, dos mujeres por la noche… A ver si van a confundirnos.

—Ya no estamos en el siglo XIX y mi hermano se la está jugando. A ver, Paquita, deja de poner inconvenientes. Si has venido a despertarme es porque sabes que la situación es grave, ¿no?

—Sí, señorita, sí, claro. Y porque usted me dijo que la avisara, fuera la hora que fuera, si volvía a pasar.

Aparté las mantas de un tirón y saqué las piernas de la cama hasta apoyar los pies en la alfombra, sobre el suelo.

—Pues andando. Avisa a Andrés, que nos espere en el paso de caballerizas.

Por desgracia, aquella parte del servicio y yo misma conocíamos de sobra los garitos inmundos donde mi hermano Alonso solía malgastar las noches. Bebiendo, jugando a las cartas, apostando rodeado de mujeres de mala vida, deshonrando a su familia, su apellido y el título que heredaría a la muerte de nuestro padre. Alonso era un caso perdido cuyas espinas el marqués se negaba a admitir.

Pero era mi hermano, lo amaba por encima de todas sus faltas y errores, siempre convencida de que cuando llegara el momento, Alonso estaría a la altura. Supongo que mis padres pensaban exactamente igual. No podía culparlos.

De modo que allá que fuimos, taberna tras taberna, siguiendo la hilera torcida de las calles desiguales. Aguardando fuera, heladas e impacientes, mientras Andrés entraba y husmeaba buscando a su señorito sin encontrarlo. Hasta que por fin llegamos a la que temí, fuera la última.

El criado entró para salir, como una exhalación a la que persiguen los cuervos, pasado medio minuto.

—¡Hay una pelea, señorita Beatriz! ¡Una pelea espantosa!

—¿Y estás seguro de que el señorito no es uno de los que se están pegando?

—Yo… Esto…

—¿A qué esperas? ¡Entra otra vez! —Lo obligué a girar sobre los talones y le arreé un empujón.

—Sí es, señorita, sí es. Pero ya tiene asistente…

—¿Quién? —me sublevé— ¿Uno de sus amigotes?

—Quía, señorita, un mozo que *sa metío* a defenderlo.

Crucé los brazos sobre el pecho y endurecí los rasgos todo lo que pude.

—Entra ahí ahora mismo y sácalo.

Lo vimos obedecer a regañadientes, muy de mala gana.

—A Andrés hay que volver a darle unas clases, Paquita. Si la marquesa lo oye hablar como si acabara de soltar el arado, lo pondrá de patitas en la calle.

—No lo quiera Dios, señorita. Que el Andresito es muy capaz y dedicado.

—Andrés, Paquita. A secas. O Andresito. Pero no «*el* Andresito».

Dejé la perorata para mejor ocasión, porque Andrés ya venía de vuelta con mi hermano hecho un guiñapo, desarrapado, despeinado y con huellas de sangre por todas partes, a rastras con ayuda de otro muchacho. Probablemente participante en la lucha.

—¿Son su familia? —asentí— ¿Y no se han traído un carro? Apenas se mantiene en pie.

Lo miré con una extraña mezcla de desafío e indignación. Bueno, lo de mirarlo es un decir, porque en aquella parte de la calle no había farolas y estaba oscuro como la boca de un lobo.

—No sabíamos que tendríamos que sacarlo de en medio de una batalla… señor.

—Bueno, no pasa nada. Mozo, agarra por ahí, bajo el brazo. Bien fuerte. Lo llevaremos nosotros, espero que no quede muy lejos.

Pues bastante, la verdad, solo que en lugar de confesárselo, tiré de la capucha de mi capa para proteger mejor mi rostro oculto en sombras. Para mi total sorpresa, no solo nos hizo el favor, tampoco se quejó. Durante el trayecto nadie despegó los labios, lo único que se escuchaba eran los lamentos de mi hermano, largos y quebrados como ramitas que se rompen y el sonido de las puntas de sus zapatos arrastrándose sobre las piedrecillas.

Cruzamos la Plaza del Rey hasta el número 10 de la calle del Barquillo. Entonces, y solo entonces, nuestro salvador se detuvo, alzó la mirada y observó el edificio con interés.

—¿Otra vez aquí? ¡Esto son casualidades!

Lo que dijo me llamó poderosamente la atención, de manera que me acerqué para estudiar su rostro, por fin iluminado.

—¿Usted…?

—Yo lo sujeto, mozo, abre la puerta. Y tú, muchacha, busca un catre donde tumbarlo…

Cruzamos con atropello el umbral del acceso de servicio, tratando de no hacer ruido, Andrés nos condujo hasta su cuarto y entre él y el desconocido, acomodaron a Alonso en el camastro. Cielos. El aspecto del borrachín de mi hermano era lamentable. Me despojé de la capa y me desabroché los puños del vestido para subirme las mangas.

—Paquita, calienta agua y trae paños limpios. Hay que retirar toda esa sangre y curar las heridas y… —De repente caí en la cuenta—. ¿Usted se encuentra bien?

De pie ante el hombre que de tanta ayuda nos había servido, me permití estudiarlo con profundidad. Solo para confirmar de quién se trataba.

—¡Es usted! —gemí mirándole de frente los ojos.

—¡Y usted! Bendito sea el poder de Dios, con lo grande que es Madrid.

—Ya son casualidades.

—Ya le digo, señorita. Por lo visto, los miembros de su familia son mi ruina particular.

Una ruina que me persigue, incluso cuando salgo a beber.

—Nadie le pidió que tomara parte en aquel altercado —me defendí—. Lo hizo porque… porque… seguramente es usted un caballero.

—¿Tampoco me pidió nadie que la trajera para salvarle la vida después de haberse cruzado en la trayectoria de mi coche? ¿Preferiría haberse quedado tirada en medio de la calle? No sea injusta, señorita. Después de todo lo que he hecho…

Pues sí. Me entraron ganas de hundir la cabeza contra el pecho, empujada por la vergüenza. Menudo ejemplo estábamos dando. No obstante, era hija de un marqués, no era así como me habían educado. Levanté la barbilla, retadora.

—Se llevó sus buenas quinientas pesetas, no se queje.

—Me llamo Gustavo. —Tendió su mano. La miré asustada—. Gustavo Pérez, para servirla, visto que a menudo me necesitan.

Suspiré resignada. Tenía razón, toda la razón. Y seguía siendo tan apuesto como cuando lo vi el primer día, con aquellos ojos azules como un cielo de verano y aquella mata de pelo oscuro y desordenado, con un mechón que caía revoltoso sobre su frente. Asentí con suavidad y le entregué la mano. Me asombró que, en lugar de estrechármela, se la llevara a los labios y me la besara.

—Beatriz Maldonado y Lavidia. Gracias por su ayuda. No erra usted, señor. Todos le debemos mucho. Empezando por mí.

6

Atraco en el mercado

Al día siguiente era miércoles, y la señora Manuela envió a un Andrés que se dormía por las esquinas, al mercado a por las verduras.

—¿Te has enterado bien de lo que te he pedido? —le chilló desde la puerta, con un trapo en la mano, antes de perderlo de vista.

—Sí, *señá* Manuela, sí, pierda cuidado.

—Demonio de chico —farfulló la mujer. Fue lo último que Andrés oyó—. A estas edades andan medio atontados…

—Seguramente porque apenas si he dormido tres horas y encima, en el suelo, con el señorito Alonso ocupándome el catre —masculló para sí, calle adelante.

Lo cierto es que una vez en el mercado, los tenderetes le parecían manchas enormes, las personas bultos en movimiento, y le costaba un mundo concentrarse hasta para hablar. A duras penas logró adquirir la mitad de los productos que llevaba apuntados en el papelito. Tenía que entrar en algún garito y beberse un café, o un chato, a ver si se despabilaba.

Torció por una callejuela a la derecha y siguió distanciándose del bullicio de las compras con pasos inseguros. Hasta que divisó unos pies desnudos, pequeños, como los de un niño, sucios y heridos, tirados en el suelo. Dejó la canasta a un lado y se acercó a mirar.

Era una mujer preciosa. Necesitada de ayuda, probablemente desmayada o enferma. Andrés hincó una rodilla en el duro suelo y le apartó el pelo de la cara. La frente le ardía.

—Señora, ¡señorita! ¿Está usted bien?

No, claro que no lo estaba. Su vestido de humilde algodón se veía sucio y ajironado por varios sitios. Había perdido los zapatos, al parecer hacía tiempo, ya que las heridas y costras de aquellos pies mostraban a las claras que llevaba días caminando sin protección alguna. El mozo le propinó unas palmaditas en la mejilla.

—Señorita, despierte. ¿Quiere que la lleve a alguna parte?

Había una pensión barata cerca y a él aún le restaban unos cuartos del dinero que el ama de llaves le entregó para las compras. Tomó a la mujer en sus brazos, cargó como pudo también el canasto, y a trompicones, parando infinidad de veces a recuperar el resuello y con sumo esfuerzo, alcanzó la entrada de la fonda.

La propietaria salió a recibirlo, prestando más atención a las verduras frescas de la cesta que a la carga humana.

—Está enferma, necesita descansar. Un cuarto y quizá un poco de caldo…

La matrona lo repasó con desconfianza de pies a cabeza.

—¿Tienes con qué pagarme?

—Hurgue ahí, en el bolsillo.

Sin contemplaciones, la mujer metió la mano hasta el fondo y sacó las monedas. Las extendió sobre la palma abierta para contarlas; dos veces.

—Con esto solo alcanza para una noche —advirtió con un gruñido animal.

—Me basta. Vendré mañana a buscarla, a estas horas, más o menos. ¿Le dará la sopa?

La propietaria de la pensión rugió algo en voz baja mientras los conducía al cuarto libre a través de un pasillo como la espina de un pescado. Abrió la puerta y se apartó para que el sudoroso Andres, que ya no podía con su alma, acostara a la chica en una camita que parecía de juguete.

La contempló un instante antes de decidir que debía marcharse ya, por más que le costara.

—¿Le dará el caldo? No me llega para llamar al médico…

—Se lo daré.

—Si hace falta, mañana le traeré dos gordas más. ¿Hace?

—¿Es tu novia? Es mayor que tú.

—Qué va, *señá,* más quisiera yo. Me la he encontrado tirada en un callejón, no podía dejarla tal cual, como a un perro.

La mujer lo observó largamente sin decir nada, con los brazos en jarra, asintiendo como un muñecote. Al final, sonrió de oreja a oreja y le mostró todos los dientes que le faltaban.

—Ya no quedan mozos como tú, con tu corazón y tu sentir. Ve con Dios, la cuidaré. Pero mañana a estas horas…

—Sin falta, *señá*, sin falta.

Antes de entrar en las cocinas, Andrés se persignó agobiado. Le iba a caer una buena reprimenda, y por partida doble. Primero la cocinera, el ama de llaves más tarde. Se acostaría castigado sin cenar, después de las jornadas que llevaba sufridas. Hinchó los pulmones y forzó a su cerebro agotado a inventar una excusa.

Algo que la cocinera y la señora Manuela pudieran creerse.

Dio el primer paso y procuró aparecer delante de todos, muy agitado. Colocó la cesta de verdura sobre la mesa.

—¡Ya era hora! —lo amonestó la responsable de cocinas, abalanzándose sobre la canasta. Removió las piezas, revisando el contenido— ¡Andrés, aquí faltan cosas! ¿Qué ha pasado?

—Ay, ¡*señá* Pilar! ¡Que me han *atracao*! ¡Me han *atracao*! Dos rufianes como la torre de una iglesia de grandes, con un cuchillo…

En medio segundo, el servicio casi al completo se arremolinaba a su alrededor, contemplándolo con consternación.

—Pero ¿qué dices, muchacho? ¿Te han quitado los cuartos?

—Hasta el último céntimo, *señá* Pilar. Por eso falta parte de la verdura, no pude comprarla. Y por poco me matan…

—¿Quieres un vaso de agua? —ofreció Paquita muy preocupada—. Parece que estás a puntito de ahogarte.

—Si es que de milagro no se me ha salido el corazón por la boca. Mejor que agua, ¿no tendrá usted por ahí un chato de vino, *señá* Pilar? *Pa* que se me pase el susto.

Desde su posición, a la espalda, ni corta ni perezosa, Paquita le arreó una colleja. El mozo se encogió sobre sí mismo, protestando y frotándose la nuca.

—Se dice «señora». Señora Pilar, Andresito, a ver si aprendes, que sirves *pa* unos marqueses.

—Como se nota que la señorita te está volviendo fina.

—Como corresponde. Por algo soy su doncella personal —se pavoneó la muchachita engolando la voz.

—Pues a ver si te aplicas tú también, doncella personal —se mofó la cocinera—, que no se dice «*pa*» sino «para».

—Bueno, ¿qué? ¿Viene ese chato o no viene?

—Bébete el agua y arreando a por leña, que la preciso para los fogones. Y mañana vuelves al mercado a por la verdura que ha faltado hoy. Con mucho más tiento y más pendiente. Que si te vuelven a robar…

Andrés estiró ambas manos con las palmas expuestas, a modo de parapeto delante de la mujer.

—No se preocupe, *señá*… señora Pilar. Yo le juro por lo más sagrado que mañana me ando con siete ojos y como alguno raro se me arrime…

7

Donde faltan manos

A todos llamó la atención las prisas de Andrés por recibir los dineros y salir corriendo al mercado. De ordinario era bastante remolón para sus tareas y hasta un tanto perezoso cuando se trataba de salir de casa. Sin embargo, aquella mañana parecía deseoso de cumplir con sus obligaciones de tan buen grado, que en cocinas y en la zona de servicio todos se quedaron cuchicheando.

Por si lo pillaba el toro, primero pasó por los puestos y compró las hortalizas. De ahí se encaminó a la pensión a ver cómo había pasado la noche la recogida. Se la encontró sentada a la mesa de la cocina, con bastante buen aspecto, dadas las circunstancias, dando cuenta de unas gachas con leche tibia.

—Ahí la tiene. —La patrona hizo una seña con el dedo—. Hoy sin falta se me marchan.

Andrés retorció la boina entre las manos como si estuviese empapada y quisiera estrujarla.

—Sí señora, como usted diga.

—Como yo diga, no. Como me has pagado. Una noche. Y el desayuno corre de mi cuenta, que me ha dado sentimiento la muchacha.

—Muchas gracias, señora. ¿Puedo dejar aquí la cesta?

—Ahí, en esa esquina, que no estorbe.

Andrés obedeció y luego fue a presentarse a la chica a la que había salvado. Con su carita de pasmo y su timidez horrorosa. La mujer desconocida levantó los ojos de las gachas y lo miró de pelo a zapatos. Sí era cierto que tenía mucha más edad que él, pero un cierto halo de inocencia y su belleza la hacían parecer mucho más joven. A Andrés le pareció la encarnación de la mismísima virgen.

—¿Tú eres el que me sacó de la calle?

Él asintió con mucho trabajo.

—Te habías desmayado. Tenías los labios resecos, parecía que llevaras días sin comer.

—Ni beber. Anda, siéntate aquí a mi lado. No hay necesidad de que todos se enteren de mis desgracias, que son muchas.

El mozo se sintió halagado por la invitación. Tiró de la silla y se acomodó sin articular palabra.

—Te veo mucho más repuesta.

—Gracias a ti. Venía escapando de mi padre, pero me perdí y me quedé sin comida ni agua.

—¿No es un buen hombre?

La mujercita soltó una carcajada cínica.

—¿Un buen hombre? Si lo fuera no habría huido. Lo malo es que ahora no tengo dónde ir.

—Podrías quedarte aquí un par de noches.

—La habitación habrá que pagarla.

—Hasta hoy estamos en paz, yo me he hecho cargo. Pero… ¿no tienes nada? ¿Ni unas pesetas?

—Algo tengo. Poca cosa. Si se las doy a ella me quedaré sin nada.

—Podrías pedirle trabajo, a lo mejor tiene aquí algún puesto que puedas cubrir…

No siguió con la propuesta, porque la mueca de desencanto de la chica se lo dijo todo. La perspectiva de trabajar en la pensión parecía espantarle.

—Por cierto, me llamo Andrés.

Ella colmó la cuchara y se la metió en la boca.

—Encantada, Andrés. Me llamo Elvira.

—¿Elvira qué más?

—Elvira. —Volvió a llenarse la boca.

El muchacho sacudió azorado la cabeza.

—Muy bien, Elvira. Así está perfecto. Elvira. Es un nombre muy bonito.

—¿A que sí? Oye, ¿tú dónde trabajas?

—Soy… criado. En una casa.

—¿Una casa de bien?

—De muy bien. Son marqueses. Los de Bonagua.

La muchacha abrió desmesuradamente los ojos. De repente parecía mucho más propensa a atenderlo.

—¡Marqueses! ¿Y no habrá ahí un huequecito para mí? Tiene mucha mejor pinta que la pensión.

—Pues ahora que lo dices… Una doncella lleva en cama varias semanas, con un resfriado largo que no acaba de curarse. Y la señora marquesa empieza a impacientarse. El ama ha comentado que ya empieza a exigir una sustituta… ¿Sabrías hacer de doncella?

—Claro que sí. Ya lo he hecho antes, serví en casa de los duques de Hilander, en Sevilla. Estaban bastante contentos conmigo.

—¿Y por qué lo dejaste?

—Porque madre enfermó y tuve que regresar a cuidarla. Después de dejarnos ella, el carácter de padre se volvió insufrible. Bebía todas las noches y…

Se le estranguló la voz, los ojos se le encharcaron en lágrimas. Agachó la cabeza y soltó un hipido.

—Te pegaba. —Andrés acabó por ella—. No pienses más en esas cosas. Iremos a casa de los marqueses y te presentaré a la *señá* Manuela, el ama de llaves. Ella nos dirá si tiene trabajo. Una moza con tus referencias no pueden dejarla escapar.

—¿Los duques de qué, has dicho?

—De Hilander, señora Manuela —repitió por tercera vez Elvira, cargada de paciencia.

—No me suenan. ¿Qué clase de título raro es ese?

—Eran ingleses, señora Manuela. Solo que vivían en Sevilla.

—¿Ingleses de la propia Inglaterra? —se soliviantó la mujer— ¿Y qué se les perdió en Sevilla? Estos extranjeros, mira que llegan a ser raros… En fin, puedes quedarte porque ahora nos faltan manos, pero quede claro que es en período de prueba y mientras Carmelita se repone,

que tiene más mocos esa chiquilla que donde los fabrican. ¡Paquita!

—Diga, señora Manuela.

—Lleva a Elvira a lavandería y plancha y que le busquen un uniforme. Si hay que hacerle arreglos, encomiéndaselos a Petri, que tiene buenas manos.

—Como mande, señora Manuela. Andando.

El ama de llaves no les quitó ojo mientras salían por la puerta de la cocina. Era una mujer chapada a la antigua, aferrada a las tradiciones, de buen obedecer sin rechistar, a la que le costaba adaptarse a los cambios. De no ser por las reclamas de la señora marquesa, jamás habría accedido a contratar nadie nuevo. Le disgustaban las caras con las que no estaba familiarizada. Las voces que no reconocía. Las costumbres y manías que, por nuevos, le chirriaban. Las personalidades ocultas que podían sublevársele porque, nunca se sabe, un rebelde puede esconderse tras el rostro más benévolo. Y no hay mayor enemigo de un ama de llaves que un criado respondón.

No pensaba pasarle ni una a la nueva. No era la típica chiquilla de pocos años, manejable e ignorante. Era una mujer hecha y derecha, con pintas de listilla alborotadora.

8

La nueva adquisición

Beatriz

Salí al pasillo justo a tiempo de cruzarme con Paquita. Iba acompañada de una joven que nunca antes había visto y juraría que la llevaba mareada con su incesante cháchara. Ni siquiera conozco la causa, probablemente ver una cara nueva en aquel tapiz continuo que era la casa de los marqueses en la capital, una alegría súbita y burbujeante me invadió de pies a cabeza. Me paré frente a ellas y sin necesidad de indicación alguna, la muchacha realizó una perfecta reverencia que me dejó muy impresionada.

—¿Paquita? ¿Quién es?

—Señorita Beatriz, esta es Elvira, acaba de incorporarse al servicio. Ya sabe, en el lugar de Carmelita, que no termina de soltar las toses… Elvira, es la señorita de la casa. ¿A que es preciosa?

Se me colorearon las mejillas.

—Paquita, por Dios… ¡Qué cosas tiene esta chiquilla!

—Razón no le falta, señorita. No hay más que tener ojos, parece usted un ángel.

—Gracias, Elvira, eres muy amable. Espero que te encuentres a gusto entre nosotros. Por cierto… —Reacia a dejarlas marchar, con su charleta y su alborozo, y quedarme sola de nuevo, me froté la nariz pensando—. ¿Me ayudaríais las dos con unos vestidos? Quiero hacer unos cambios que me permitan seguir usándolos antes de desecharlos. A veces me parece un crimen gastar tanto en el armario. Eso sí, necesito ideas para que parezcan más modernos.

Las bonitas facciones de Elvira se iluminaron desde dentro. Los ojos oscuros le soltaron un destello mientras Paquita, que ya me había ayudado a lo mismo otras veces, palmoteaba.

—¡Suena muy divertido, señorita!

—Pues vamos, ¿a qué esperáis? Mi alcoba nos llama.

Fui feliz durante unas tres horas. Mucho más dichosa de lo que lo había venido siendo desde… desde el suceso. Reímos, nos probamos ropa, Paquita subió galletas con leche y miel y nos contó un montón de chismes. Más que señorita y doncellas parecíamos tres amigas. Si me apuras, tres hermanas, de las que siempre quise tener y jamás tuve.

No obstante, todo conllevaba sus riesgos.

Si la marquesa se enteraba de aquella familiaridad, montaría en cólera y le haría pasar un mal rato a la señora Manuela. Esta, a su vez, cumpliendo con sus deberes de ama de llaves, amonestaría a las muchachas, si no las ponía de patitas en la calle. Mi Paquita podía decirse que

vivía medio a salvo, eran ya muchos años desde que la recogieron con unos seis, la tuvieron de moza en la cocina, fregando suelos de rodillas y pelándose los nudillos rascando la roña de los fogones, cargando leña y, más tarde, al cumplir los doce, había entrado a mi servicio como doncella y dama de compañía, ya que nuestra edad, año arriba, año abajo, se aproximaba.

Pero la nueva… La nueva pendía de un hilo, como todo el que llegaba a Barquillo 10. A nuestra ama de llaves le disgustaba lo novedoso, le costaba un mundo romper sus rutinas diarias para hacer hueco a una voz nueva, a una cara desconocida. Y no hablemos de adaptarse.

Y a mí Elvira me gustaba. Me había dado una fabulosa impresión. Era algo mayor y asentada, sus modales eran exquisitos, hablaba sin faltas y sus ideas para renovar los vestidos solo pude calificarlas de excelentes. Sería un inmejorable añadido a nuestro diminuto grupo fraternal, ahora que tanto lo necesitaba. No podía perderla.

A la mañana siguiente coincidimos todos en la mesa del desayuno. Desde la fatídica noche de la pelea en la taberna, apenas si me había cruzado con mi hermano y las únicas frases que me había dirigido fueron un escueto «gracias, hermanita, te debo una». Alonso era tres años mayor que yo y pese a ello, le habían llovido tantos discursos y regaños por mi parte a causa de su errático comportamiento, que huirme se había convertido en su más perfilada habilidad.

—Me ha informado la señora Manuela que estás muy contenta con la nueva doncella, ¿es eso cierto?

—Mucho, madre. Es despierta y bulliciosa, un soplo de aire fresco a mis días.

—Perdona que te recuerde que bulliciosa es lo último que cabe esperar de una doncella. Mejor callada, sumisa y hacendosa. Así es como debe ser.

Bajé la cabeza, arrepentida de mi impulso de sinceridad. Con madre nunca se debía abrir el alma del todo.

—Bueno, ya, eso también. Quería decir alegre. Es muy refinada, se nota que sirvió en casa de unos duques. Sus ideas para renovar el armario han sido excelentes.

La marquesa sacudió suavemente la cabeza. Mi padre leía la gaceta de noticias y mi hermano consumía café como si alguien fuera a meterle fuego a las plantaciones.

—No entiendo esa Carmelita, lo que va a tardar en curarse. ¿Cuánto lleva en cama? ¿Esto no es ya abusar? Le diré a la señora Manuela que avise al médico del servicio y que la revise. Tengo la sensación de que esa muchacha pretende tomarse unas vacaciones a nuestra costa.

—¿Y si así fuera, querida? —se oyó lacónico a mi padre.

Su esposa lo miró con asombro.

—Quiero decir, que no podemos quejarnos, el servicio de esta casa se desloma y los sueldos…

—¡Los sueldos son extremadamente generosos! —se alteró doña Eugenia.

—Podrían ser mejores —gruñó mi padre.

—Todo podría ser mejor siempre, Arturo. Los que trabajan siempre quieren más, míralos si no, hablando de huelgas generales y revoluciones. Pero las cosas son lo que son, y no lo que desearíamos que fueran. Por cierto, no han de pasar muchos meses antes de poner de nuevo en el tapete el asunto del casamiento de Beatriz.

Di un respingo que casi me levantó de la silla.

—¿Mi casamiento? ¿Con quién?

—Alguien habrá que buscarte. Y por favor, que sea mejor que el anterior.

—Eugenia… —la reprendió el marqués.

Ella se llevó la taza de porcelana a la boca con un gesto de absoluta inocencia.

—Entenderás que no podamos dejar así las cosas. La gente no cejará en su afán de cotilleo hasta que Beatriz sea una mujer respetable y casada.

—Ya soy respetable, madre, aunque no esté casada.

—No me lleves la contraria por diversión, hija, que sabes muy bien a qué me refiero.

—Tu madre está en lo cierto. Por desgracia. Me obliga a vivir en esta casa cuando yo debería estar en mi finca, respirando a pulmón. ¿Cuándo se ha visto que un marqués resida en una vivienda modesta en plena capital?

—¿Modesta, padre? —me sublevé.

—¡Tenemos por vecino a un ingeniero!

—Con una ingente fortuna, padre, recuerde eso.

—Paparruchas. Si ese hombre no se hubiera entrometido, habría comprado no solo el número 10 de la calle del Barquillo, también el 8. Y nuestro palacete sería el doble de grande.

—Y si el señor Luis Ocharán no se hubiese entrometido, nuestro vecino, el señor Otamendi viviría en el número uno de la Gran Vía. Padre, nos sobran quince dormitorios. ¿Le parecen pocos?

—Como con los sueldos, hija, siempre se puede mejorar.

—¿Y por qué no os empeñáis en casar a Alonso? Al fin y al cabo, es el heredero. Su casamiento importa, el mío no.

Hasta entonces, me había llamado la atención la mudez de mi hermano. No obstante, cuando dije aquello, se envaró de forma visible y la taza de café bailoteó entre sus largos dedos. Eso sí, de sus labios no salió una sola sílaba.

—Importan todos. Es solo que con tu hermano disponemos de más tiempo —recalcó la marquesa con una sonrisa.

—En el caso de Alonso, lo importante ahora, es asegurar ese cargo en la corte que revolotea prácticamente seguro…

Mi hermano empujó la silla con violencia, apartándola de la mesa. Se puso en pie y arrojó la servilleta como si estuviera empapada de algo desagradable.

—Ya le he dicho que no aspiro a ningún cargo en la corte, padre. Solo quiero vivir en paz y tranquilidad en el palacio del Escorial, ocuparme de la finca y no pisar el centro de la capital más que para ir a la ópera.

—Eso ya lo discutiremos en su momento, Alonso, hijo —trató de apaciguarlo mi padre.

—Siéntate y acaba el desayuno, por favor —agregó mi madre con un ligero titileo en la voz.

La respuesta de Alonso fue inclinar la cabeza a modo de saludo y desaparecer del comedor sin más concesiones.

—Si me dispensáis…

El marqués se quedó mirando el punto exacto por el que su hijo acababa de desvanecerse, con una chispa de frustración en las pupilas. Puede que Alonso no fuera con exactitud lo que padre esperaba de él. Mucho menos madre. Él aspiraba a una vida descomplicada, sin demasiadas formalidades, que le permitiera emborracharse noche sí y noche no, y seducir a todas las criadas y mozuelas del pueblo. El profundo suspiro de mi madre me sacó de mi sopor.

—Cásalos cuanto antes, Eugenia —imploró mi padre afligido—, para que yo pueda regresar a mi amadísimo palacio del Escorial.

—El marquesado de Bonagua solo tiene dos ramas, Beatriz, tu hermano y tú. Y los dos

debéis prolongar la estirpe con la mayor dignidad posible. Si no hubiésemos perdido a los mellizos…

Mi madre se enjugó una lágrima solitaria con la punta de la servilleta de hilo. Cada vez que recordaba a mis hermanos fallecidos de fiebres antes de cumplir el año, dos preciosos mellizos, varones ambos, que a decir general eran dos querubines bajados del cielo, lloraba durante horas.

Y al resto nos tocaba consolarla.

9

En la Gran Vía

Elvira estaba en el patio trasero tendiendo ropa, cuando la abordó un joven desconocido cuyo atractivo sin par la dejó sin habla. Se ve que había cruzado el paso de caballerizas desde la plaza y allí, en mitad del caos de sirvientes yendo y viniendo, con sus manos metidas en los bolsillos y su sonrisa cautivadora, relucía como un diamante lustroso.

—Muy buenas. ¿Conoce usted a la señorita Beatriz?

A Elvira le costó recuperar la lengua. Tragó saliva y abrió y cerró un par de veces la boca sin llegar a decir nada. Al final, convencida de que ningún sonido saldría de aquella garganta repentinamente seca, asintió con un cabeceo.

—¿Sería tan amable de entregarle esta nota?

Cuando la moza se fijó, él le tendía un papel en sobre cerrado, muy fino. De un delicado color crema. Estiró la mano enrojecida de tanto frotar telas en la colada, y se hizo con la carta.

—¿Quiere que se la dé?

—Si pudiera entregársela, sí. En mano, por favor. Asegúrese de que la recibe.

—De quién le digo…, ¿quién la manda?

Al joven guapo le sonrieron los ojos. Se rozó el ala del sombrero y se dispuso a marcharse.

—Lo sabrá en cuanto la lea. Muchas gracias…

—Elvira, señor. Me llamo Elvira.

Beatriz

Siglos hacía que nadie me enviaba una nota.

Nunca gocé de la suerte de un enamorado con tan románticas costumbres, y apenas si tenía amigas con un poco de imaginación y talante divertido. Las invitaciones a merendar, a comer o a alguna recepción solían ser muy formales y viajaban de casa a casa a través de los mayordomos, sin mayor gracia. Esa fue otra de las razones por la que recibirla me puso tan contenta.

Nada comparado con lo que sentí al recorrer las líneas de cuidada caligrafía.

Era Gustavo quien me escribía. Y con total descaro, sin demasiados preámbulos, me proponía vernos. Aquella misma tarde, al final de la Gran Vía, como si por casualidad nos cruzásemos paseando. Un remolino de plumas ligeras me ascendió desde el vientre al estómago. La efervescencia de la excitación anticipada, ni siquiera sabía de qué.

Allí estaba Elvira, casi tan emocionada como yo, esperando instrucciones. Tenía que escoger un vestido bonito. Favorecedor, pero sin estridencias, que no se notase que había puesto especial esmero en acicalarme. Debía, además, ir acompañada de una doncella y a Paquita la había mandado a Toledo a por unas telas. Así que todo lo organizamos deprisa y corriendo entre las dos: Elvira y una servidora.

Al dar las cinco en el reloj del recibidor, se me desbocó el corazón.

Me costaba reconocer a la Beatriz de hacía solo unos días, hundida y devastada, en aquella explosión de entusiasmo renovado. En la sonrisa amplia que no aflojaba. En el respirar entrecortado y tembloroso a causa de los nervios.

—¡Elvira! Elvira, muchacha, ¿dónde te metes?

La doncella apareció en el acto, desde la puerta bajo las escaleras que conducía a la zona de servicio, abotonándose el cuello del vestido.

—Listas, señorita, cuando guste.

—¿Aún no ha vuelto Paquita?

—No, señorita Beatriz.

Ladeé la cabeza contrariada.

—Le disgustará habérselo perdido. Verás cómo se nos enfada. Bueno, vamos, o llegaremos tarde.

Nos escabullimos de las preguntas de mi madre. Era evidente que la marquesa se contentaba con verme un poquito menos triste, distraída y con ánimos suficientes como para pasear un rato. De modo que no puso inconvenientes. Seguida de Elvira, a seis pasos de distancia, enfilamos la Gran Vía.

Consulté la nota un par de veces, porque la histeria que me dominaba impedía a mi cerebro retener los datos que llevaba apuntados. Por fin alcanzamos el número en cuestión. Se correspondía con un delicioso saloncito de té que me resultaba desconocido, frecuentado al parecer por jóvenes de buena presencia y familia, atendido por lacayos con libreas relucientes. Y en una mesa soberbiamente escogida por su discreta ubicación, estaba él.

Gustavo.

Seductor como un dios descendido de los cielos.

Aguardándome.

Se puso en pie de inmediato, avanzó un par de pasos, tomó mi mano y besó mis nudillos al tiempo que marcaba una venia.

—Dios mío. Por un momento temí que no vendría. Por más de un momento, si he de serle sincero.

Halagada hasta el tuétano de los huesos, me mantuve firme resistiéndome a tomar asiento, pese a ser lo que más deseaba.

—No he querido desairarlo… Con lo mucho que le debemos, Gustavo. Pero ¿por qué me ha enviado esa nota?

La sonrisa canalla que se descolgó en su comisura, curvando solo la mitad de su boca, hizo palpitar mi pecho enloquecido.

—Porque… ¿quería verla?

—¿A mí? ¿Puedo saber la razón?

—Le salvé la vida y no me lo agradeció usted bastante.

Respingué.

—¿Le parece?

—Y es usted como un ángel bajado del firmamento. Así que al menos, merecía el enorme

placer de volver a contemplarla.

Quise enfadarme con su desfachatez, regañarle. Sin embargo, no pude. Sentí cómo mis mejillas ardían de rubor y mis ojos se humedecían de pura emoción, mirándolo.

—No deberíamos dejarnos ver en público con tanto descaro. Podría usted comprometerme.

—Un inocente café rodeados de mirones por los cuatro costados no debe de hacerle daño a nadie. ¿Preferiría en su lugar una caminata por el parque?

—Ojalá en Madrid dispusiéramos de bosques espesos, como en Inglaterra. Allí sí es posible pasear con recato durante horas, sin ser vistos.

Gustavo se encogió de hombros, señalando la mesa dispuesta y a la espera.

—Vivir en la gran ciudad tiene sus inconvenientes. En cualquier caso, ya que está aquí… Viene acompañada de doncella y nos conduciremos con la mayor honorabilidad, tiene mi palabra. No daremos motivo de chisme.

Vacilé retorciendo con agonía el cordoncillo del bolsito que llevaba colgado de la muñeca.

—Podemos aclararle a todos los presentes que le salvé la vida y que usted me debía esta convidada. Incluso, que ha venido por obligación y honor, en contra de su voluntad.

—No diga tonterías.

De milagro no se me escapó una sonrisa ante tanta zalamería. Dudé un instante más y finalmente acepté la silla que me seguía ofreciendo. Nuestro salvador la retiró para mí y a continuación, me ayudó a recolocarla.

—Detecto cierto refinamiento en sus modales, Gustavo. ¿A qué se dedica?

—Eso es porque serví como camarero en varios hoteles de lujo, señorita. En ese tipo de empleos es condición inexcusable conducirnos como auténticos caballeros, sin olvidar nunca cuál es nuestro lugar.

—Qué interesante —comenté. Y no mentía.

—Mi primer jefe fue un maître francés muy estirado que nos robaba el escaso tiempo libre dándonos clases de dicción y modales. ¿Té o café?

—Té, gracias —indiqué al camarero que nos atendía. Eché un vistazo a otra mesa, más apartada, donde esperaba una deslumbrada Elvira—. Encárguese de servir también a mi doncella, por favor. Sírvale café y lo que ella decida comer.

—Compruebo que su relación con el servicio es abierta y cercana.

—¿Lo dice por la merienda? Pobre muchacha, no voy a dejarla morir de hambre después del recorrido que le he impuesto…

—No me refiero solo a ella. La noche de la… taberna —bajó sensiblemente el tono de voz—, venía usted muy bien acompañada. Y por lo que pude ver, los dos se desvivieron por auxiliarla.

Sonreí abrumada.

—Son como parte de mi familia. Naturalmente, mis padres no comparten mi visión del mundo, afirman que pensar que todos somos iguales es antinatural, pero… Con honestidad, creo que la Gran Guerra lo cambiará todo.

Gustavo me había clavado hacía rato sus brillantes pupilas. Y no retiraba de mí su atención. Me percaté de que viajaba de mis ojos a mi boca, y vuelta a empezar. Me puse un poco nerviosa, no estaba acostumbrada a tal proximidad con un hombre que me era casi por completo desconocido. La situación empeoró cuando apoyó el mentón sobre el puño para observarme aún más de cerca.

—¿Eso piensa?

—Discúlpeme —me atasqué—. Creo que lo aburro con mi conversación. A veces me atraen unos temas muy poco apropiados, dada mi condición.

—¿Y cuál es su condición, señorita Beatriz? ¿La de mujer inteligente y moderna?

10

Anhelos en torno a ella

Gustavo

—Debería sentirse orgullosa —añadí al ver que no respondía—. De aportar frescura y novedad a este rancio mundo nuestro. Es usted una burbuja de esperanza.

—No lo crea. Pertenecer a determinadas familias y disponer de ideas propias, a veces resulta de todo punto incompatible.

—Puedo figurármelo.

Conforme parloteaba, mis ojos codiciosos perseguían sus manos, enguantadas en fino encaje, moviéndose por la mesa como dos palomas blancas. Sus sonrisas tímidas eran pequeños soles que iluminaban el establecimiento. Sus labios al moverse formando palabras…

Sus labios.

Estando allí con ella, como si nos conociéramos o algún lazo especial nos vinculara, una intensa felicidad me recorrió el cuerpo, un hormigueo placentero e insoportable, un sinfín de anhelos que seguramente no se cumplirían en la vida porque giraban en torno a ella, pero que me hacían sucumbir sin siquiera luchar.

Ahogando un suspiro, me incliné hacia adelante. Embriagado con su perfume suave y delicado.

—¿Por qué se arrojó a las ruedas de mi coche?

Ella gimió en voz baja, se llevó la mano a la boca y se la cubrió con elegancia. Sus ojos claros soltaron un destello de temor y absoluta tristeza. No parecía dispuesta a sacarme de dudas.

—Dígame, Beatriz, ¿qué la empujó a querer acabar con su vida?

Se puso en pie con un impulso demasiado brusco.

—Para usted, señorita Beatriz —me ordenó recalcando el «*señorita*».

El temor a haberla espantado con alguna inconveniencia me cerró la garganta.

—Sí, claro, disculpe. Supongo que me he excedido con la familiaridad.

—Creo que ya le he concedido mucho más tiempo del conveniente, don Gustavo. Ya me ha visto, he aceptado su invitación, y tenga por seguro que le agradezco en el alma su acto de caridad.

—El atenderla cuanto pude no fue un acto de caridad —me apresuré a rectificar.

—¿Entonces qué? Un acto de… ¿afecto?

Podría serlo. Con el tiempo y una oportunidad, estaba seguro de que podía serlo. Pero ella no deseaba escucharlo. No en aquel momento.

—No, señorita. De prudencia y urbanidad.

Su gesto se desencajó ligeramente.

—Ah, claro. Ahora soy yo la que siente haberse precipitado con sus… conclusiones. En cualquier caso, si me disculpa, se hace tarde.

—¿He dicho algo que la haya molestado?

—Debo volver a casa. Elvira…

La doncella, que hasta entonces había ocupado la mesa aparte, se aprestó a escoltarla sin decir ni una palabra, sin atreverse a mirarme. Beatriz, más nerviosa de lo que había imaginado que pudiera ponerse, se colgó de su brazo y, a empujones, la sacó del salón de té a la calle. La muchacha colaboró sin poner trabas.

Verla desaparecer sin una promesa de futuro fue como caer por un precipicio. Aquella mujer tenía algo, algo indescifrable que me había cautivado. Y no se trataba de su belleza cegadora. El tormento que leía en sus ojos aguamarina, lo incomprensible de que alguien de su edad, posición y apostura quisiera romper con todo, renunciar a una existencia de lujos y oropeles y perecer arrollada por un carruaje. ¿Qué la mortificaba de forma tan espantosa? ¿Qué crimen había en su pasado que ensombrecía un futuro lleno de brillo?

La hoguera que me estalló en el vientre gritaba que debía averiguarlo. Salvarla de sí misma. Curar sus heridas y alejar tanto dolor. Hasta que sus sonrisas fueran sinceras. Mucho más de lo que había visto durante aquella breve entrevista.

Tomé con cuidado su servilleta, la alojé entre los dedos y con disimulo la llevé hasta las proximidades de mi nariz. Había capturado su aroma, permanecía allí enredado en la urdimbre de la tela.

Así que la robé. Porque llevármela conmigo era el único modo de retenerla a ella.

Beatriz

—¿Se puede saber dónde has estado toda la tarde?

—Ya se lo he dicho, madre. Salí a pasear y me detuve un instante a tomar el té en un saloncito muy coqueto que descubrí por casualidad.

Mi madre se había educado en Inglaterra y si querías ponerla de tu parte, solo tenías que considerar el té como el remedio a todos tus males. Además, le constaba y preocupaba mi decaimiento. Puse énfasis con un puchero.

—Madre, necesitaba airearme un poco, no me regañe, se lo ruego.

—¿Y con quién has ido finalmente? Porque si estoy en lo cierto, Paquita viajó con Salvador a Toledo…

—Elvira, madre, Elvira me ha acompañado.

Me estudió con interés por encima del borde de su copa.

—¿La doncella nueva? Apenas si la conocemos, ignoramos si estaría a la altura de darse la necesidad. Además, se la ha contratado para sustituir a Carmelita mientras esté enferma. No es

doncella personal.

—Pero podría serlo. ¿Verdad, madre, que podría serlo?

La marquesa pestañeó confusa un par de veces.

—¿Y ese repentino interés?

—Hemos congeniado.

—¿Y a Paquita? ¿Dónde te la dejas?

—Bueno, Paquita también.

—¿Dos doncellas personales para ti sola? ¿No crees que te excedes en tus pretensiones, querida?

—Discúlpeme su señoría.

Mi madre y yo giramos sorprendidas las cabezas hacia el rincón desde el que provenía la trémula voz. Sin atreverse a acercarse demasiado a la mesa, Elvira había aparecido en el comedor y dejaba caer su peso alternativamente de un pie a otro, retorciéndose las manos.

—¿Tú de dónde sales?

—Con el permiso de su señoría… No he podido evitar escucharla y…

—¿Ves lo que te digo, Beatriz? No se le puede conceder tregua al servicio. Enseguida olvidan cuál es su lugar y hasta hablan cuando no les corresponde.

—Yo querría saber qué tiene que decir, madre, ¿usted no? Dinos, Elvira, ¿qué es lo que te preocupa?

—Yo podría… podría…

La marquesa puso los ojos en blanco con impaciencia.

—Sin atoros, muchacha, habla de una vez.

—Podría realizar las tareas de la doncella enferma y atender también a la señorita Beatriz. Aunque solo fueran unas horas al día.

—Para eso ya tenemos a Paquita —la desencantó mi madre con rudeza.

—A la señorita se la ve tan contenta…

Aquello fue una temeridad. Un sobrepasarse en toda regla por parte de Elvira. Osar interrumpir a la marquesa, colarse sin invitación en una conversación ajena y, peor aún, dar a entender que había andado espiando, la condenaba para la eternidad a los fuegos del infierno. Tenía que echarle una mano o aquella misma noche, la pobre mujer dormiría debajo de un puente.

—Tiene razón, madre. Hablamos más de una dama de compañía que de una doncella al uso.

—Las damas de compañía se buscan para las ancianas y las personas impedidas. Hasta donde sé, tú no encajas en ninguna de las dos categorías. Retírate, Elvira. Sin tardanza.

Esperé a quedarnos solas, porque lo que iba a mencionar todavía me escocía y me provocaba vergüenza.

—Sabe bien lo triste que estaba después de… —Me mojé los labios. No simulaba cuando recordaba mi pasado más reciente y temblaba de pies a cabeza—. Lo cierto es que no pensé volver a sonreírle a la vida hasta que nos reunimos Paquita, Elvira y yo. Me hacen reír, madre, me transmiten felicidad.

—¿Felicidad? ¿Un par de criadas? ¡Arturo! ¿Has escuchado las barbaridades que suelta tu hija por la boca?

El marqués, que acababa de aparecer en el comedor con la intención de cenar en paz y concordia, sin pajolera idea de lo que nosotras tratábamos, arrugó el ceño adivinando altercados e histerias varias.

—No, Eugenia. Y si me lo permites, fingiré no haberte oído a ti tampoco. ¿Qué tenemos de cena?

—Madre no cree que mis doncellas puedan hacerme feliz.

—Tanto como feliz… No me atrevería a afirmarlo. No obstante… —Las aletas de su nariz se movieron con rapidez—, Eugenia, Beatriz es joven y está muy sola. Alonso va a lo suyo, creo que su capacidad de acompañamiento dista mucho de lo que todos desearíamos. —Desdobló la servilleta de una sacudida—. Es lógico que busque amigas.

—Algo que no discuto. Pero entre gente de su clase, Arturo, ¡por amor del cielo! que hay mucha jovencita de buena cuna en Madrid y no hace falta recurrir al servicio.

—Si tú lo dices…

11

Los intereses de Alonso

Justo en ese momento se les unió Alonso, el primogénito. El heredero.

—¿Qué tal la charla, familia? ¿Tan animada como siempre?

—Tu hermana se nos está volviendo socialista —gruñó la marquesa contrariada hasta el sofoco.

—No sé qué es eso —refunfuñó Beatriz empequeñecida.

—Apuesto a que madre tampoco sabe lo que significa —se mofó Alonso, echando una rápida ojeada a Elvira, que fue toda una declaración de intenciones.

—Y observa a tu *amiga*. —La marquesa bajó la voz hasta convertirla en un susurro confidencial. Seguramente, para no ofender a la muchacha, detalle que Beatriz le agradeció en el alma—. En el comedor, atenta a la mesa, sirviendo. Como corresponde. Cada cual en su lugar. Y tu padre, en el suyo. Toda la tarde en la Asamblea, decidiendo los destinos de esta santa nación.

—No he estado en ninguna asamblea, estuve en el club, querida, jugando a las cartas y compartiendo botella con el conde de Organza.

Los dos hijos contuvieron a duras penas una carcajada.

—Arturo, ¡por amor de cielo! Esas chanzas tuyas…

—No es ninguna chanza, esposa, es la verdad. Eso que con tanto afán siempre defiendes.

—Jugando cartas y embriagándote… Desde luego, marqués, luego querremos dar buen ejemplo a los hijos.

—Si estuviera en el Escorial desarrollaría actividades mucho más provechosas.

—Todos lo sabemos, padre —lo auxilió Beatriz cargada de paciencia, antes de que tomara carrerilla con su cantinela de siempre.

—Pues eso. Casaos de una vez. Los dos.

La cena transcurrió sin otro incidente que una nueva monserga del marqués respecto al vecino Otamendi, cuya prontitud y diligencia en los negocios le habían impedido hacerse con el número 8 de la calle del Barquillo. Si algo percibió Beatriz, fue la volátil y ausente atención de su hermano a la charla durante el segundo plato y los postres. Mucho más acusada que de costumbre.

Y es que la visión de Elvira lo había trastornado.

Un violento ramalazo de deseo expandiéndose en oleadas desató sus instintos. Un reclamo procedente de su carita de porcelana muerta de susto, de una inocencia, pese a no ser ya una chiquilla, que pedía a gritos ser destronada.

Un trabajo para el empedernido mujeriego Alonso Maldonado y Lavidia.

Acabó la cena familiar y el heredero se retiró con sospechosa precipitación, habida cuenta que los pastelillos que acompañaban el café eran sus favoritos. Perdió el tiempo un rato, vagabundeando por los pasillos, merodeando los corredores que conducían a la zona de servicio, por ver si se cruzaba con Elvira. Dos horas más tarde, cabizbajo y decepcionado de su suerte, quiso acostarse.

Tramaría un plan para verla a partir del día siguiente. Y sin embargo, la fortuna que hasta entonces le había sido esquiva, decidió sonreírle: con la mano apoyada en la manija de su puerta, la vio salir del dormitorio de su hermana Beatriz. Al detectar su presencia, las mejillas de la doncella enrojecieron como amapolas y su mirada se perdió en las alfombras.

—¡Elvira! Te llamas así, ¿no?

—Sí, señorito. Ese es mi nombre.

—Un nombre precioso. ¿Y de dónde vienes tú, Elvira?

—De Calatayud, señorito. Y luego de León, de Ponferrada.

—Hermoso castillo. ¿Lo conoces?

—No, señorito. Si me disculpa, señor…

—Alonso. Me llamo Alonso.

—Lo sé, señorito. Debo volver al lavadero, llevo ropa de la señorita Beatriz para lavar y se hace tarde.

—En mi dormitorio también hay unas… unas sábanas que convendría cambiar.

La mujercita sufrió un temblor.

—Quiere…, ¿quiere que me las lleve ahora?

Alonso empujó la puerta de su alcoba, se hizo a un lado para dejarle espacio y le indicó con un gesto que entrara.

—Me parece una idea espléndida.

La doncella dudó un buen puñado de minutos. Con el vestido de encaje blanco de su señorita en las manos y su chal de lana, sin saber muy bien dónde dejarlo, que no se estropeara, para ir a cumplir con la orden del señorito. A fin de cuentas, la marquesa lo había dejado claro, era criada general de la casa, no doncella personal de la señorita Beatriz, estaba obligada a realizar cuantas tareas se le exigieran.

Abrumada y un poco torpe, Elvira entró en la habitación que, enseguida la envolvió con su olor a hombre de bien. Tragó saliva. Posó la ropa de Beatriz sobre un butacón que había a la entrada y se dirigió a la cama, a recoger las sábanas. Sintiendo fija en su espalda y, probablemente en sus posaderas, la mirada penetrante del señorito Alonso.

—Debería ir a por sábanas limpias primero —cayó en la cuenta con alivio—. Para hacerle la cama de nuevo y que se pueda acostar cuanto antes. —Se giró atribulada. Allí estaba el señorito Alonso, alto, rubio y de ojos claros, igual que su hermana, como un límpido sol de primavera—. Si me disculpa, vuelvo en un periquete.

—Eres muy bonita, Elvira.

—Gracias, señorito. Ahora mismo vengo.

Recogió con atropello las prendas femeninas y salió volando escaleras abajo, rumbo al lavadero. Dejó el chal y el vestido en una palangana, donde más tarde lo pondría en remojo, tomó del armario una muda completa de cama y, solo entonces, cuando fue consciente de que llevaba minutos reteniendo la respiración, frenó un segundo a tomar aire.

El señorito Alonso era un regalo del cielo. Guapo como un querubín. Rico. Riquísimo. Hijo de marqués. Heredero del título y las propiedades.

¿Pudiera ser que la providencia la hubiese mirado de frente con una sonrisa de oreja a oreja y una peseta entre los dedos? Porque si un noble como el señorito Alonso se fijaba en ti, no es que no pudieras sacar algo de provecho.

Se miró de pasada en el espejo de la lavandería para comprobar su aspecto. Quiso pellizcarse las mejillas para sonrosarlas, pero las vio arreboladas como si hubiese pasado horas pegada a una chimenea. De modo que se contentó con acicalarse los mechones sueltos de cabello y organizarlos un poco.

De vuelta al dormitorio con las sábanas, por culpa de los nervios las había olvidado encima de la mesa de plancha y tuvo que volver sobre sus pasos a recogerlas, encontró al señorito sentado ante su escritorio, con una pluma y una copa de licor en la mano. Escribiendo algo.

¿Una carta de amor para una enamorada? No resultaría extraño.

—Con permiso.

—Adelante, Elvira. Mi cama es toda tuya.

Lo dijo con un tono socarrón muy seductor. El señorito Alonso sabía cómo hacerse notar, desde luego. La chica cumplió con sus deberes de doncella bajo la atenta inspección del hijo de los marqueses, que no despegó los labios, pero la observaba sin pestañear. Cuando remató la faena, sintió un inmenso alivio en sus nervios crispados.

—Ya tiene las sábanas listas, señorito. Si no manda nada más, me retiro.

—¿Eres la doncella personal de mi hermana?

—No, señorito, qué más quisiera yo… Quiero decir… —rectificó horrorizada por el ramalazo de espontaneidad.

—Quieres decir que aprecias mucho a la señorita Beatriz y que sería muy de tu agrado servirla de continuo —la ayudó con amabilidad.

—Eso mismo, señorito. Eso mismo quería decir. Pero Paquita es su doncella.

—Bueno —suspiró abandonando la silla—. No me cabe duda de que no tardarás en hacerte imprescindible. Muchas gracias, Elvira, puedes ir a descansar.

La muchacha huyó hacia la puerta, accionó el picaporte y salió, cerrándola a sus espaldas.

Lo había hecho otra vez.

Había vuelto a mirarla de aquella forma intensa, como si la traspasara, como si estuviera a punto de proponerle algo prohibido a lo que al final, por principios, por prudencia y porque estaban bajo el techo familiar, renunciaba.

12

Agravios de doncella

Beatriz

No sé ni cómo, Paquita se enteró de nuestra excursión del día anterior, antes de que yo pudiera confiarle el secreto. Quizá fuera porque me oyó discutir con la marquesa a la hora del desayuno, corrió a interrogar a la pobre Elvira, y las conclusiones hicieron el resto.

—Si sales a tomar el té, que tampoco es que tengas especial necesidad de hacerlo en un establecimiento público, Beatriz, que para eso están las casas de las amigas, mansiones respetables donde se merienda en discreta intimidad, no en cualquier sitio, rodeada de gente corriente…

—Precisamente ese era el caso, madre, que deseaba ver gente. Personas normales. A veces me ahogo dentro de estas paredes. Y entre otras paredes que parecen las mismas, aunque estén situadas en otra calle.

Doña Eugenia hizo como si no hubiera escuchado ese último lamento mío.

—Pues si has de hacerlo, desde luego no con asiduidad y siempre a un lugar de respetabilidad contrastada, deberías ir acompañada de amigas.

—Elvira…

—¡Amigas, Beatriz! Cada una de vosotras con vuestra doncella, pero una doncella no es una amiga. ¿Volvemos a discutir el mismo tema de anoche?

—¿Tan difícil de entender es que me siento sola, madre? ¿Que me gustaría tener hermanas, pero no las tengo? ¿Que necesito poder hablar con alguien de mis cosas?

Mi madre hizo un aspaviento exagerado que dejó claro su desconcierto.

—No pensarás que confiarle tus secretos a una criada es una buena idea. Beatriz, la confianza con los que te sirven es muy peligrosa. Esta gente cambia sus lealtades por un real, es tan sencillo y rápido como chasquear los dedos.

—Para eso ya están los políticos, madre —rezongué ocupándome de mis bollos—. Y mira que todos son de clase alta.

Como no le interesaba responderme y alargar la discusión, no lo hizo. Empezó a hablar de una futura recepción en casa de los condes de Ordaz y de los posibles invitados y la indumentaria que me convendría escoger. Me quedé sorda en cuestión de segundos. Y luego, una vez apurado el café, pedí disculpas y me ausenté.

Salté de la sartén al fuego.

Mi doncella ahuecaba los almohadones con brío asesino. Los labios en línea recta, bien apretados y el entrecejo plegado como un acordeón. Entré intimidada a mi propia alcoba, dada la densidad del ambiente.

—¿No mejora Carmelita? —pregunté por romper el hielo.

—No mejora, no, señorita —gruñó sin mirarme—. Al contrario, parece que va de mal en peor.

—Vaya por Dios. ¿La ha visto el médico?

—Dos veces ya. Pero usted estará contenta.

—¿Yo? —me escandalicé— ¿Cómo voy a alegrarme de que la pobre no levante cabeza?

—Porque mientras la Carmelita siga en cama, tiene asegurada a su Elvira.

—Mi… ¿*Mi* Elvira?

De repente lo comprendí todo.

—Paquita, ¿estás molesta por algo?

—¿Yo? —Pegó un último tirón a la colcha y rodeó la ancha cama esquivando mis ojos— ¿Por qué iba a estar molesta yo? ¿Porque me manda a Toledo con el Salvador, que es una acelga pocha, y usted se lleva a la Elvira a merendar a la Gran Vía? ¿Tendría eso que molestarme?

—Oye, Paquita…

—¿Necesita algo más la señorita? ¿Le subo otro café? ¿Un té? Creo que la cocinera acaba de sacar un bizcocho del horno.

—Paquita, ¿puedes relajarte un segundo?

—Pues la verdad es que no, señorita Beatriz. Tengo mucha faena. Una barbaridad de faena. Y ya sabe lo que pasa cuando entran nuevos al servicio, andan perdidos como cabras en sala de baile. Claro que, para ir a tomar pastas finas a la Gran Vía no es menester mucha lección.

—Hasta anteayer, te caía bien Elvira.

—Ya. —Puso los brazos en jarra—. Pero cuando alguien estorba… Estorba. Es que no cuenta solo el retraso que venga con ella por la falta de maña, trae al Andresito medio *atontao*, mirándola y babeando igual que un lelo.

—Tengo entendido que fue él quien la trajo. ¿De qué se conocían?

—Si le digo la verdad, señorita, no lo dejó muy claro. El caso es que tampoco es que me importe…

—¿Puedes decirle a Elvira que suba?

Abrió mucho los ojos. Sorprendida. Agraviada en lo más hondo.

—¿A Elvira?

—Eso he dicho.

—Vaya con la nueva. No necesita una más que un día de recados en Toledo para que aparezca el más *pintao* y de una patada te quite la silla. Muy bonito, sí, señor. Muy requetebonito.

Soltó su perorata ofendida y se esfumó dejándome con dos palmos de narices.

No sabía si reír o llorar. Paquita me adoraba, de eso no tenía la menor duda. Y aunque sospeché que le incomodaría la salida con Elvira, nunca pensé que llegaría a tanto. No dispuse de tiempo para elucubrar mucho más, porque enseguida sonaron unos golpecitos comedidos en la puerta y la voz de Elvira pidiendo paso.

—Con su permiso, señorita.

—Pasa, Elvira, quería hacerte unas preguntas.

Se tensó de manera visible. Traté de sosegarla con una sonrisa afectuosa.

—¿Andrés te está molestando?

—¿Andrés? —pareció descolocada—. No, señorita, nada de eso, ¿por qué lo pregunta?

—Paquita me ha comentado que anda un poco embelesado contigo. Los mozos, si no se les pone coto, pueden llegar a ser muy molestos.

—Andresito es buena persona, señorita Beatriz. Es verdad que se obstina en darme conversación y su cháchara… bueno, no da para mucho y además me entretiene de las labores. Y algún que otro regalito me ha traído cuando sale de mandados. Una manzana, unas fresas…

—¿A ti te gusta?

—¿Andrés? No, para nada, señorita, qué barbaridad.

—Pero os conocíais de antes, él te trajo para cubrir la vacante de Carmelita…

—La verdad es que tampoco, señorita. Yo acababa de llegar a la capital desde mi último trabajo y me topé con él en el mercado. Fue de casualidad. Congeniamos y le pregunté si sabía de alguna casa donde precisaran de criada… El resto ya lo sabe usted.

—Imagino que todo esto ya te lo habrá preguntado antes la señora Manuela.

—Sí, antes de contratarme me preguntó muchas cosas. Aunque también tenían la mayor urgencia por conseguir esas manos extra cuanto antes y no puso muchas trabas.

—Lo entiendo. —Sonreí—. ¿Estás contenta en la casa?

—Mucho, señorita. ¿Quiere que la peine? Los recogidos se me dan de guinda.

Antes de contestarle que ya estaba peinada, la vi con el cepillo de plata en la mano y una mueca de desbordada ilusión en la cara. No me vi con fuerzas para negarme, a sabiendas de que aquello enfurecería aún más a Paquita.

—¿Van bien las cosas con Paquita?

—Ya puede suponer. Un poco enfurruñada por haberse quedado fuera del plan de ayer, señorita. Más por no haberle echado el ojo encima al caballero, que por el chocolate y las porras.

—No… ¿No tenemos más notas?

—Hoy no, señorita.

No disimulé mi desencanto. Y creo que ella lo notó. Porque se puso a tararear una cancioncilla para alegrarme el día y me contó un montón de chismes divertidos en torno a los amoríos entre miembros del servicio. Cosas que yo, ni de lejos hubiera imaginado.

Iba a resultar que Barquillo 10 era la mansión de las pasiones desatadas.

13

En el parque del Retiro

Gustavo

No tenía muy claro si debía escribirle y citarla de nuevo tan pronto. Sin concederle plazo para lavar la amargura de nuestro último encuentro, que no se remató, digamos, con demasiada dulzura. Todo fue bien hasta que mencioné el espinoso asunto del *porqué* en la noche que nos conocimos.

Por lo visto era su secreto. Su gran secreto oculto.

No es que no lo entendiese. Debía de esconder una gran pena en el corazón si la había empujado a querer acabar con su vida de tan mala forma.

Sin embargo, me moría de ganas por verla. Soñaba con ella apenas cerraba los ojos, no dejaba de verla reflejada en los cristales de todas las ventanas. Espigada y rubia como un campo de trigo, con dos ojos enormes como luceros celestes. Me juré a mí mismo morderme la lengua respecto de la peliaguda cuestión y no volver a referirlo en su presencia, por más que me consternara.

Porque mientras me quedara una gota de sangre en las venas, mi principal objetivo sería impedir que aquella joven cometiera una locura. Aunque ello supusiera empeñarme en salvarla de un imposible.

Dos días aguanté.

Después del encuentro en la tetería de la Gran Vía dejé pasar dos días completos con sus noches y al siguiente, a las nueve de la mañana, ya estaba rondando la casa de Barquillo 10, esperando ver salir a la doncella Elvira para entregarle la nota.

No lo logré hasta las doce y media. Cuando ya apenas si me quedaban suelas en los zapatos de tantas vueltas por la plaza.

«En Madrid no tenemos bosques ingleses, pero sí un parque del Buen Retiro, maravilloso, que ahora se encuentra en su mejor época. ¿Nos vemos a las cuatro de la tarde junto a la fuente del ángel?»

—El ángel caído, señor Gustavo. Caído. Por desgracia —me corrigió en cuanto nos vimos, nos hicimos los encontradizos y echamos a caminar.

Venía acompañada de, no una, sino de dos doncellas. Con toda probabilidad, alguna reprimenda tras la anterior salida había alterado la paz en el hogar de los marqueses y la mandaban con refuerzos.

—No me gustan los seres caídos en desgracia, señorita, ni siquiera cuando son ángeles.

—Ah, ¿no? ¿Y se puede saber qué le gusta?

—Por ejemplo… ¿usted?

Ella giró la varilla de su parasol y lo colocó entre los dos, como un muro infranqueable.

—No debería permitirle ser tan directo. Ni tan descarado. Si lo escuchara mi madre le daría un soponcio.

—¿Y por qué me soporta y accede a verme de nuevo?

—Porque me divierte.

—Triste destino el mío, si todo se me reduce a eso. A actuar de bufón de la corte.

—De usted depende ir más allá. Gáneselo.

—Me consuela sobremanera que ya no sea solo agradecimiento. Y que estemos aquí, paseando pacíficamente y sin arañarnos, por segunda vez. Huele a posibilidad.

Al ver cómo movía yo los dedos en un gesto cómico, ella soltó una alegre carcajada que me aleteó en el pecho. Daba la impresión de haberme perdonado la salida de tono de la ocasión anterior. Como si la hubiese arrinconado en alguna zona oscura de la memoria de donde no le sería fácil salir.

—¿Sabe que me habría gustado conocer la célebre fábrica de Porcelanas de la China que se ubicaba aquí antes? Mi bisabuela era una rendida devota de sus obras. Heredamos muchas piezas de su colección particular —comentó repentinamente melancólica, mirando el paisaje alrededor.

—Una verdadera pérdida. Una lástima que edificios tan emblemáticos caigan y se reduzcan a cenizas con el alegato de las guerras.

—Durante años fue motivo de disputa entre mi madre y mi abuela paterna. La marquesa se crio en Inglaterra y las tropas británicas fueron las que destruyeron el más preciado paraíso de la madre de mi abuela. Imagine esos almuerzos…

—Las viejas trifulcas familiares. Cómo olvidarlas. En cada casa cuecen las suyas. Siempre me ha provocado cierto estupor que los ingleses, para quienes el honor, la decencia y una respetabilidad intachable son dones de alta estima, se olviden de todo en cuanto guerrean, para convertirse en auténticos piratas.

—¿También sabe de ejércitos y milicia, Gustavo?

No me pareció que le contrariara en exceso si así fuera. Sonreí con sorna y arqueé las cejas.

—En mi familia hemos sufrido a algún que otro pariente con uniforme militar.

—Le escucho y solo me queda deducir que la suya es una familia pintoresca e interesante. Debería hablarme un poco más acerca de ellos.

—No se llame a engaño, mi estimada señorita. Los Pérez somos gente corriente, ¿qué puede haber de peculiar o especial en un Pérez? Sin ir más lejos, debe de haber millones de Pérez en el territorio nacional. Ya no le digo si añadimos las colonias. Creo que no sirve de nada pavonearse apellidándose Pérez.

Transcurrieron un par de minutos en silencio. El trino de los pájaros revoloteándonos por encima, nos acompañó hasta que Beatriz habló de nuevo.

—Volviendo a la fábrica de porcelanas, ¿cree que habría gente dentro cuando la destruyeron? Gente inocente, civiles, me refiero.

—Con toda probabilidad, aunque la versión oficial habla de una evacuación completa. Claro que, esa misma versión oficial ha intentado muchas veces echarle la culpa del desastre a las tropas de Napoleón, cuando en realidad, como usted bien dice, fueron Wellington y sus

hombres los que, reduciéndola a escombros con el pretexto de librarnos de los franceses, eliminaron a su mayor competidor en el campo de las porcelanas de lujo.

—Cuántas veces me pregunto si lo que nos cuentan acerca del pasado es del todo cierto. ¿Usted no?

Hinché los pulmones meditando qué responder que no resultara grotesco o apasionado en exceso, no deseaba ahuyentarla y rematar como en la primera cita. Los dos nos quedamos mirando la estatua de la fuente, donde el ángel caído, desde su anómala posición, nos transmitía un particular sinfín de emociones.

—Como la leyenda del Paraíso, ¿no le parece? ¿Quién sabe con certeza lo que allí sucedió? Si este ángel, hermoso, el favorito del Creador fue injustamente expulsado víctima de los celos de otros seres divinos… ¿Se imagina que apareciera un libro que revelase que todo lo que nos han contado acerca de la expulsión de Lucifer del Paraíso es una burda mentira?

—Sería un lenguaje imposible de entender por los hombres, señor Pérez. La humanidad no está preparada para una revelación así. Sin ir más lejos, de oírle mi madre, lo tacharía de inmediato de sacrílego.

—Por fortuna, no tenemos aquí a la marquesa para descalificarme con tanta crueldad.

14

Lazos familiares

Gustavo

—Hablemos de algo mucho más agradable que la marquesa, Gustavo, se lo ruego. ¿Cuál es su ocupación en la actualidad? ¿A qué se dedica?

—Creí entender que serían temas agradables —simulé un escalofrío que la hizo reír—. Creo que ha olvidado que dispongo de quinientas pesetas.

—Y mientras le duren piensa dedicarse a holgazanear.

—Soy un hombre de gustos sencillos, gasto poco, me durarán.

—Hasta donde sé, frecuenta las tabernas. Y en sitios como esos, los reales vuelan.

—Tiene mi palabra de que solo voy por esperar y ver si su hermano comparece y se mete en algún lío. En realidad, el único afán que me mueve es volver a verla.

Rio de nuevo. Con aquel campanilleo cristalino y alegre que se llevaba lejos hasta la última de mis penas.

—Es usted un adulador. No utilice los lazos familiares para salirse con la suya.

Le dije adiós al ángel caído y tiramos por una avenida estrecha y poco concurrida que nos pareció más discreta, dadas las circunstancias. Tenerla al lado, tan cerca que podría haberla rozado con la punta de los dedos y no poder tocarla, me estaba quemando.

—¿Imagina los ángeles en el cielo? —Arremetí para que la charla no decayera— ¿Borrachos y discutiendo? Igual que en las familias. Rivalidades entre hermanos, envidias, suspicacias.

—Pese al episodio de la taberna, mi hermano Alonso no supone ninguna amenaza, se lo puedo asegurar. Lo que echo en falta son un par de hermanas con las que hacer piña. Pero eso ya no tiene remedio. ¿Y usted? ¿Son varios hermanos?

Me lo pensé antes de despejar sus dudas.

—Sí, tengo hermanos. Y de corazón espero que con mi marcha hayan logrado lo que perseguían.

Buscó con curiosidad mis pupilas.

—¿Sonaría muy osada si le pregunto a qué se refiere?

—Ya sabe, el cuento de siempre, los negocios familiares, el mayor que debe hacerse cargo de todo sin aspirar a ello, los menores que envidian su suerte y querrían ocupar su lugar. Más viejo que el hilo negro.

—Y muy triste. La familia debería ser ese redil seguro al que siempre puedes acudir y

que te protegerá por encima de las adversidades.

Enlacé las manos a mi espalda, fantaseando con la disparatada idea de que una de las dos le perteneciera a ella. Hasta me permití un ligero baile de dedos similar a una caricia.

—Debería. Me enternece la grandeza de su corazón, señorita Beatriz. Siente compasión por todo el mundo.

Ella se ruborizó hasta la raíz de los rubios cabellos e inclinó la cabeza con gran señorío.

—Me permito recordarle que debería empezar por usted misma —agregué cauteloso.

—Si va a insistir en ese tema…

Levanté una mano para que no siguiera atacándome.

—En absoluto. Ya entendí que no es un asunto del que le agrade hablar. Y yo valoro demasiado su compañía como para desperdiciar estos escasos minutos disgustándola. ¿Un barquillo? Creo que les vendrán bien a sus malhumoradas doncellas. No han cruzado una sola palabra en todo el paseo.

Compré unos barquillos, los repartí con esmero y me ofrecí a acompañarlas hasta la entrada de la calle.

—¡Qué maravilla! Casi no puedo creer que esté hablando con naturalidad de absolutamente todos los temas, sin ningún tapujo, con una joven dama.

—Será porque esta dama también conversa de absolutamente todos los temas y sin ningún tapujo, con su señor padre.

—El marqués —resoplé—. Debo confesar que me impone.

—Si le sirve de consuelo, a mi madre no. Lo maneja a su antojo. Sin ir más lejos, la más reciente obcecación de la marquesa es casar a sus dos hijos, y tenga por seguro que por poco que la misión entusiasme a mi padre, acabará logrando lo que desea.

Sentí un tirón espantoso en la espalda.

—¿Van a casarla? ¿Acaso tiene ya escogido pretendiente?

—Permítame indicar que no es un tema del que parlamentar a la ligera, señor Pérez. No me pregunte esas cosas, no nos une tanta confianza como para respondérselas.

Fue un jarro de agua fría desde lo alto y por la cabeza. El resto del camino lo hice en silencio, perdido el ingenio y las ganas de bromear, cavilando acerca de cuál debería ser mi *modus operandi* a la hora de despedirme para convertirme en inolvidable.

Sin embargo, antes de alcanzar la entrada de la calle donde vivían los marqueses, la señorita Beatriz me rogó que, a partir de allí, las dejara caminar solas.

—Podría vernos alguien del servicio.

Arqueé con asombro las cejas y apunté a las dos doncellas.

—Ya nos ha visto el servicio.

—Ellas no cuentan. Me son leales.

—¿Incluso enfurruñadas?

—Incluso enfurruñadas.

—Señorita Beatriz, ¿me haría usted un grandísimo favor?

—¿Encontrarnos otro día?

—No. Quitarse el guante.

Pareció tan confusa como decepcionada.

—¿El… guante?

—Por favor. Si es tan amable…

Sin saber a qué se debía mi estrafalaria petición, accedió bastante confundida. Sujetó lo que le quedaba del barquillo con la otra mano y retiró la fina tela de encaje de su mano derecha.

Sin perderme en preámbulos, la tomé y me la llevé a los labios.

No fue una despedida cortés, de esas en las que se toma la mano de la dama y se inclina la cabeza o se hace ademán de besarle los nudillos. Yo estampé un beso lleno de ardor en la sedosa piel de su dorso, jugueteé un instante eterno con sus finos dedos y me embriagué con el aroma que despedía su muñeca.

Habría querido que el tiempo se detuviera.

Sin embargo, como siempre que se anhela algo con el corazón, el alma, el ser y todos los sentidos…, no se cumplió.

Regresé a la pensión cabizbajo y algo perplejo por el modo profundo y hasta devastador en que me había afectado la noticia de que Beatriz pudiera casarse.

Con otro.

Era absurdo. Ridícula, rocambolescamente absurdo.

Apenas la conocía, si bien debía admitir que habíamos conversado más que con la mayoría de mis conocidos, ya no se diga con mujeres, que jamás estaban dispuestas ni manejaban temas del menor interés. Con Beatriz todo fluía de forma tan natural que asustaba, ya que ella jamás indagó en mis orígenes, nunca preguntó por el poderío económico de mi familia, por sus influencias. Ante tal falta de datos, era menester pensar que los Pérez no éramos nada del otro mundo y que lo que yo pudiera ofrecerle a la hija del marqués, cabía en un hatillo pequeño.

Y pese a ello, Beatriz accedía a verme, sonreía casi ilusionada, me reía las gracias y compartía conversación como si yo fuera una de las mejores cosas que le hubieran pasado.

Frené en seco.

En la puerta de la posada, destacando como una cucaracha sobre un mantel blanco, estaba aparcado un fastuoso carruaje con un blasón ducal en las portezuelas.

15

Comprar un silencio

Gustavo

—¿Se puede, señora Eusebia? Vaya si aprieta el calor hoy, no es normal, aún no ha entrado la primavera, ¿no le parece?

Cacé a la propietaria de la posada con los brazos hundidos en la pila, fregando platos como una descosida. Tan irritada y roja como un centollo hervido.

—¡Oiga usted, don Gustavo!

Aunque me había pillado en plena maniobra de escape, me quité el sombrero y le dediqué una reverencia exagerada.

—Oigo, doña. ¿Qué se le ofrece?

—Han venido preguntando por usted. Esta misma tarde.

Me hice de nuevas.

—¿Por mí? ¿Y quién sería?

—Un hombre muy elegante, vestido con oropeles. Y no debía de ser el más rico, porque otro más importante que él se quedó dentro de la carroza, ahí en la puerta, sin dignarse a pisar el suelo de esta casa.

Tragué saliva y puse cara de circunstancias.

—No le deberá usted dinero a ningún pudiente, ¿verdad que no?

—¿Yo? ¡Válgame el cielo! ¿Qué disparate está pensando?

—Entonces, ¿es que ha deshonrado a la hija de algún conde?

—¿Deshonrado? ¡Otro disparate! El doble de grande que el anterior.

—Con esa facha y esas hechuras, podría usted poner las miras donde quisiera, no sea modesto.

—Eso es usted, señora, que me mira con muy buenos ojos.

—No le diré que no. Pero alguna barrabasada tiene pendiente, si no, no habrían venido indagando.

—¿Cómo puede pensar eso de mí, doña Eusebia?

—Yo puedo pensar muchas cosas; de usted y del resto de los que viven bajo este techo. Que el no tener raíces ni familia que lo dispense a uno, no vaticina nada bueno.

—Pues no es mi caso, doña. Le aseguro que no le debo un real a nadie. Y menos a un noble con influencias.

—¿Cómo sabe que las tiene?

—¿Ha conocido a alguno que carezca de ellas?

—En mi vida he olido a uno ni de lejos. Al de hoy tampoco. Pero el que entró se veía muy interesado en conocer sus horarios, don Gustavo. Cuándo iba y cuándo venía. Por

descontado, le dije que usted no tenía de eso.

Le solté un sonoro beso en el moflete que la dejó patidifusa.

—Bien hecho, doña Eusebia. Si vuelven, les dice usted que lleva veinte días sin verme.

—¿Y eso a cambio de qué?

—De las quince pesetas que pienso darle. ¿A que le he alegrado el día?

******

Elvira terminó de doblar los manteles recién planchados y los apiló, meticulosa, con la intención de guardarlos en el armario de la ropa limpia. La zona de las cocinas, lavaderos, cuarto de costura y aledaños se hallaba en tinieblas y gran parte del servicio se había retirado a dormir. Colocó los manteles uno a uno, recreándose en el aroma a tela y jabón, y colocó unas ramitas de lavanda aquí y allá para garantizar el buen olor. Al girar sobre sus talones para pasar a la siguiente tarea, se dio de bruces con una figura alta y enclenque que le dio un susto de muerte.

—¡Por san Benito y sus compañeros! ¡Andrés! ¿Es que quieres que me dé un ataque? —Se retiró a un lado porque lo tenía demasiado cerca. Demasiado encima— ¿Qué haces vagabundeando como un ratero sin una mísera vela? ¿Por qué no te has ido a la cama ya, como los demás?

—¿Y tú?

—Tengo una montaña de tarea pendiente. Las salidas con la señorita me roban la mitad del día y me comprometí con la señora marquesa que tendría al punto las dos cosas.

—¿Trabajo de doncella y atender a los caprichos de la señorita al mismo tiempo? Menuda locura.

Elvira se dio la vuelta, airada, estirándose el delantal con las dos manos.

—Si es locura o no, es cosa mía, Andrés, no te metas.

—¿Para quién estás haciendo méritos?

La muchacha detuvo su avance colocándole una mano sobre el pecho huesudo y le dio un empujoncito para ganar espacio.

—Anda, no digas tonterías, vete a dormir.

—Elvira.

—Vete a la cama, Andrés, me estás entreteniendo y todavía me quedan…

—¿Te alegras de que te haya traído a casa de los marqueses?

—Claro que sí, ¿cómo no iba a alegrarme? Ni que fuera tonta.

—Entonces me debes una.

Los ojos de la doncella se abrieron como dos lunas llenas.

—¿Me lo estás echando en cara? No puedo creerlo.

—Tú sabes que me gustas.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que como me estás tan *agradecía*… a lo mejor podríamos salir un día de paseo, o a tomar chocolate, o a alguna verbena.

Levantó una mano como para acariciarla, pero Elvira cortó de cuajo toda posibilidad dando un paso atrás. Agarró una cesta grande y se la apoyó en la cadera. De inmediato se sintió más protegida.

—Bueno, eso ya lo veremos. Venga, ahueca, que estoy cansada y tengo para rato.

Salió del cuarto notando que Andrés todavía se quedaba allí pasmado, de pie, sin saber muy bien dónde estaba la puerta, o qué paso dar que no le hiciera parecer más ridículo de lo que ya parecía. La chica se llevó un puño al corazón. No es que no le inspirase lástima, apreciaba a Andrés y, desde luego, era cierto que le debía su situación actual. De recogerla en la calle, a disponer de techo, tres comidas al día y un buen sueldo, amén de una relación cercana con la hija de los marqueses que la trataba como a una amiga. Pero de eso a corresponderle sus desmanes…

Luego estaba el señorito Alonso.

El hermoso, apuesto y cautivador señorito Alonso, futuro marqués de Bonagua.

Alguien se deslizó a sus espaldas sin apenas hacer ruido. Elvira estaba a punto de recoger las servilletas del día para ponerlas a remojo y lavarlas al día siguiente, a primera hora, cuando una mano fuerte atrapó su brazo y tiró de ella hasta un rincón oscuro.

Por el perfume supo de quién se trataba.

—¡Señorito Alonso!

—Doncella Elvira…

—¿Qué hace usted fuera de su cuarto a estas horas?

Él no le había liberado el brazo y de momento continuaban inconvenientemente cerca el uno del otro. El latido de Elvira empezó a acelerarse, su respiración a hacerse fatigosa, entrecortada. Notó que un calor insoportable le subía por el cuello hasta las orejas y allí estallaba como una hoguera.

—¿Querrás venir alguna noche a mi alcoba a cambiar los almohadones?

Elvira hundió la cabeza avergonzada.

—No puede pedirme eso, señorito Alonso. Sabe que no puede.

—¿Qué hago si no paro de pensar en ti?

—Distraerse, señorito, que seguro que tiene usted con qué.

—Pero no con quién.

Elvira se retorció un poquito, tratando de evadirse sin poner mucho empeño.

—Señorito, por favor…

—Elvira, ¿qué hago si te me has metido aquí dentro? —Soltó su brazo y con el dedo se señaló la sien—. Pienso en ti a todas horas.

—Podría meterme en un lío terrible, señorito, hasta podría perder mi trabajo. Y eso es algo que no puedo permitirme.

Como si repentinamente cayera en la cuenta de las repercusiones de sus antojos, Alonso asintió en silencio. Abochornado y confuso.

—Tienes razón, Elvira. Lo siento mucho. ¿Podrás perdonar lo inapropiado de mi conducta?

—Claro que sí, señorito, faltaría. Y ahora, si me disculpa…

—Es hora de que vuelva a la cama.

Con un suspiro encarcelado entre los labios, Elvira lo vio desparecer, pasillo adelante, escaleras arriba. Ella había venido a Madrid con un propósito y debía cumplirlo por encima de viento y mareas, sin distraerse. Su determinación era briosa y decidida, pero…

Le pasaba lo mismo que al señorito, se le había metido su sonrisa canalla entre ceja y ceja, y no la dejaba dormir.

16

La búsqueda

Beatriz

Tres días. Luego cuatro. Más tarde, cinco largas jornadas sin saber de Gustavo. Sin notas ni visitas. La ausencia de noticias me tenía en vilo. Dormía fatal, apenas me entraba un bocado cuando me sentaba a la mesa y el hormigueo permanente en la boca del estómago no me permitía vivir.

Tenía a Paquita y a Elvira en mi dormitorio, jugando a las cartas. Sin embargo, no las atendía. Su tensa charla, ya que los roces y celos entre ambas no estaban curados del todo, resonaba en mis oídos como un eco lejano que no me pertenecía. Ni siquiera me percaté de que las dos me observaban pesarosas.

—¿Señorita?

—¿Señorita Beatriz?

—¿Eh? —Regresé de un empellón al mundo de los vivos. Por la manera en que me repasaban, no debía de ser la primera vez que me llamaban.

—Pensamos que tal vez deberíamos hacer algo por usted —explicó Elvira con cautela.

—La vemos muy compungida. Ese joven… —agregó Paquita con los ojos húmedos.

—Ese joven no debería importarme lo más mínimo, porque seguramente no me conviene —reaccioné levantándome—. Pero lo cierto y por desgracia, es que me importa. Estoy angustiada, quiero verlo. ¿De verdad no ha escrito y me lo ocultáis?

—¿Por qué íbamos a ocultárselo? —se escandalizaron las dos a coro.

—Pues por lo dicho, porque no me conviene. Vosotras lo sabéis, yo lo sé. Y podríais estar intentando protegerme.

Las dos muchachas movieron la cabeza a derecha e izquierda, en un claro gesto de negación.

—O a lo mejor mi madre…

Esta vez, la negativa a dúo fue mucho más veloz y categórica.

—¿Mi madre no sospecha nada? ¿No os ha prohibido que me ayudéis?

—Nada de nada, señorita —se atropelló Paquita, con su buen hacer de siempre.

Me derrumbé sobre la silla.

—Entonces es que ya no quiere verme.

—Eso no tiene por qué ser verdad, señorita. Igual le ha surgido un aprieto… —aventuró Paquita—. Ya sabe, la gente corriente tiene muchos problemas cuando se trata de ganarse el jornal.

Habría querido replicar que Gustavo no era gente corriente. Pero lo cierto es que tampoco tenía muy claro qué clase de persona era, ni el escalafón social en el que encajonarlo. Solo que

cuando lo tenía cerca el mundo se me iluminaba y los pesares se hacían más livianos.

—¿Querría salir de dudas, señorita?

Alcé los ojos esperanzada hacia Elvira.

—¿Cómo haría tal cosa?

—Déjelo en mis manos.

Paquita la fulminó con dos pupilas como dos teas.

—Nada de déjelo en mis manos. Tendrás que aclararnos qué te ronda el magín, no sea que metas a la señorita en un embrollo…

—Nada de embrollos. Pensaba ir casa por casa, preguntando…

Tanto Paquita como yo nos echamos las manos a la cabeza. Elvira no tenía idea de la enormidad de lo que se proponía.

—Eso no puede ser, mujer. ¿Buscar a un hombre por todo Madrid? Echarías años golpeando aldabas.

Elvira sonrió pícara y misteriosa.

—Deme un voto de confianza, señorita, yo me encargo.

******

Paquita salió corriendo como un gamo detrás de la nueva. Cuando logró alcanzarla, la agarró por un brazo y la hizo girar tal que si fuera una peonza. Elvira se quejó por la brusquedad de su compañera, siseando que si pensaba arrancárselo de cuajo.

—Confiesa. Tú sabes algo que no le has dicho a la señorita.

—¿Algo de qué?

—No sé, algo. Una pista para localizar a ese señor. Y te lo estás callando para encontrarlo antes que nadie, como desea la señorita.

Elvira ni admitió ni negó nada. Solo ladeó la cabeza y arqueó las cejas con una media sonrisa burlona que enfureció a Paquita.

—Quieres acumular méritos delante de la señorita —la acusó.

—¿Y quién no querría?

—Para birlarme el puesto, que no soy tonta.

—Del todo, Paquita. No eres tonta del todo.

Se evaporó. Pasillo adelante como una sombra, mientras la doncella más antigua permanecía con los pies pegados al suelo tal que si alguien le hubiese clavado los zapatos a las baldosas. Sintiéndose la mayor bobalicona de Madrid y, de repente, muy desesperada.

La suspicaz Paquita, a la que rara vez se le escapaba una, estaba en lo cierto. Elvira sabía algo. Guardaba un As en la manga en forma de recuerdo, porque la segunda vez que el señor Pérez acudió a Barquillo 10 a entregar nota citando a la señorita Beatriz, al sacarla del bolsillo, tiró también de unas llaves que cayeron al suelo con estrépito.

Elvira se había apresurado a recogerlas y acertó a ver la primera palabra grabada toscamente en el llavero de madera: Pensión.

De modo que el señor Gustavo no disponía de casa propia, se alojaba en una pensión.

Pero ¿cuál? No llegó a leer el nombre completo.

Así que sí, era una tarea titánica, recorrer una por una todas las pensiones del centro, preguntando por el señor Gustavo Pérez. Pero no había nada, de momento, que Elvira no estuviese dispuesta a hacer por contentar a su señorita.

Y por brillar a ojos de su hermano. Eso también.

La muchacha preguntó mil veces por don Gustavo Pérez. Y mil veces recibió caras raras y negativas. Hasta que bien entrada la tarde, derrengada, molida y con los pies como dos empanadas recién salidas del horno, tocó en la puerta de la posada de doña Eusebia.

—¿El señor Gustavo Pérez?

—Así, alto —se explicó la doncella—, buen mozo, muy buen mozo, ojos claros, mata de pelo oscuro…

—No diga más, moza. Claro que lo conozco. Al señor Pérez, últimamente, parece buscarlo medio Madrid.

Lo encontró en un patio soleado, de paredes forradas de azulejos sevillanos, llenito de saludables plantas. Sentado en un banquito, fumándose un cigarro con expresión ausente, lanzando las volutas al aire. Apenas si se sorprendió al verla aparecer.

—¿Cómo me ha encontrado?

—Una, que es muy observadora.

—¿Viene por propia iniciativa o la manda su señorita? Por favor, dígame que lo segundo.

—Pues sí, acierta usted, señor Pérez. Lo segundo. La señorita Beatriz no sabe dónde para usted, de modo que me comprometí a buscarlo para entregarle esta nota.

Alargó una mano con un papelito enredado en el puño. Gustavo pestañeó sorprendido.

—¿Qué desea su señorita?

—Lea el mensaje y saldrá de dudas.

Él siguió sin desdoblar la nota. Elvira observó el hecho con una pizca de temor.

—¿No quiere leerlo?

Lo vio hacer un gesto de dolor con toda la cara. Sin despegar los labios.

—Bueno, pues yo ya he cumplido. Se lo he entregado y tengo que irme. Lo que usted decida hacer con la petición de la señorita… Ya es cosa suya.

Tiró de los extremos del chal con el que se cubría los hombros y suspiró. Antes de abandonar el patio, desde la entrada, giró y lo miró por encima del hombro.

—A ella le gustaría volver a verlo. Por si no lo lee. O por si lo pierde.

Gustavo se mordió fuerte el labio.

—¿Para qué? Alargando esto solo tejemos la soga de un ahorcado.

—No diga esas cosas, señor Pérez, se me ha puesto el vello de punta.

—A su señorita quieren casarla. Y mucho me temo que no conmigo.

—Ni con otro, señor, téngalo en cuenta. Todavía no hemos visto aparecer pretendiente que respire en la casa de los Bonagua.

17

Una cita más

Beatriz

El inesperado éxito de Elvira en la tarea de dar con Gustavo supuso desenterrar el hacha de guerra entre ella y mi Paquita. Los celos y los demonios se la llevaban, hacía todo lo que estaba en su mano para desplazarla a otras tareas alejándola de mi alcoba y necesidades, incluso exponiendo ante el ama de llaves la realidad de ciertas labores pendientes de las que estupendamente bien podría ocuparse la nueva.

La rivalidad que se estableció entre ellas me hacía mucha gracia y hasta me habría halagado, de no ser porque resultaba dañina e innecesaria.

—Paquita, quiero que te centres en asuntos más útiles que amargarle la vida a Elvira. El cariño que te tengo no puede superarlo nadie, y menos en tan poco tiempo. Pero has de reconocer que la muchacha es válida en aspectos a los que tú y yo no llegamos. ¿Acaso habríamos sido capaces de localizar al señor Pérez? Dime, ¿nosotras habríamos podido?

Paquita le arreó un zambombazo al almohadón que sostenía en las manos y lo colocó en su sitio con brusca determinación.

—Cuestión de tiempo, señorita. ¿Quién dice que no?

—Y ahora ha prometido facilitar la entrada de don Gustavo cuando nadie se percate. —Se me escapó una sonrisa que de inmediato le agrió el humor—. Nos presta su habitación para vernos.

—¿Qué me dice, señorita? ¿A quién se le ocurre? ¡Con eso no hará más que meterla en un problemón, gordo como los cerdos de mi tío Eufrasio!

—Si le he dicho que no, boba. Pero hay que reconocer que ha sido todo un detalle que la chica se preste a poner en juego su puesto de trabajo. No muchas lo harían.

Tuve la impresión, como en una ráfaga veloz, de que Paquita se ponía bizca.

—Méritos. Acumular méritos y que usted la valore, es lo único que busca esa mujer, a ver si consigue quitarme de en medio.

Tomé asiento en mi tocador y puse una pizca de crema en la piel de mi frente.

—Paquita mía, tú eres insustituible.

—Bueno, ya, torres más altas han caído, señorita. No veo el día en que la Carmelita se ponga buena y a esta la manden a deshollinar chimeneas.

—¿No te parece que lo de Carmelita se pasa ya de castaño oscuro?

—Pues eso comenta todo el servicio, señorita. Parecía ya casi repuesta, pero fue entrar la Elvira por la puerta y ponerse peor.

—Elvira, Paquita. Elvira a secas, sin el «la».

—Sí, señorita. Sin el «la». El caso es que esta misma tarde viene el médico a echarle otro vistazo, que la cosa ya escama.

—A ver si es grave y estamos aquí nosotras tomándonoslo a chufla.

—Seguro que no, señorita. ¿Qué vestido quiere ponerse hoy?

La cita era de nuevo en los jardines del Buen Retiro, que además no quedaban demasiado lejos de casa, llegar hasta ellos era un placentero paseo, esta vez solo con Paquita, por ver si le apaciguábamos los ánimos recalentados. Gustavo ya estaba esperando en la zona de la fuente cuando llegué.

Me sorprendió el modo violento e infame como mi corazón, sin ni siquiera pedir permiso, empezó a tamborilear, golpeando las costillas sin misericordia. La forma en que mis pasos se volvieron torpes y temblaron mis rodillas. Estaba claro que el señor Pérez causaba en mí efectos devastadores hasta entonces desconocidos. El burbujeo de ansiedad en el vientre llegó a la par que su sonrisa de bienvenida.

—Señorita Beatriz, qué placer verla.

—No será porque haya puesto usted mucho empeño, señor Pérez.

—Por favor, tenga la bondad de llamarme Gustavo. Lo de señor Pérez me hace pensar en una versión de mí mismo con ochenta y cuatro años y catorce nietos correteándome alrededor.

—Eso es porque piensa tener familia.

—Algún día. Sí. ¿Caminamos?

Malgastamos un puñado de pasos en silencio. Daba la impresión de que ninguno de los dos sabía cómo romperlo y evitaba decir algo inconveniente. Al final, ya que había sido yo la osada proponiendo el encuentro, me lancé a insistir sin meditarlo.

—Ha estado usted muy ocupado…

—No especialmente, la verdad sea dicha.

—Entonces es que no tenía ganas de verme.

Paró en seco y me miró con una tormenta salvaje en aquellos ojos claros suyos. A continuación, reanudó la marcha, mucho más serio.

—¿Que no tenía ganas de verla? ¿Cómo puede decir eso? Pienso en usted constantemente, esto empieza a parecerse a una preocupante enfermedad.

—¿Entonces?

—¿Qué podría decirle? No estoy especialmente interesado en que me hagan trizas el corazón, señorita Beatriz. No por ahora.

—No estoy segura de acabar de entenderlo.

—Pues es muy sencillo. Usted me hace plantearme cosas que me son del todo inusuales.

—¿Por ejemplo?

—Como hombre que soy, no me lo tome a mal, jamás le he hecho ascos a una mujer bonita si la ocasión se tercia. De no tratarse de usted, que es toda una señorita, ya nos habríamos encamado.

La atrevida palabra se quedó resonándome en los oídos como el redoble de un tambor que han golpeado demasiado cerca. Debí de ponerme rojo fuego, porque sentí un calor insoportable adueñándose de toda mi piel, desde el escote a las cejas.

—Siendo usted quien es, no es joven para divertirse. Ni se me pasaría por la cabeza.

—Tampoco a mí.

—En cuanto a formalidades, que es, sin duda, en lo que estará pensando… Puedo imaginar a su padre, el marqués, con un trabuco en la puerta de su casa, apuntándome derechito a

las partes nobles.

—Por Dios, Gustavo.

—Las cosas son así, de nada sirve engañarse. Hay gente que maneja posibles, aunque no nacieron ricos, porque han sabido trabajar duro, labrarse un porvenir, son personas hechas a sí mismas. Y aunque no pertenezcan al selecto grupo de la aristocracia, también persiguen lo mejor para sus hijos.

—¿Habla de su familia? ¿Quién lo duda?

—Quizá no sea yo el hombre adecuado para usted, señorita, por mucho que me gustara. Por mucho que me quite usted el sueño, por mucho que su olor se me haya metido en la memoria para grabarse a cincel. Por más que la vida me haya cambiado al conocerla…

—No todos los miembros de la nobleza son tan arrogantes como usted los pinta.

Gustavo dibujó una mueca con sus deseables labios. Un mohín que mis pupilas persiguieron ávidas y hambrientas. Mi loca fantasía se preguntó a qué sabría aquella boca, cuán suave se palparía. Y me estremecí por entero.

—Eso está por ver.

—Por fortuna, usted no pertenece a esa categoría injuriosa que tanto denigra.

—No, pero sí quisiera pedir su mano. Por eso digo tantas tonterías, por miedo. —Frenó y me encaró a pocos centímetros de distancia. El calor que despedía su cuerpo me llegó en oleadas, mitigando el helor de una mañana de marzo—. Por miedo a perderla para siempre.

—Gustavo…

Recuperó su posición original y reanudó la caminata con alegre soltura, como si ese instante de tristeza infinita no hubiera existido o fuera fruto de mi imaginación, junto con su osada mención de una pedida de mano, que en ningún momento volvió a repetir. Más tarde me invitó a café y como otras veces, nos acompañó un trecho hasta las cercanías de la calle del Barquillo.

—¿Puedo besarle la mano sin temor al trabuco?

—Usted debe de ser que todo se lo toma a guasa, señor mío, como mi hermano —repuse con melancolía—. ¿Volveremos a encontrarnos?

—¿Usted quiere?

—Claro que quiero. Es usted mi mejor amigo, la persona con quien más converso.

—¿Aunque seguir reuniéndome con usted provoque el que se me meta más dentro de los huesos y me duela mucho más?

Traté de leer en su expresión, puesto que no sabía si hablaba en serio y habría dado media vida por saberlo. Si se trataba de una galantería floja de intenciones o era su alma quien se confesaba. Fue imposible.

—Es usted un hombre fuerte. Seguro que lo soporta.

18

El miedo entra en la casa

Beatriz

Cuando regresé de mi paseo con Gustavo, encandilada, en las nubes y con el corazón bailando, el médico del servicio acababa de marcharse y mis padres discutían a media voz, para no llamar la atención, en el saloncito de los aperitivos. Me uní a ellos, más pendiente de enterarme del chisme que de opinar.

—No puede ser, ese medicucho ha debido de cometer un error, Arturo, en nuestra casa esas cosas no suceden.

—¿Qué es lo que no sucede? —pregunté.

La marquesa se conducía tan alterada que creo que ni me oyó.

—Avisaremos al médico de la familia, Eugenia, y que contraste el diagnóstico. Así salimos de dudas.

—¿Pueden explicarme qué es eso que los tiene tan agitados? —insistí.

—El doctor Bibalbo ha reconocido a Carmelita. Por lo visto, en su anterior visita se llevó una muestra de sangre para analizarla.

—Y ahora nos viene conque la muchacha está siendo envenenada —aulló mi madre con voz aguda.

—A pequeñas dosis y con arsénico.

El aperitivo se me cayó de entre los dedos. La doncella que montaba guardia junto a la puerta corrió a limpiar el desaguisado.

—¿Cómo dicen? ¿Envenenada? ¿Aquí? ¿En esta casa? ¿Cómo va a ser verdad eso?

—Lo que yo digo —bufó doña Eugenia—. Tiene que tratarse de una equivocación garrafal.

—¿No será gripe? —sugirió el marqués con desconsuelo—. Mira que los casos están multiplicándose a velocidad pasmosa.

Su esposa se persignó con un aspaviento. Yo sufrí una sacudida, tal que si acabara de escuchar una maldición implacable.

—Dios nos libre —musitó—. No lo digas ni en broma. ¿Y tú, querida? ¿De dónde vienes? ¿Más paseos por el Retiro?

Jamás dejarían de sorprenderme los veloces giros de la marquesa a lo largo de una conversación. De repente ya no había más miedos, epidemias ni intentos de asesinatos en su universo dorado. A mí me seguía zarandeando la espeluznante idea de alguien vertiendo arsénico en la leche tibia de una criada.

—Pues sí, madre, usted lo ha dicho. Me hace mucho bien salir de casa y que me dé el aire.

—Quizá no esté en lo cierto, pero recuerdo haberte oído jurar que te encerrarías entre estas paredes lo que te queda de vida.

—Eugenia, santo cielo, y de ser verdad, ¿te complacería? —intervino mi padre sirviéndose un diminuto emparedado de serrano.

—Lo dijo, Arturo. Y no juzgo si es bueno o malo. Solo quiero saber qué ha propiciado un cambio tan drástico.

—Es posible que don Antonio no se mereciera convertirme en una muerta en vida.

—Hija mía, aplaudo la decisión, pero… Un poco de moderación y compostura no estarían de más, que vas a ponerte muy vista, con tanto paseo calle arriba y calle abajo. Se supone que estás desolada.

—¿Y no puedo afligirme bajo los árboles?

—¡Arturo! Dile algo a la niña, que hoy está de un respondón… A ver si encontramos pronto con quién casarla.

—¿Para que me marche por fin de esta casa y deje de causarles quebranto? —gemí súbitamente desconsolada.

Con un desconsuelo real, no el que debería aparentar sentir por don Antonio.

Mis padres quedaron petrificados. Porque con toda probabilidad no era eso, ni mucho menos, lo que pretendían transmitir. Menos aún mi madre, que solía despotricar primero y recapacitar a los dos días, pero era amorosa y dulce como la que más. Los ojos se le empañaron y el pañuelito de encaje blanco y perfumado viajó a cubrir su rostro.

—No digas eso, hija mía. No lo digas, ¿cómo vamos a querer perderte?

—Lo sé, madre. Lo siento, me he dejado llevar por la amargura de mi fracaso.

Como caído del cielo, un criado vino a anunciar que se servía el almuerzo. Al marqués le satisfizo sobremanera la noticia, pues saltó de su asiento como un resorte y, sin contar con nadie, voló en dirección al comedor. Dejaba claro que exponer sus emociones no eran charlas de su preferencia, lo hacían sentir incómodo.

—¿Y Alonso? ¿Dónde se mete ese calavera hijo nuestro?

—Persiguiendo doncellas en la zona de servicio —me burlé. Al percibir el cruce de miradas entre los marqueses, su envaramiento, sonreí tranquilizadora—. Era una broma. ¿Es que Alonso persigue criadas?

—Todo lo que lleve faldas, hija mía. Todo sin distinción de clase alguna —suspiró con pesadumbre la marquesa.

—Ve preparando una lista de nobles casaderas para él, Eugenia. Me gustaría pasar el verano en el Escorial.

En cuanto acabó la comida, corrí a mi alcoba y llamé a Paquita. También a Elvira, pero no subió, según su compañera, porque andaba atareada sacudiendo unas alfombras.

—¿Te has enterado de lo del veneno?

—¿De la… de Carmelita? Sí, señorita, ¡habrase visto horror semejante!

—Pero ¿es cierto? Es que no me lo puedo creer.

—Pues ahí lo tiene, señorita Beatriz, la pobre muriéndose a chorros porque alguien estaba poniendo…

Estremecida, me abracé a mí misma.

—Calla, calla, no sigas. No me hacen falta detalles.

—Por la zona del servicio se rumorea…

Ahí cerró la boquita, dejándome con la intriga. La interrogué con los ojos abiertos.

—¿Qué se comenta? ¿Hay algún sospechoso?

—Bueno… La… Elvira…

Me descompuse.

—¿Elvira? Deben de estar de chanza. ¿Qué clase de disparate es ese?

—Si yo no lo creo, señorita. Elvira no es santa de mi devoción, pero no lo creo. Lo que pasa es que…

—Que ¿qué, Paquita? ¿De dónde sale ese rumor sin fundamento? —me desesperé.

—Señorita, es la que más gana si Carmelita se muere.

—¿Por qué dices eso?

—Que no lo digo yo, señorita, que lo dicen ellos. Que como está ocupando su puesto, pues si se marcha para siempre, se queda con él.

—La maledicencia de los humanos es difícil de entender. ¿Qué habrá hecho la pobre mujer para que la culpen de algo tan espantoso? ¿Buscarse un jornal honradamente?

Sin querer entrar en honduras, Paquita se encogió de hombros. Recogió mis tres vestidos para la plancha y se los colgó del brazo.

—Yo qué sé, señorita. El caso es que ahí abajo ya están dándole de lado a la desgraciada. Mire que la tengo por una advenediza, pero… me da hasta pena.

19

Aspiración

Beatriz

Claro que nos daba pena, ¿cómo no iba a dárnosla? Las faenas diarias de una criada ya resultaban bastante ingratas sin necesidad de tener a tus compañeros en contra, mirándote atravesados, cuchicheando a tus espaldas. Se me encogió un poquito el corazón al preguntarme quién, aparte de Elvira, que conseguiría un codiciado puesto de trabajo de por vida, ganaba algo con la desaparición de la desafortunada Carmelita.

Bajé las escaleras con intención de visitar la planta de servicio, comprobar el estado de Elvira e intercambiar algunas palabras con nuestra ama de llaves, para que le sirviera de apoyo. Sin embargo, no llegué a hacerlo. En el recibidor me crucé con un hombre joven, alto y fornido, que buscaba la puerta de la calle como si le faltara el aire y no se entretuvo en saludarme.

Iba rugiendo como un dragón.

—¡Señor Pérez! ¡Señor…! ¿Gustavo?

Entreabrí los labios porque lo que me nacía era seguir llamándolo. Detenerlo a fin de que me explicara qué hacía en mi casa sin saber yo nada, y las razones de que huyera tan enfadado. La garganta se me secó y de allí no brotó una sola letra más, del mismo modo que se me paralizaron los pies impidiéndome perseguirlo.

Me alegré de que fueran así las cosas, al notar la presencia de mi padre tras de mí.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué ha venido? ¿A pedir otras quinientas pesetas?

—Peor, mucho peor.

—¿Qué puede ser peor que la desfachatez y la falta de modales?

—Ese desahogado ha tenido la osadía de venir a pedirme permiso para visitarte. Sospecho que ese muchacho, aparte de intentar atropellarte, aspira a convertirse en tu pretendiente.

—Padre, él no me atropelló…

El gesto de advertencia en el severo rostro del marqués dejó bien claro que mi ramalazo de locura, la insensatez de arrojarme a las ruedas de un carruaje para acabar con mi sufrimiento era tema vedado, algo que no podía volver a mencionarse en la vida. Porque suponía una vergüenza inadmisible, una mancha en el honor de la familia y eso eran tachas que los marqueses de Bonagua no podían permitirse.

Agaché la cabeza y asentí en silencio.

—En cualquier caso, independientemente de que no haya atentado contra la vida de nadie… ¿quién es ese muchacho? Durante nuestra entrevista no he conseguido sacar en claro a qué se dedica. A esto, a aquello… ¡Menuda ambigüedad! Parece que el bribón trabaja en lo que le sale y cuando le sale.

—Eso pone de manifiesto que sabe ganarse el sustento.

—El resto del tiempo malvive en una pensión. ¡Una pensión! —Alzó los brazos al techo —. En total libertinaje, sin vínculos familiares ni calor de hogar.

—Creo poder decirle que su familia…

—Unos… ¿Pérez? —escupió el marqués con desdén.

Noté que se me iba formando un nudo apretado en el pecho que me dificultaba la respiración. Que los ojos me escocían y las manos temblaban. Detestaba verme obligada a defender el buen nombre de Gustavo como si él, por sí solo, no fuera suficiente.

Me aclaré la voz con una tosecilla.

—Podría ser adinerada. Nada excepcional, pero algo.

—Beatriz, no voy a permitir que un donnadie te pretenda. Eres mi hija y te casarás con alguien de tu condición. —Sonó tajante.

—Gustavo… El señor Pérez no te ha pedido mi mano, padre. Solo permiso para visitarme. ¿Por qué no se lo concede? No tiene nada de malo.

—¿Cómo que no tiene nada de malo? Estaría fomentando el caldo de cultivo para la intimidad y el enamoramiento. Es un primer paso de todo punto prohibido, Beatriz.

—Lástima que piense así, padre. Gustavo ha demostrado ser un buen amigo. Y Dios y usted saben la falta que me hace un hombro sobre el que llorar.

—Pues lloras en el de tu madre. Incluso en el de tu hermano, en el mío. O te buscas una amiga, que es lo normal a tu edad. No un… ¡Diantres! Iba a decir un caballero. ¿En qué estaré pensando?

—Padre.

El marqués dio un par de pasos en mi dirección y me estampó un beso en la frente, dando por finalizada la charla. Con todas sus súplicas y peticiones. Fue como si me arrancaran un trozo de pulmón para que el aire no entrase en lo que quedaba.

Ahora sí.

Tenía que ver a Elvira. No solo para consolarla. También para consolarme.

—¿Recuerdas bien el camino?

—Por descontado, señorita Beatriz. Como la palma de mi mano.

No necesité más que insinuarle lo que precisaba, para que Elvira saltara como un muelle, dispuesta a auxiliarme. Y allá que íbamos las dos a las seis de la tarde, huidas de Barquillo 10 como un par de prófugas, camino de la pensión donde se hospedaba Gustavo. Tenía que pedirle indulgencia por los desmanes de mi padre, comprobar cómo estaba, si se le había pasado el enojo. Hacerle entender que yo estaba de su lado y que también quería disponer de la oportunidad de conocerlo mejor.

Intimar.

Convertirnos, quién sabe si en prometidos.

Todo aquello sonaba a música celestial y me llevaba en volandas por las calles hasta que fui consciente de que Elvira había detenido la marcha y señalaba una puerta enorme de color verde; un edificio con un letrero en la fachada que rezaba «Pensión Eusebia».

—Pues ya estamos, señorita.

—¿Es aquí?

Ella sacudió la cabeza en un gesto de asentimiento. Me sujeté los bajos del vestido para

no pisármelos, y levanté el pie con decisión para salvar los escalones. Entonces, Elvira me sujetó débilmente por el codo.

—Señorita… No es apropiado que la vean a usted entrando en una pensión. Y menos a estas horas. Si alguien la reconoce, ¿qué podría pensar la gente?

Estuve a punto de replicar que me importaba un bledo. Y era cierto. Pero a menos que quisiera empeorar mucho más las cosas con un escándalo que mi familia no me perdonaría, lo que la razón dictaba era ser prudente.

Suspiré hondo. Dubitativa.

—Yo entro, señorita. Yo lo busco y le digo que salga. Y así se ven ustedes en la calle, en algún cafetín…

—Ve, ve… —la empujé, deseosa de avanzar con aquello cuanto antes—. Y, por lo que más quieras, no tardes.

Debieron de ser unos veinte minutos. Quizá más, quizá alguno menos. Se me hicieron eternos. Recorriendo la acera de un extremo a otro, consumida de angustia. Ocultando mi rostro bajo el ala de un amplio sombrero forrado de seda color crema. Mareando la limosnera que llevaba colgada de la muñeca derecha. Con el pulso acelerado y la impaciencia disparada.

Por fin la vi salir, con una expresión indescifrable en el rostro y las pupilas fijas en mi persona.

—¿Lo has visto? ¿Qué te ha dicho?

—Caminemos, señorita, distanciémonos de la pensión lo más posible, para que nadie pueda relacionarla.

—Pero ¿has hablado con el señor Pérez? ¿Dónde está? ¿Ha aceptado encontrarse conmigo?

20

Explicaciones

Beatriz

—No estaba, señorita. Ni en la pensión ni en su cuarto. Como si se lo hubiera tragado la tierra.

—¿Es que has entrado en su habitación?

—Pues claro que sí, me he recorrido la pensión entera buscándolo. Y a don Gustavo no lo he visto, pero he encontrado esto.

En la mano llevaba un mazo de cartas, que me entregó. Vacilé un instante antes de aceptarlas y guardarlas en mi bolsito, sin querer pensar en lo que haría con ellas. Dados los principios de mi educación, leer correspondencia ajena era poco menos que un delito. No obstante, si la divina providencia se había empeñado en ponerlas en mis manos, por algo sería. Decidiría con calma, más tarde, en el sereno refugio de mi alcoba.

—Señorita…

Paquita se presentó de buena mañana en mis aposentos hecha un manojo de nervios. Para su mayor tribulación me encontró insomne, catatónica, sentada en mi butaca favorita junto al ventanal que daba a la Plaza del Rey, frente a la Casa de las siete chimeneas. Mirando la nada.

—Señorita Beatriz. Ha venido. El señor Gustavo. Está abajo y pide verla.

Giré hacia ella unos ojos vidriosos. Las cartas todavía en las manos, después de una noche entera.

—¿Gustavo?

—Ay, señorita, no sé dónde meterlo. Su señoría…

—Que yo sepa, el marqués no le ha prohibido la entrada a nadie —aduje algo más despabilada.

—No, señorita, pero después de lo que la… de lo que Elvira me ha contado, sí que le ha prohibido verla, de modo que no creo que le haga mucha gracia encontrárselo en la casa…

Solté las cartas, me puse de pie y estiré mi falda, resentida.

—Dónde… ¿Dónde lo habéis escondido?

—En el cuarto de Elvira, señorita. Es la única que duerme sola mientras Carmelita no mejore.

Antes de salir al pasillo, posé una mano en el antebrazo de Paquita y la interrogué con la mirada.

—Tú no piensas que ella sea la responsable del envenenamiento de Carmelita, ¿verdad

que no?

—No sé qué decirle, señorita. No parece mala mujer, al margen de lo que yo piense de ella y… de que no me guste que a usted le guste. Pero tengo que decirle que Elvira tiene algo. Oculta algo. Un secreto inconfesable. Aunque no creo que sea ningún afán por defuncionar a la Carmelita.

Gustavo estaba sentado al borde del camastro de la doncella. Con las manos escondidas entre las rodillas, visiblemente nervioso. Agitado. Aliviado y sonriente en cuanto me vio entrar. Se puso en pie y vino a mí al tiempo que yo encajaba la puerta para gozar de algo de intimidad, sin pensar en las consecuencias.

Y entonces, cuando él menos lo esperaba, mi mano salió volando y le golpeó el rostro.

No se inmutó siquiera. La suya fue una mirada de amarga incomprensión. Una pregunta muda que se me clavó en el alma. Lo que estaba a punto de echarle en cara me dolía a mí más que a él.

—¿Se ha divertido?

—¿Cómo dice?

—Supongo que pensó que sería entretenido engañarme, reírse a mi costa y pasar el rato, ¿verdad? Hacerme creer una cosa cuando la realidad es muy distinta.

—Sinceramente, no sé…

—¿Es cierto que no lo sabe, señor Pérez? ¿El hombre que no es quien dice ser?

—Soy Gustavo Pérez —arremetió mucho más firme.

—Gustavo Pérez, sí, y algo más —agregué con un regusto áspero en la boca que habría matado por no experimentar.

Lo vi bajar la cabeza. No avergonzado, pero sí rendido a una evidencia que, por lo visto, se había cuidado mucho de ocultar.

—¿Cómo lo ha descubierto?

Lo acallé con un gesto de impaciencia. No pensaba descubrirme, claro, él mismo lo adivinaría cuando, de vuelta a su cuarto alquilado buscara las cartas sin hallarlas, y de alguna manera atase cabos. O no. Me importaba un comino.

—Gustavo Pérez de Moncada —concedió al fin.

—Hijo y heredero del duque de Altolaguirre, ¿verdad? El joven rico y de altísima cuna, lo mejorcito de Madrid, que pasa el rato haciendo teatro para mofarse de los demás. Es usted un hombre sin honor ni escrúpulos, señor, que lo sepa.

Alzó una mano intentando tocarme. Se lo impedí, retrocediendo como si quemase.

—¡Ni se le ocurra! Lo que teníamos se ha terminado.

Para mi total estupor, Gustavo esbozó una sonrisa y sus pupilas centellearon.

—Eso es porque teníamos algo, no me equivoqué en lo que sentía, tenemos algo.

—No diga tontadas, solo éramos dos amigos que empiezan a conocerse.

—Uno no tiene interés por conocer a todo el que se le cruza por delante. Nosotros sí. Nosotros sentimos esa necesidad de llegar más dentro del otro desde que nos vimos aquella terrible noche del atropello.

Se me descompasó la respiración.

No quería que siguiera por ahí, no podía permitírselo, empezaba a pulsar una fibra sensible en exceso, cavaba hondo en mis emociones, incluso en las que yo me negaba, y pronto

empezaría a manejarlas a su antojo.

Me tenía enamorada.

—Con franqueza —espeté haciéndome la fuerte—, pensaba pedirle explicaciones, pero he cambiado de opinión. Ya no necesito saber las razones de sus mentiras, solo que se aleje, me deje en paz y nunca en la vida vuelva a acercárseme.

—Beatriz, olvídese de decirme lo que debo o no debo hacer. Y desde luego, no pienso olvidarla.

—Ese es su problema. Con que no aparezca a molestarme, me basta. Regrese junto a su familia, Gustavo. Imagino que no le importará apenas, pero su padre está sufriendo.

—¡No! No puedo volver allí. Mi padre, al que por lo visto usted admira sin conocerlo siquiera, pretende casarme con alguien de su elección.

—¡Pues vaya y cumpla con sus obligaciones! —grité entre dientes—. Es lo que todo el mundo espera de alguien con su apellido.

—¿Y qué hay de lo que espero yo? La amo, Beatriz, la amo y empiezo a desesperarme, esto que siento me ahoga.

Di media vuelta para huir. Permanecer un segundo más en la misma habitación que aquel hombre, cuyo olor delicioso impregnaba mi piel y me embelesaba, implicaba peligros mortales.

—Beatriz.

Me detuve en seco, aunque no me moví para enfrentarlo.

—Pasé por la calle de los plateros y pensé en usted. Le compré esto.

—¿Quién le ha dado permiso para pensar en mí? Deje de hacerlo inmediatamente.

—¿Cómo se atreve? —se enfureció—¿Cree que puede aleccionarme sobre cómo y a quién recordar? Soy libre de hacerlo como me venga en ganas, señorita tirana.

De repente lo tenía detrás. Pegado a mi espalda. Cogió mi brazo, abrió mi mano con cierta brusquedad y depositó en ella una cajita de terciopelo como quien se libera de una espina.

—Era solo un regalo.

—No lo quiero —rugí. Pero sin soltarlo ni devolverlo.

—Haga lo que le parezca. Ahí se lo dejo.

—Pues… ¡muchas gracias!

—Pues muchas de nadas —gruñó antes de salir por la puerta y desaparecer de mi vida.

21

La policía en casa

Dejé que pasaran los minutos, agazapada en el cuarto de Elvira, rezando porque Gustavo abandonara la casa sin ser visto y que lo hiciera cuanto antes. Sintiendo un nudo espantoso entre la garganta y el pecho, viajando a endemoniada velocidad con la sola intención de asfixiarme. Los ojos anegados en lágrimas. El alma rota. Mis esperanzas en un amor hermoso, aunque imposible, destrozadas. La decepción de mi vida reinando a sus anchas, dominándolo todo desde arriba.

Nadie pasó por allí a comprobar si la pena me había matado. Si me había muerto de tanto llorar. Me pareció oír un revuelo extraño a lo lejos, al fondo de los pasillos, y luego nada. El silencio más absoluto. Como dentro de una iglesia.

El señor Pérez de Moncada había dispuesto de tiempo más que suficiente para llegar hasta la puerta de Alcalá a la pata coja, si es lo que deseaba. De modo que me arriesgué, me sequé el llanto con el revés de la manga y salí.

Paquita me cayó encima.

—¡Señorita! ¡Señorita Beatriz! ¡Ay, qué desgracia! ¡Qué desgracia más grande!

Por un instante pensé que se refería a mi fallida historia de amor. Pero llevaba la carita demasiado desencajada como para tratarse de eso. Temblona, descompuesta y con la cofia torcida, se agarró a mis brazos como si se estuviera acabando el mundo.

—¿Qué ha sucedido?

—La Carmelita… ¡La Carmelita! Que nos la han matado.

El rictus del marqués era más propio de un funeral que de una entrevista con el representante de las autoridades. El inspector de policía, diminuto, con más bigote que cabeza y flanqueado por dos agentes como dos torres, tomaba notas en su libretita, anunciando que volvería a reunirse individualmente con todos los miembros del servicio para terminar de atar algunos cabos sueltos.

—¿Cómo ha podido ocurrir algo así en mi casa? —se desesperó mi padre— ¿Cómo? Esta es una casa decente, no entra nadie más que la familia, el servicio y las amistades de confianza. ¿Quién ha podido ahogar a esa pobre chiquilla con un almohadón? ¿Quién?

—¿Algún amante despechado? —sugirió la marquesa con debilidad, al borde de un desmayo—. Está claro que alguien que ha entrado clandestinamente y sin permiso, oficial.

—Inspector, señora marquesa —la corrigió el pequeño policía—. Inspector, si no tiene inconveniente.

—Lo que sea —rugió mi padre—. No hará falta que le encomiende que realice sus

investigaciones con la mayor discreción y que esto no trascienda.

—Haremos todo lo que esté en nuestra mano, señor marqués, no le quepa duda. El caso es que ya había antecedentes acerca de la muchacha asesinada.

—Bueno, sí, el doctor planteó la posibilidad… —concedió don Arturo con desgana.

—No era ninguna posibilidad, señoría, tengo entendido que era toda una realidad que la criada estaba siendo envenenada con pequeñísimas cantidades de arsénico y que esa era la razón de que su estado, en lugar de mejorar, empeorase.

El marqués gimió y luego asintió de malas ganas. Mi hermano Alonso y yo permanecíamos mudos como convidados de piedra, ocupando sendas esquinas del sofá más apartado.

—Pero no me consta que formalizaran denuncia alguna al respecto.

—Bueno, no le dimos mayor importancia…

—¿En serio, señor marqués? ¿Porque la víctima era una simple doncella?

Mi madre se puso en pie de un salto y al hacerlo, pareció ocupar todo el espacio en la sala de visitas.

—Usted lo ha dicho, inspector. Porque era una criada de esta mansión y las cosas de la familia se quedan en la familia. Como los trapos sucios, que se lavan en la intimidad. No había motivos para sospechar de nadie de la casa. Lo achacamos a una confusión o un desafortunado accidente…

El policía sacudió la cabeza dejando claro que lo entendía. Pero que ahí quedaba todo. Que no esperasen de él comprensión ni misericordia alguna, porque no la habría. Después de su informe, el marqués tendría que echar mano de todas sus influencias en la corte y el gobierno para no resultar amonestado por negligencia.

—El caso es que la… —se paró a escoger la palabra— *confusión* nos ha llevado a un trágico desenlace.

—No necesariamente tienen que ser dos hechos vinculados —adujo mi padre.

—Desde luego que no, señor marqués. Han podido poner repetidamente arsénico en la comida o bebida de la criada y tras ser descubierta la maniobra, poner fin de golpe y porrazo a su vida, con un solo almohadón. Sin que lo uno tenga nada que ver con lo otro, claro está —agregó irónico.

Uno de sus escoltas le pasó un papelito con algunos garabatos escritos a lápiz. El inspector revisó las líneas y su entrecejo se frunció.

—Varios miembros del servicio, al declarar, coinciden en una misma persona. Señalan como sospechosa a la señorita Elvira Gámez. Es una doncella de reciente incorporación, ¿no es así?

La marquesa soltó un bufido muy poco aristocrático.

—Por el amor de Dios, pobre muchacha. Lo que hacen los celos… Qué mal recompensado está el cumplir bien con tu trabajo.

—Bueno, estiman que es la única persona que ganaría algo con la desaparición de la finada —insistió el inspector atusándose el bigote.

—Paparruchas. En las casas importantes, el servicio viene y va. Y en caso de que esa muchacha no tuviera puesto aquí, tenemos el palacio del Escorial, donde siempre hace falta gente —expuso el marqués.

—A lo mejor no quería dejar Madrid. Por la causa que fuese.

—Le digo que no, inspector, que no pueden ir por ahí los tiros.

El inspector cerró su libretita con un ruido desagradable.

—Pues de momento es lo único que tenemos, el hilo del que habrá que tirar si queremos averiguar qué es lo que ha pasado. Hablaré de nuevo con ella, pero le anticipo que con toda seguridad me la llevaré detenida.

Entonces fui yo la que no pudo reprimir abandonar mi asiento. A mi lado, mi hermano Alonso se había puesto rígido como la barandilla de una escalinata.

—Inspector. Le aseguro que Elvira es incapaz de un acto así, la conozco bien, me sirve como doncella personal. Es una buena persona. Sus compañeros la han acusado injustamente sin prueba alguna.

—Puede que usted no la conozca tan bien como piensa, señorita.

Vi cristalino como el agua que meterían a la pobre Elvira en una celda y que ese sería su fin, ya que carecía de defensa. ¿Quién iba a auxiliarla si no yo? Decidí marcarme un farol, rezando para que surtiera efecto.

—Anoche, Elvira estuvo acompañándome en mi alcoba. Me encontraba mal y decidimos que se quedara.

El inspector se mordió el labio con disgusto.

—Pudo ausentarse en algún momento durante la noche. Son muchas horas, señorita, la vigilia es larga.

—No —me atrincheré—. Estuvo a mi lado.

El inspector anduvo unos pasos y se me colocó frente a frente. Apenas me llegaba al escote y sin embargo, cuando me perforó con sus ojillos de halcón, me estremecí.

—La pregunta es muy simple, señorita. ¿Podría usted asegurar bajo juramento, ante la autoridad de un juez y fuera de toda discusión, que esa doncella no se ausentó un solo minuto de su alcoba mientras usted dormía?

—No sabría decir…

—¿Podría decirlo?

—Oiga, inspector, suavice el tono —masculló el marqués—. Está usted acosando a mi hija.

La ira desapareció de un plumazo del rostro rubicundo del hombrecillo.

—Disculpe, su señoría, a veces me dejo llevar por la pasión. Funes, busque a la señorita Gámez y arréstela. Es todo de momento, nos marchamos.

En la boca de todos quedó atascado un grito de protesta. Me figuré que antes de que el inspector abandonara la casa, mi madre se habría desmayado dos veces. Tenía mala cara, muy pálida y algo sudorosa cuando, según ella, las damas bajo ningún concepto sudan.

El agente auxiliar del hombrecillo bigotudo que no se había lanzado a cazar a la pobre Elvira le abrió la puerta. Y justo cuando cruzaba el umbral, oímos el aullido desesperado que tardaríamos en olvidar.

—¡He sido yo! ¡Yo! ¡No Elvira! ¡Yo la maté!

22

La terrible confesión

—Y, ¿quién demonios es usted, si puede saberse? —indagó el inspector, molesto porque alguien hubiera torcido de repente su plan perfecto de dos pasos: arresto y desaparición.

Nuestro mayordomo, el señor Cortés, debió de considerar necesaria su intervención, ya que, sin que nadie lo autorizara, se metió por medio.

—Andrés, señor inspector. Andrés Lobato.

—¿Trabaja en la mansión?

—Sí, señor. Es mozo y lacayo de ocasión, cuando se necesitan refuerzos. Un muchacho cumplidor, buena persona, si se me permite decirlo. No tenemos queja.

Solo entonces, el menudo inspector se dignó a concederle una pizca de atención al mozalbete que lo miraba sollozando con desgarro. Lo repasó de pies a cabeza como si fuera un maldito contratiempo.

—¿Y dice usted que ha matado a la finada?

Obviamente, Andresito no conocía el significado de la palabra «finada», de modo que se lo quedó mirando con expresión bobalicona.

—¡Haga el favor de contestar! ¿Mató o no mató usted a Carmelita Rufián?

Se oyó una suerte de exclamación de horror contendida corriendo por las bocas de todos los que mirábamos.

—Yo… sí.

—Usted sí, ¿qué?

—Maté… a Carmelita. La ahogué con la almohada. ¡No quería hacerlo! Lo siento mucho…

—Eso dígaselo a sus familiares —espetó el policía sin amabilidad alguna— cuando lleguen. ¿Le importaría aclararnos cuál fue el motivo?

En ese preciso instante, el otro agente fornido se dejó ver con la desdichada Elvira agarrada de un brazo. La hacía avanzar a tirones y el pavor que llevaba ella pintado en el rostro no era descriptible. El grueso del servicio, que se había mantenido amontonado en el recibidor, fisgoneando, le dirigió una mirada cruel de franca antipatía. Apostaba a que la mayoría de ellos pondrían su mano en el fuego porque el culpable no era Andrés.

El muchacho tragó saliva y trató, con mucho esfuerzo y sin conseguirlo, de aclararse la garganta.

—Yo… Elvira… No quería que se marchara. Si… si Carmelita dejaba un hueco libre…

—La joven Elvira tendría su puesto asegurado —completó el inspector con pereza—. ¿Por qué es tan importante para usted esa muchacha? ¿Acaso son parientes?

Con las pupilas clavadas en el suelo, Andrés sacudió la cabeza negando con vigor.

—¿Novios, entonces?

Andrés se ruborizó con violencia y la sonrisilla tímida que se le escapó decía a las claras algo como «qué más quisiera yo».

—A usted le gusta la moza. Y quiere su bien, imagino —aventuró el policía.

—Más que nada en este mundo, señor.

—¿Hasta el punto de mentir por ella y echarse la culpa de un homicidio? Le recuerdo, señor Lobato, que hablamos de un delito que se pena con la muerte.

—He sido yo, lo juro. Yo puse el arsénico en su comida, no quería matarla, de verdad que no quería, solo mantenerla enferma hasta que los señores se dieran cuenta de lo buena doncella que es Elvira.

—¿Y cuándo cambió de opinión? Me refiero a cuándo y cómo decidió matarla.

Andrés metió sus largos dedos por entre su pelo y tiró de él con ansiedad.

—Cuando el médico… lo descubrió, yo ya no… ya no podía seguir. Lo intenté una vez más, pero Carmelita me descubrió. Amenazó con denunciarme. Yo… perdí la cabeza.

—¡Andrés!

Era la voz trémula de Elvira, a la que el agente acababa de liberar tras una señal del inspector.

—Andrés, ¿qué has hecho?

—Lo siento, Elvira, no quería hacer verdadero daño a nadie, solo quería ayudarte…

—Funes, arreste al señor Lobato. Lo conduciremos al cuartel para tomarle declaración y elaborar un informe.

Después de haberse mantenido extrañamente al margen de la grotesca escena, como un espectador que ni siquiera aplaude, el marqués dio un paso adelante.

—Inspector, ¿está completamente seguro de que este muchacho…? Lleva años trabajando para la familia sin haber causado nunca el menor inconveniente.

—Señoría, no tengo por costumbre poner en tela de juicio las manifestaciones de inculpación de un mayor de edad en pleno uso de sus facultades. Si el señor Lobato asegura que lo ha hecho…

—Usted ya tiene su culpable y todos contentos —farfulló mi padre, iracundo.

—¿Preferiría que me llevara detenida a la doncella de su hija? Porque mientras ella jura y perjura que no tiene nada de lo que arrepentirse, este joven, consciente de las implicaciones de su confesión, asegura todo lo contrario. Pierda cuidado, señoría. Llegaremos al fondo del asunto.

—¡Cielos! Espero que esto no trascienda. ¡Qué escándalo! —jadeó doña Eugenia al borde del derrumbe.

—Cuente con nuestra absoluta discreción, señora marquesa —prometió el inspector antes de esfumarse con todo su séquito.

Solo Andrés nos dedicó una última ojeada. A la familia. A la mayor parte del servicio. Todos arremolinados, impresionados y asustados por lo que acababa de pasar. Sus ojos acariciaron la imagen de Elvira, quién sabe si a modo de fatal despedida.

El marqués recorría la sala a paso acelerado y algo histérico. En cuanto la policía salió de nuestra casa, mi madre fue víctima de una ligera indisposición, con temblores, malestar general y algo de fiebre. Fue conducida a su alcoba y el doctor Ferrer avisado de inmediato. Mientras el galeno efectuaba su reconocimiento, el resto de la familia nos reunimos en la biblioteca.

Sin duda era día de confesiones, porque mi hermano acababa de consumar una que lo comprometía, a ojos de cualquiera, de forma inadmisible. Fue una bendición del cielo que la marquesa no se encontrara presente. Aquello habría acabado con ella.

—Puedes… ¿puedes repetirlo, Alonso? —balbuceó con enojo el marqués.

—Que me congratulo de que Elvira no sea responsable de nada malo porque esa chica me…

—¡Era una pregunta retórica! Si vuelvo a escuchar que esa chica te agrada, iré a hacer compañía a vuestra madre, pero con un ataque al corazón.

—A mí también me agrada, padre —intervine un poco perdida.

—Es diferente, Beatriz. Tu hermano no se refiere a ese tipo de… ¿atracción? Temo que se trate de algo mucho más peligroso e inconveniente.

—Es mi amiga —insistí machacona.

El marqués me fulminó con su mirada.

—¡No es tu amiga! ¡Es una criada! ¡Por el amor de Dios, hijos! —Se masajeó el puente de la nariz—. ¿Es que habéis perdido el juicio? Tú, Beatriz, pelando la pava a mis espaldas con un donnadie. Mi hijo y heredero pensando más de la cuenta en una recogida de la calle. ¿Qué he hecho, tan terrible, como para merecer semejante castigo de los infiernos?

Me tensé pensando en el dato que no compartía con el marqués. Ni más ni menos que el grandioso ducado de Altolaguirre.

Daba lo mismo, a fin de cuentas, ¿por qué iba a revelárselo? Gustavo había sido casi convincente: renegar de su apellido y su noble cuna era el único modo de estar conmigo. Como heredero del ducado solo podía casarse con la mujer seleccionada por su señor padre. De poco servía que el mío conociera su identidad si, una de dos, o la perdía o salía de nuestras vidas para desposar a otra y no regresar.

Un ilustrísimo apellido que me escocía y me devastaba, porque significaba un muro insalvable entre los dos.

Mientras yo me deshacía por dentro, Alonso llegó a salvarnos del fuego.

—Padre, no se lo tome tan en serio. No he dicho que vaya a casarme con ella.

El marqués lo miró como si estuviera a punto de asesinarlo.

—Solo faltaría, hijo. Quiero que marques las distancias con esa chica. No se te ocurra ponerle ni un dedo encima.

No despegué los labios. Pero algo, una insidiosa vocecilla interna me dijo que quizá las advertencias del marqués llegaran tarde.

23

Prometido con otra

Gustavo

—Necesito que me lo explique, padre. No espere que transija a sus deseos si no entiendo sus razones. ¿Acaso pido demasiado?

Si a algo no estaba acostumbrado el duque, era precisamente a dar explicaciones. Supongo que lo consideraba un «arrancarle la piel a tiras». En lugar de saciar mi curiosidad, se sirvió una copa de brandy y escogió butacón. Desperdició un respetable puñado de minutos mirando las paredes.

—Padre, es la hija de un marqués. No puede decir que no esté a la altura.

—Del marqués de Bonagua, nada menos.

Algo en su tono me hizo sospechar.

—¿Qué tienen de peculiar?

—¿No lo sabes? Hijo, estás prometido con la hija de los marqueses del Infantado. Y da la casualidad de que unos y otros, Bonagua y del Infantado, son enemigos acérrimos desde hace generaciones. No pretenderás que cambie a una hija por otra como si fueran colchas.

—El compromiso con Dorotea aún se mantiene en la esfera privada. No se ha anunciado, no es oficial.

—He empeñado mi palabra con su padre.

—Pero ¡amo a otra! —me rompí en pedazos.

Por primera vez, al mirarme, en las pupilas del duque percibí una chispa de compasión brillando. Aunque se extinguió enseguida.

—Si ya es una grosería imperdonable cambiar una novia por otra, cuánto más, si la que viene a suplantarla pertenece a la estirpe de su eterno rival. Imagina, lo tomarían como un insulto. No me involucraré en esa polémica, Gustavo, no estoy tan desquiciado.

****

—Su excelencia el duque de Altolaguirre, su señoría.

—Hazlo pasar, Jacobo.

En otras circunstancias, la inesperada visita de uno de los hombres mejor posicionados del país habría sido para Bonagua motivo de orgullo y frenesí. En aquellos momentos, con la salud

de su esposa delicada y la obsesión de vigilar a su hijo, no fuese que realmente tuviera un amorío con la criada que pudiera dar al traste con su brillante porvenir, Arturo Maldonado y Lavidia se sentía abrumado por demás.

No permitió, sin embargo, que la presión minara sus buenos modales. Lo recibió con todo lujo de aspavientos hasta que el halo de contrariedad que rodeaba al duque le alcanzó y explosionó.

—No me andaré con prolegómenos —expuso a modo de saludo—. Lo que vengo a decirle es penoso y desagradable, marqués.

Arturo pestañeó confundido. Con la copa que pensaba ofrecer a su invitado en la mano y el brazo tontamente extendido en el aire.

—Aleje a su hija de mi hijo.

El marqués devolvió el vaso a la mesita y carraspeó.

—¿Le importaría decirme quién… quién es su hijo?

La puerta se abrió, abrupta, con un empujón violento. Y tras ella, en lugar del mayordomo o un lacayo, apareció el joven que primero había salvado a Beatriz de la muerte, para a continuación sobrepasarse pidiendo visitarla.

—Su hijo soy yo, señoría.

Jacobo Cortés se recortó en el umbral de la puerta, descompuesto por no haber sido capaz de frenar el ímpetu del invasor. El marqués le indicó con una seña que se tranquilizara y cerrase para concederles con urgencia intimidad.

—Creo que necesito que alguien me explique qué está pasando —musitó a punto de sufrir un colapso.

Por si no tenía suficiente para sentirse miserable, sus invitados lo ignoraron, enzarzándose en una discusión privada de la que él estaba, decididamente, excluido. Como hombre práctico que era, Arturo tomó asiento, lo más cómodo que pudo, y se concentró en atender.

—Deberías volver a palacio de inmediato, Gustavo, no sé qué haces aquí o donde quiera que estés viviendo ahora.

—¿Le parece mal que haya venido a ver cómo habla de mi vida y decidir sin estar yo presente?

—Esto es un tema a tratar entre padres. Seguro que el marqués demuestra ser mucho más juicioso que tú.

—No pienso entrar en razón como usted me pide. No me casaré con otra mujer que no sea Beatriz.

—¿Usted ama a mi hija? —interrumpió Arturo henchido de emoción.

—Por supuesto que la amo. Ya se lo dije cuando vine a pedirle permiso para cortejarla.

«*Ya, claro*», pensó el marqués. «*En aquel entonces ignorábamos quién eras*».

—¡Estás prometido con otra! —se exasperó el duque, dando una vuelta sobre sí mismo.

—Y ella, ¿Beatriz le corresponde? —volvió a intervenir Bonagua sin que nadie le diera vela para el entierro.

—Hasta donde sé, sí.

—Entonces, excelencia…

—¡No! ¡No y no! —aulló el duque exasperado—. Las cosas se harán con el respeto debido, con la consideración que demanda nuestra alta condición de nobles. He vinculado mi palabra…

—Pero yo no he empeñado la mía, padre, lo siento. Marqués… No pienso complacer las

expectativas de nadie. Ni las de mi padre ni las suyas. Amo a Beatriz y pelearé lo haga falta para conseguirla. Es todo cuanto tengo que decir.

Una breve reverencia doble, y Gustavo se marchó. Muy afligido, consciente de que poco quedaba por hacer, el duque se dispuso a imitarlo.

—Son jóvenes y alocados. —¿Por qué, pese a su amabilidad, su tono sonó como una advertencia?—. Espero que usted sí sepa medir las consecuencias de este descalabro, don Arturo. De ser necesario, desheredaré a mi hijo. Y será culpa de los Bonagua.

Al marqués no le concedió opción de réplica. Tampoco es que se le ocurriera nada lo suficientemente rápido, ingenioso, brillante como para frenar la huida de su insigne visitante o defender su propio apellido.

Y cuando el duque de Altolaguirre cruzó arrogante el vestíbulo y aceptó la asistencia del mayordomo con su capa, sombrero y bastón, escondida en el hueco de la escalera principal, una joven lo contempló con los ojos desencajados.

No era otra que Elvira.

Al caer la tarde, la historia de la distinguida visita, con todos sus reproches y amenazas, se había extendido por la casa, opacando los ecos de la detención de Andresito, algo que todavía les erizaba el vello con solo recordarlo. Y como no podía ser de otro modo, llego a oídos de la señorita Beatriz.

Como Paquita no bastó para serenarla, Elvira y una infusión de melisa y lavanda subieron a reforzar el pequeño ejército.

—No puedo creer que todo eso haya tenido lugar ahí, en la biblioteca, y yo no me haya enterado. Que Gustavo se haya enfrentado a su padre… ¡Y al mío! Defendiendo nuestro amor. Debo reunirme con él, tenéis que hacerle llegar una nota citándolo…

—Señorita, señorita, hágame caso —la cortó Elvira agobiada—. Déjelo estar, por lo que más quiera.

—La señorita está *enamorá* —graznó Paquita, irritada como si la ofensa hubiese ido contra ella— ¿Es que no eres capaz de verlo? ¿Qué hay de malo en que quiera reunirse con el señor Gustavo y aclarar las cosas? La gente que se quiere debería estar unida…

—Esa familia no le conviene, Paquita, no es buena, te lo digo yo.

—Pues bien que la ayudaste a verse con el señor Gustavo cuando te convenía —le reprochó Paquita con los brazos en jarra.

—Cuando me convenía, no, antes de saber que era hijo del duque de Altolaguirre.

—Qué tendrás tú contra esa gente, si ni siquiera de lejos les has olido los perfumes.

—Por favor, las dos, ¿podéis dejar de discutir?

Las muchachas asintieron con afán.

—¿De qué los conoces, Elvira? ¿Has servido en su palacio?

—No, señorita.

—¿Entonces? Creo que lo que Gustavo ha hecho ha sido muy valiente. Y noble. Muy noble.

—Estoy de acuerdo con usted, señorita Beatriz —aplaudió Paquita con entusiasmo.

Por el contrario, Elvira parecía a punto de echarse a llorar.

—Señorita, sea razonable, hágame caso.

—Tienes que llevarle esta nota —decidí sin prestarle atención.

No vi que la tomara.

—Discúlpeme, se lo ruego. —Salió disparada de la alcoba como alma que lleva el diablo.

Miré desconcertada a Paquita.

—¿Qué le pasa?

—Debe de estar afectada todavía por lo de Carmelita y la policía. Por descubrir que el Andresito…ha matado por amor. En fin, señorita, escriba usted la nota, que yo me encargo.

24

La guerra y nosotros

Beatriz

Temí que no apareciera. Después de que mi padre lo rechazara, detrás de mis reproches y exabruptos. No es que no me lo mereciera. La culpa me tenía revuelto el estómago. Quedamos en los jardines del Retiro, junto a la fuente del ángel caído, como de costumbre. Y allí estaba cuando llegué.

Sonriente, ilusionado y más apuesto que nunca.

—Lo siento, Gustavo. Siento mucho todo lo que te dije —recité como un salmo de memoria, nada más acercarme.

Frenó mi vorágine colocando un dedo sobre mis labios. El roce de su yema sobre la piel sensible me sacudió de pies a cabeza. Sus ojos claros como tormentas en el mar, mirándome, plagados de secretos.

—Espero que me perdones —añadí. Pero la voz se me quebró en un sollozo.

—Cuánta angustia querer abrazarte y no poder. Querer compartir tu pena, tu sufrimiento y que nos esté prohibido mostrar lo que sentimos porque no es apropiado. Qué injusta esta falta de libertad.

Las manos de ambos volaron y se enredaron queriendo atarse sin llegar a hacerlo, para volver a volar y a moverse nerviosas, unas sobre las otras, con el anhelo de, al menos, un roce.

—¿Has vuelto a discutir con tu padre? —quise saber.

—Paseemos, estamos llamando demasiado la atención.

Caminar serenó mis nervios. Y, aunque pese a estar más calmada tuvo que pasar un buen rato hasta que logré deshacer el nudo de mi garganta, poco a poco las ideas se fueron aclarando en mi mente y las palabras fluyeron desde mis labios. Gustavo, para mi congoja, se mostraba serio y taciturno, encerrado en sí mismo, poco hablador. No había puesto pegas al encuentro, si bien no parecía muy propenso a la charla.

De ahí que dedujera que el duque le había propinado una buena paliza a base de recriminaciones, chantajes y reclamas.

—Con mi padre siempre son discusiones. Cree estar en posesión de la verdad, no admite opiniones contrarias a las suyas y jamás da su brazo a torcer.

—¿Por eso te marchaste?

Gustavo asintió con tristeza.

—Por eso y porque se atrevió a decidir mi destino sin consultarme. ¿Qué menos que una pizca de respeto por tu único hijo? El que llevará sobre sus hombros, lo quiera o no, la carga de

las responsabilidades aparejadas al título.

Podía entenderlo. Que desde fuera, la vida de los nobles pareciera envidiable y que, no obstante, la acompañara una falta de libertad semejante a la esclavitud. Jaulas de oro es lo que nos ofrecían.

—Cuando Gustavo Pérez me habló de hermanos menores que acogerían con gusto las responsabilidades del hijo mayor…

—Estaba fantaseando —reconoció con amargura—. Lo siento. Por un momento disfruté de la loca idea de ser un donnadie y acabé creyéndolo.

No podía echárselo en cara. Notaba a la legua cuánto sufría y me atormentaba la certeza de no poder hacer nada por aliviarlo.

—Beatriz, yo no quiero ser duque. No me interesa si no te tengo a mi lado.

—A mí ni siquiera me interesaba la vida cuando me prometieron en contra de mi voluntad —musité, destapando, por primera vez en mucho tiempo, mi particular caja de los truenos.

Noté el peso de la mirada de Gustavo sobre mi persona. Inquisitiva, demandante y preocupada.

—Él no tenía nada de malo —proseguí con la voz hueca—, Antonio era un buen muchacho, respetable y culto. Apenas nos conocíamos, como podrás imaginar, pero creo que con el tiempo habría llegado a cobrarle algún tipo de afecto. El problema era…

La frase se me estranguló antes de salir. Y lejos de apremiarme para que continuase, Gustavo guardó silencio, solo se pegó un poco más a mi costado para que supiera que estaba allí, como apoyo, protegiéndome de todo mal, y sus largos dedos acariciaron de pasada los míos.

Como una suave brisa que llega, te besa y se va.

—El problema era que el pobre Antonio ya había entregado su corazón a otra. Estaba enamorado de su prima hermana y le habían prohibido casar con ella. Cuando faltaba menos de un mes para nuestra boda, subió al torreón más alto de su residencia…

—Entiendo lo que pasó, no es preciso que pronuncies eso tan horrible que te hiere.

—Tras la muerte de Antonio, todos me señalaban. Algunos corrieron el rumor de que casarse conmigo era un destino lo suficientemente terrible como para querer morir. Era impensable acudir a ninguna recepción o merienda. Mis amigas me dieron de lado. Naturalmente, hubo otros que me acusaron de la desgracia, suponiendo, sin base alguna, que yo había desairado a Antonio de algún modo espantoso que lo llevó a quitarse la vida. Los últimos, más bien últimas, conocedoras de la verdadera historia, me juzgaban con lástima o se reían de mi suerte.

—Qué terrible historia la tuya, señorita Beatriz.

—Ahora entenderás por qué me arrojé a las ruedas de tu carruaje sin pensarlo dos veces. Por qué te metí en problemas sin más intención que dejar de sufrir. Te lo ruego, no me lo tengas en cuenta.

Gustavo dejó de caminar y se giró para enfrentarme. Latía tanto, tantísimo amor en aquellos ojos suyos, que tuve la impresión de que ninguna de las miradas de que había sido objeto desde mi nacimiento podía comparársele.

—Censuro las razones. Pero alabado sea el cielo que te trajo a mí aquella noche.

Contuve las lágrimas de felicidad que acudieron a mis ojos. Me contenté con asentir y regalarle mi mejor sonrisa.

—Ojalá pudiera besarte, alma mía —susurró.

A nuestras espaldas, Paquita tosió impertinente, haciendo añicos nuestro diminuto

universo de dicha. Nos distanciamos, como ordenaban las normas del decoro, y reanudamos la caminata.

—Los matrimonios de conveniencia son tan injustos que no encuentro palabras con las que describirlos —dijo—. Te obligan a unir tu vida y tu futuro a una persona por la que no sientes nada, a la que ni siquiera conoces. A encamarte con un absoluto extraño.

—Convengo, solo de pensarlo dan escalofríos.

—Beatriz, no te burles.

—Hablo completamente en serio. Por más normal que se considere, es lo que siento. Nuestras familias juegan con nosotros como con piezas de ajedrez. Me refiero a las familias pudientes, a los nobles.

—Todo está cambiando con esta guerra en Europa. La aristocracia se desmorona, con todos sus privilegios.

—Tengo entendido que la situación es drástica en la Inglaterra donde mi madre se crio.

Él confirmó mis temores con un suspiro.

—Desaparecen las clases que antaño eran intocables. Y los nobles que no sepan adaptarse a los nuevos tiempos verán derrumbarse sus imperios de siglos.

De repente, tuve la sensación de estar hablando de la guerra de otros con la sola intención de esquivar la nuestra. Naderías y política para no enfrentar nuestro pavoroso dolor y el hecho de que yo, abriéndome en canal respecto a mi pasado como lo había hecho, apreté aún más el lazo que indiscutiblemente nos vinculaba.

—¿Deberíamos obedecer y no volver a vernos? —quise saber por fin, temblorosa y tímida.

Gustavo me miró como si de repente me hubieran salido cuernos.

—Para hacer algo así, tendría primero que perder el juicio.

—Es que no quiero verte enemistado con tu padre. Y menos por mi causa. Harías que me sintiera culpable hasta el día de mi muerte.

—Si vas a seguir por ese camino, mejor callarse. No quiero escuchar cómo te rindes.

—Gustavo.

—No.

—Por favor…

—No. Y no me mires así.

—Así, ¿cómo?

—De esa forma adorable. Con esa carita que dan ganas de comerse. ¡No lo hagas! Sería capaz de bajarte la luna si me lo pidieras. Pero no esto.

—¿Qué haremos, entonces?

La respuesta de Gustavo llegó firme, rotunda y sin titubeos.

—Remover cielo y tierra si es preciso. No renunciaré a ti ni a esto que sentimos. Lo juro por mi vida.

25

La casa de las siete chimeneas

Beatriz

—¿De dónde vienes a estas horas?

Aunque quise cruzar el vestíbulo y refugiarme en mi dormitorio antes de que nadie se percatara de mi presencia, el despacho del marqués estaba estratégicamente situado en la planta baja y, si tenía abierta la puerta, era un bastión infalible desde donde dominarlo todo. No tuve más remedio que meter el rabo entre las piernas y atender a su llamada.

—De dar un paseo, padre. Si cree que con todo lo que está sucediendo en esta casa no lo necesitamos…

—Tu madre sigue indispuesta. Deberías subir y hacerle un poco de compañía, en lugar de pasarte las horas muertas en la calle.

No iba a discutir aquel asunto, puesto que tenía razón. Mi deber de hija devota era velar las angustias de mi madre y sus ataques, aunque en la mayoría de los casos fueran imaginarios. Entregué el abrigo, el manguito y el sombrero a Paquita y me dispuse a subir la escalera.

—Beatriz.

—Dígame, padre.

—Ese joven, Gustavo. ¿Piensas que podrá perdonar el modo infame en que lo traté?

—¿Se refiere a cuando pensaba que era pobre como las ratas y no un destacado heredero?

La verdad, pude ahorrarme el cinismo. Vi a mi padre mortificado por mi causa y torturándolo no conseguía nada. Solo esparcir el veneno que me corroía por dentro, la desolación absoluta. Porque aunque Gustavo afirmase que pelearíamos, yo ni siquiera sabía por dónde empezar.

—Es mi deber de padre velar por tus intereses.

—Especialmente los económicos, padre. Lo sé.

—Por muy hijo de duque que sea, no pienso permitir que ese desgraciado te deshonre o comprometa a ojos de nadie sin tener claro si su excelencia lo ha desheredado.

Se me abrieron dos ojos desencajados como dos lunas de agosto.

—Una vez ese aspecto esté resuelto y muy claro —prosiguió el marqués muy digno—, os facilitaré las cosas cuanto pueda. Pero no antes.

Mi yo combativo e irrespetuoso volvió a aflorar.

—¿Piensa encerrarme?

—Haré lo que haga falta. Serás duquesa o mujer respetable. Nada entre medias.

Así fue como decidí que me escaparía por la ventana aquella misma noche.

Fue una chiquillada, lo reconozco. Y yo debería haber confeccionado una lista de los múltiples peligros que podían asaltarme vagabundeando sin escolta por las calles tras la caída del sol. Y habría sido interminable.

Pero me pudo el ahogo, la saturación, el sentirme abrumada por tanta regla de protocolo. La pregunta eterna y sin respuesta de con qué clase de fantoche acabaría casada o si me permitirían otro acercamiento a Gustavo como premio extraordinario de buen comportamiento. El que con casi veinte años siguieran tratándome como a una niña que no sabe comer sin ayuda.

Las ganas de reencontrarme con Gustavo me mordían por todas partes.

El tema de conversación durante la cena había sido el incierto destino de nuestro criado Andrés que, en principio, era la pena de muerte. No obstante, el amo de la casa había removido Roma con Santiago y hecho uso de toda su influencia a fin de que le perdonasen la vida. Ciertas atenuantes de arrebato, obcecación y el amor obsesivo y malsano que sentía por Elvira debían ser tenidas en consideración y, las retortijas de la ley y un par de favores que se le debían al marqués lograron permutar la pena capital por una cadena perpetua en condiciones bastante aceptables.

Lo que me llevó a pensar que t*odo* era posible cuando los poderosos se lo proponían.

Me alegraba por Andrés, no era mal muchacho, solo un bobo cabezahueca trastornado por un amor no correspondido. Pero ¿a cuento de qué nadie movía un hilo por salvarnos a nosotros, a Gustavo y a mí? Nuestra felicidad y el amor que la alimentaba parecía pertenecer a una segunda categoría de metas por lograr.

Puse rumbo a la pensión, encomendándome a los santos para que, fiel a su promesa de resistirse al duque, Gustavo siguiera allí, atrincherado sin regresar al palacio familiar.

Sobre la ropa llevaba una capa larga hasta los pies, oscura y con un enorme capuchón que me cubría de arriba abajo y, quería creer, me ponía a salvo de miradas indiscretas. Recorrí los callejones a velocidad de vértigo, alzando la cabeza únicamente cuando llegaba a un cruce y debía decidir qué dirección tomar. Por fortuna, la pensión de la señora Eusebia no quedaba muy lejos de la mansión, y de cuando la visité con Elvira, había memorizado el camino con la pasión de una enamorada que no se rinde.

No contaba con la oposición de la propietaria y con que, en establecimientos sencillos para gente corriente como una pensión, también marcaban reglas.

—¿No puede decirme si el señor Pérez se encuentra en su habitación? —me exasperé por tercera vez.

La mujerona me repasó impaciente con las manos sobre el regazo.

—Le he dicho que no. Que no vigilo a mis huéspedes, si entran o si salen es cosa suya. Que dar información sobre lo que hacen a cualquiera, podría meterme en un lío.

—¿Y si me permitiera esperarlo en su cuarto?

La cara se le desencajó. Temí que buscara un cucharón de madera maciza o la plancha y me golpeara con ellos la cabeza.

—Pero ¿qué disparate está diciendo, niña? No entran mujeres finas en las habitaciones de los caballeros. Al menos, no en mi pensión. Váyase a su casa que es bien tarde y andurrear sin protección por los entresijos de calles puede resultar arriesgado hasta aquí en el centro.

—Se lo ruego, señora, vengo de muy lejos —mentí con los ojos enrojecidos. Solo la emoción que sentía era auténtica.

—Haga el favor, señorita, y no me cree problemas. Venga, aparte, que cierro la puerta, se me ha echado la hora encima.

—¡Señora! No tengo donde pasar la noche. —Hice un último intento a la desesperada,

echando mano de una verdad que sonó a embuste.

La posadera me dedicó una mirada de dragón furioso a través de la estrecha rendija.

—Y a mí no me quedan cuartos libres. Así que ¡andando! ¡A descansar!

El sonido hostil de la puerta cerrándose en mi cara se repitió de memoria hasta enloquecerme. Empezaba a sentir el frío que hasta entonces había ignorado gracias a la ilusión que me movía. Mi desastroso plan resultó ser un fracaso y ahora me encontraba en mitad de la calle, ya anochecido, sin Gustavo, sin opciones y sin querer volver a casa. Si había huido, no era solo por verlo. Quería demostrarle a mi padre que tenía voluntad propia, que me valía por mí misma y que de nada le valdría su empecinamiento en encerrarme. O me ganaba su respeto dándole un susto de muerte, o estaba perdida.

Tenía que pasar la noche fuera.

Y en mi precipitación por escapar, había olvidado coger el bolso, de modo que no portaba ni una peseta. Era inútil acudir a otra pensión en busca de alojamiento, aunque fuese de mala muerte, las casas de huéspedes no fiaban.

Arrastré los pies hasta los aledaños de la mansión de los marqueses. Allí estaba la plaza, solitaria y tenebrosa medio en penumbras, y enfrente, la Casa de las siete chimeneas, el soberbio edificio del siglo XV propiedad, dicen, de la amante del rey por aquel entonces, doña Elena. A la que por lo visto asesinaron para que no salieran a la luz los amoríos del monarca. En la actualidad, sede del Banco de Castilla, cerrado a aquellas horas.

También sabía de un agujero directo a los sótanos por el que los chicuelos se colaban para jugar dentro, lo había oído comentar a las criadas.

Solo tenía que encontrarlo.

26

El espectro

Beatriz

Lo primero que pensé al recorrer la fachada del fastuoso edificio era que, si la marquesa de Bonagua se asomaba a la ventana de sus aposentos, puede que me descubriera. A continuación, deseché la idea, porque mi madre no se encontraba del todo bien. Eran demasiados disgustos juntos y su temperamento flemático, heredado de una educación puramente inglesa, no estaba preparado para soportar tanta presión. Unos hijos desobedientes y solteros, no sé cuál de las dos circunstancias le espinaba más, un lacayo asesino, una muerta en la mansión, la policía rondando… Las advertencias de sus amigas, convertirse en el chismorreo favorito de las sobremesas.

Lo dicho. Demasiado.

El acceso a las plantas subterráneas del palacio, más que un agujero, resultó ser una grieta estrecha por la que solo cabía un crío o una mujer menuda, como era mi caso. Tampoco mostraba excesivos signos de abandono. Solo ausencia de mobiliario y algún que otro cristal roto. Probablemente lo utilizaban como almacén; padre había comentado que pensaban restaurarlo para alojar algún tipo de dependencia adicional, quizá al servicio del marqués de Estella, uno de los propietarios del banco, al que apenas se veía aparecer por Madrid.

Gracias a los angostos ventanales por los que se colaba la luz de la luna, no tropecé una y mil veces con los pedruscos sueltos del suelo. Sin atreverme a acceder a las plantas superiores, no fuese que el banco tuviera vigilantes, buscaría un rincón acogedor, me envolvería en mi gruesa capa y dormiría hasta el alba. Entonces, cuando solo el servicio andaba despierto y los marqueses todavía descansaban, regresaría a casa, a la confortable seguridad de mi alcoba… Para fingir que no había pasado nada.

Sentí vergüenza de mí misma. De mi falta de arrojo y valentía. De lo poco que me había durado la vena de hija rebelde que huye para enfrentarse al mundo cruel.

Lo cierto es que estaba aterrorizada.

En una esquina de muro ciego, sin ventanas ni fisuras por las que se colara el aire, me acomodé dispuesta a echar unas cuantas horas. Esperando la salida del sol. Estaba agotada. Y tenía hambre y sed. La boca como la paja y los ojos escocidos de tanto aguantar las lágrimas. Los cerré y me permití soñar que Gustavo estaba allí conmigo, rodeándome con sus fuertes brazos, susurrándome que no tuviera miedo porque todo saldría bien. Que al final, en contra de todo obstáculo u oposición, estaríamos juntos.

Dios. Me había enamorado perdidamente de aquel hombre.

Tanto que ya no era dueña de mis actos. Todo lo que hacía y lo que quería hacer llevaba su nombre.

Me adormilé acunada por su dulce recuerdo. Deseando que el tiempo transcurriera lo más rápido posible. Y antes de caer de forma definitiva en un sueño profundo y reparador, entreabrí los párpados impulsada por un extraño instinto.

Una mujer cruzó la estancia donde yo me encontraba, con un candelabro en la mano.

Más bien la sombra de una mujer.

Porque era traslúcida. Igual que un fantasma.

E iba vestida con ropa medieval. Una diadema de seda y una larga toca de color claro. Un vestido con mangas de corola que llegaban casi al suelo. Más que caminar flotaba, mirando al frente sin desviarse. Hasta que llegó a mi altura y se detuvo.

Mi corazón también lo hizo.

Se me atascó una roca en mitad del pecho que pensé que me mataría. Apoyé las palmas abiertas en el suelo por si tenía que darme impulso y escapar para salvar mi vida, pero lo cierto es que las piernas no me respondían. Estaba como petrificada mirando aquella hermosa visión que, de repente, tomaba conciencia de mi presencia, desviaba hacia mí los ojos y sonreía.

La sonrisa más triste que he visto en mi vida.

Tragué saliva con dificultad, sin atreverme a pestañear siquiera. Tuve que hacerlo, sin embargo, porque los ojos me quemaban de una forma insoportable. Y entonces, cuando volví a abrirlos… Ella ya no estaba.

¿Acaso era el espectro de doña Elena?

Había oído alguna vez comentar a doña Inés, nuestra vecina del número 8, que el fantasma de la amante injustamente asesinada vagaba por el palacio y que ella la había divisado a través de los ventanales. O tal vez fueran las doncellas, que lo habían oído de las criadas de la otra casa. Mi padre no guardaba mucha simpatía a los Otamendi, por aquello de culparlos de haber comprado la mansión del número 8 antes que él, privándolo del placer de disponer de un palacete en pleno centro de Madrid, el doble de grande del actual. De ahí que ambas familias no mantuviésemos lo que se dice una relación estrecha. Pero los Otamendi me parecían buena gente, educados y corteses. Y su sobrino Carlos era un hombre guapísimo. Las contadas ocasiones en las que habíamos coincidido al salir o al entrar, si padre no nos acompañaba, habíamos entablado una suerte de breve conversación, muy cordial.

Lo más seguro era que lo del fantasma se lo hubiera escuchado al servicio.

Todas esas boberías pensaba yo a endemoniada velocidad, mientras el corazón retumbaba enloquecido, queriéndose salir de su sitio y los pulmones dolían al llenarse. Pasado un rato, la parálisis del terror empezó a ceder y fui capaz de mover los pies. A duras penas logré incorporarme, apoyada contra el frío muro, temblando de frío y de pánico. Tenía que localizar la grieta por la que había entrado y abandonar la Casa de las siete chimeneas cuanto antes.

Sin cruzarme por segunda vez con el fantasma de doña Elena.

Entoné una cancioncilla de cuna que madre solía cantarnos de pequeños tanto a Alonso como a mí. Para acompañarme. Para borrar el desasosiego que me atenazaba. Al principio, el hilo de voz tiritaba y apenas se oía. Progresivamente, conforme avanzaba, se fue fortaleciendo sin llegar a normalizarse. Un paso, una sílaba. Otro paso, un cambio de tono. Así hasta que divisé la grieta y la luz lunar que entraba en forma de rayo.

Y me encomendé al cielo, agradecida.

Todavía era noche cerrada. En la mansión de los Bonagua todos dormían como angelitos

y yo no quería despertar a nadie. Pero de alguna manera tenía que entrar o perecería helada en la calle. Entré por el paso de carruajes hasta el patio empedrado y rodeé el edificio hasta dar con la ventana del cuarto de Paquita. Conteniendo el temblor de mi mano, golpeé el cristal con los nudillos, insistente con tal de ver encenderse una vela y el rostro somnoliento y pasmado de mi doncella pegado al cristal.

—¡Señorita Beatriz!

Le hice una seña para que me abriera y ella me respondió con otra que apuntaba a la puerta de las cocinas. Volví sobre mis pasos y ella me franqueó el camino con una palmatoria en la mano, sin dar crédito a lo que estaba viendo.

—Pero señorita, ¿de dónde viene? ¿Cómo es que aparece en la calle? ¡Y a estas horas! ¿Qué ha pasado?

—Vamos a tu cuarto, Paquita, que no nos vean.

—No podemos, señorita, está Petri durmiendo en la cama de al lado. Y ya sabe usted lo chismosa que es… Bueno, no lo sabe, pero se lo digo yo.

—¿Qué está pasando?

Paquita giró sobre sus talones a ver quién interrumpía, hecha una hidra.

—Hombre, la que faltaba *pal* duro.

27

El sanatorio

Beatriz

Se trataba de Elvira. Paquita la recibió con el morro apretado.

—¿Señorita Beatriz? ¿Le ocurre algo malo? ¿Es usted sonámbula?

Quizá porque ya me notaba a resguardo, me derrumbé. Me rompí en pedacitos. Ahogada en lágrimas que ellas corrieron a calmar.

—Aquí no nos podemos quedar —sugirió sensata Elvira—. Vamos a la sala de costura.

Arriba, en la planta noble, disponíamos de una sala donde la marquesa y yo, y alguna que otra invitada de escasa conversación, matábamos el tiempo bordando y tejiendo fruslerías. En la planta baja existía su gemela, la humilde sala con grandes mesas y hasta tres máquinas de coser, donde las doncellas planchaban, cosían o remendaban nuestra ropa hasta dejarla impecable.

Allí nos guarecimos. Con tres vasos de leche caliente, encomendándonos al santoral para que nadie nos descubriera.

—¿Se ha escapado? —preguntó Paquita medio histérica. Asentí— ¿Y por qué ha vuelto?

—¡Paquita! —se escandalizó Elvira.

—Quiero decir qué ha ido mal para que vuelva. La señorita me entiende, tú no te metas.

—Voy a prepararle una tisana para los nervios —se ofreció Elvira— ¿Le parece?

No me serené lo bastante como para responderle. Y todo el tiempo que ella invirtió en la cocina preparándome la infusión, lo gasté yo en consumir el llanto que aún restaba. Tras tomar los primeros sorbitos, más o menos fui capaz de explicarme.

—Salí por la ventana, con la intención de ver al señor Gustavo…

—¿Por la ventana, señorita? ¿Como las heroínas de las novelas? —irrumpió Paquita, emocionada.

—No sé. —Me pasé la mano por la frente—. He debido de volverme loca.

—¿Y qué pasó? —me azuzó de nuevo Paquita— ¿Lo vio? ¿No lo vio? ¿Pelearon?

—La dueña de la pensión no me permitió pasar.

—Lógico, señorita —dedujo Elvira— ¿Qué esperaba?

—He sido una tonta, ya os digo que debí de perder el buen juicio por un rato. El caso es que me vi en plena noche, en la calle, sin saber a dónde ir…

—¿A dónde iba a ir? ¡A su casa, señorita! ¡Exactamente igual que ha hecho usted ahora! —me amonestó mi doncella.

La miré con los ojos arrasados en lágrimas. Sorbí la nariz y bebí más tisana.

—No quería correr riesgos, ni despertar a nadie, mis padres no podían enterarse… Ya ves, menuda idea ridícula, si lo que quería en un principio era asustarlos. De manera que decidí cobijarme en los sótanos de la Casa de las siete chimeneas.

A mi confesión no siguió comentario alguno. Las dos muchachas me observaban pálidas, con los ojos desorbitados y las bocas entreabiertas. Tal que si quisieran hablar, pero sin atreverse a soltar lo que de verdad pensaban. Que tenían delante a una demente.

—En. Los. Só. Ta. Nos —silabeó Paquita asustada.

—Eran solo un puñado de horas, luego saldría por el mismo hueco por el que había entrado y regresaría sin más consecuencias. Pero…

—¿Pero?

—He visto el fantasma de doña Elena caminando con un candelabro en la mano.

—¿Caminando por dónde? —preguntó Elvira mientras Paquita ahogaba un grito de terror tapándose la boca con las manos.

—Por el interior del palacio, en el sótano donde me escondí…

—¿Está usted segura?

—Elvira —me irrité—. La he visto tan claro como te estoy viendo a ti ahora.

—La gente… —boqueó Paquita—, la gente lo comenta. No es usted la única que afirma haberla visto, señorita.

—¡No digas tonterías, Paquita! ¿Cómo va a ver la señorita un espectro de los infiernos?

—No parecía que viniera de los infiernos —temblé—. Hasta me sonrió.

—Lo que pasa es que está usted muy cansada. Y muy impresionada con todo lo que ha estado pasando estos días, igual que su madre. Permítame sugerirle que se acueste y repose, que le hace falta.

—Pero el fantasma… —insistió Paquita machacona.

Elvira la ignoró para ayudar a ponerme en pie.

—Lo que la señorita Beatriz necesita es dormir y luego, un buen desayuno después de todo este ajetreo. Anda, Paquita, no remolonees y sube a abrirle la cama.

******

Lo que nadie, ni siquiera la señorita Beatriz pudo sospechar, es que una vez que la tuvo arropada y durmiendo, a primera hora de la mañana, Elvira pediría audiencia con el marqués para tratar con él «un asunto importante relacionado con su hija».

Fue más la curiosidad que la costumbre lo que lo impulsó a concedérsela. Costumbre no tenía ninguna, el señor marqués solo se reunía con el mayordomo y en ocasiones excepcionales, dado que el manejo de la casa y sus consecuentes decisiones corrían a cargo, en exclusiva, de doña Eugenia.

Pero la marquesa estaba indispuesta y se supone que aquello trataba de su hija, de manera que no vio inconveniente en reunirse con la doncella. Extraño, peculiar, absurdo, pero razonable.

—Señor, me preocupa la salud de la señorita Beatriz.

—¿Por qué motivo? ¿Está enferma? ¿Hemos avisado al médico?

—No, señoría, no está enferma, que yo sepa. Pero sí muy agitada, nerviosa. Creo que ha empezado a sufrir alucinaciones.

Por primera vez desde que aquella entrevista había comenzado, don Arturo prestó verdadera atención.

—¿Cómo dice?

—Alucinaciones, señor. La señorita Beatriz afirma haber visto a un fantasma en la Casa de las siete chimeneas.

—¿Mi hija ha ido al banco?

—Mucho peor, señor. Durante la noche salió de la mansión y entró a los sótanos del palacio de las chimeneas por una ranura por la que se cuelan los chiquillos de la calle para jugar.

El ancho torso del marqués se sacudió en un espasmo. Elvira temió ser la causa de que le diera un soponcio y se muriera allí mismo, a sus pies.

—¿Beatriz ha hecho eso?

No tuvo fuerzas para responder con la voz. Solo con un meneo vigoroso de cabeza.

—Dios mío, ¿qué estamos haciendo mal?

—Señoría, si me permite, creo que la señorita solo está pasando un momento muy delicado. Está muy afectada con lo de Andrés y Carmelita. Y luego está… luego está…

—¡Continúa! —bramó sin miramientos Arturo Maldonado de Lavidia.

—El asunto del señorito Gustavo. Ella está muy enamorada, si se me permite decirlo. Pero ese joven no le conviene, señor, la señorita debe olvidarlo, poner tierra de por medio.

Como si acabara de descubrir en la criada un cerebro juicioso fuera de lo común, don Arturo se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas, súbitamente interesado.

—No te preguntaré la razón de que afirmes eso, veo que estás muy al tanto de la historia. ¿Qué propones?

—La señorita Beatriz debería pasar una temporada fuera. En una casa de reposo.

—Estás por casualidad sugiriendo… ¿Internar a mi hija? —se soliviantó el marqués a punto de saltar de su asiento al techo.

28

Una idea prestada

Elvira frenó su ímpetu con las dos manos estiradas como dos abanicos.

—Sería una medida temporal, señor. Ella estaría a resguardo mientras las cosas se calman. Hasta puede que olvidara a don Gustavo. O que don Gustavo la diera por perdida y finalmente aceptara su destino y su herencia. Si es de su agrado, más tarde, cuando cada pieza estuviera en su lugar y él fuese futuro duque, con todas las rúbricas y confirmaciones, usted podría dar vía libre a esa relación y facilitarles las cosas…

Elvira dejó el fin de la sugerencia en el aire. Don Arturo la perforó con una mirada suspicaz plagada de temores.

—¿De dónde has salido tú, muchacha?

—Le suplico que no piense mal, señoría. Es solo que le tengo mucho afecto a la señorita Beatriz, señor. Muchísimo. Y si me atrevo a dar una idea es… porque busco su bien.

—Lo cual te honra. Sin embargo, considero que te estás excediendo en tu celo, muchacha. Estas no son decisiones en las que te toque intervenir.

Para Elvira fue claro y cristalino que el marqués desconocía su nombre. De ahí que se refiriera a ella de continuo como «muchacha». Ya tenía unos años, no era ninguna chiquilla. Sintió una punzada de autocompasión que enseguida se le retorció en las tripas.

Hundió la cabeza en el pecho, abochornada tras el arrebato.

—Lo entiendo, señoría. Ruego que me disculpe. Iré a cuidar de la señorita.

Cuando ya estaba en la puerta, con los dedos engarfiados en torno a la manija, a punto de salir, la voz grave del marqués la asaltó sorpresiva por la espalda.

—Dile a mi hija que ahora subiré a verla. Tenemos que hablar.

—Como diga usted, señor marqués —repuso la criada sin girarse y con un hilo de voz.

—No es tan descabellada esa ocurrencia tuya, no creas. Una casa de reposo suele ser, a menudo, la solución para muchas situaciones incómodas.

Beatriz

—¿Un sanatorio para mentes desequilibradas? ¿Se refiere a eso, padre? ¿A esos lugares espeluznantes de los que muchas veces la gente no sale?

—En absoluto, Beatriz. Nada de sanatorios, una casa de reposo. Donde cuidarán de ti y podrás recuperarte de tantos malos ratos seguidos. Mira, puede que hasta tu madre desee

acompañarte. Serían como unas vacaciones…

Mis ojos traicioneros estaban húmedos y aunque yo quisiera mostrarme fuerte e invencible, me temblaron las rodillas.

—¿No se le ha ocurrido otro modo más disparatado de separarme de Gustavo?

—Beatriz, hija, entra en razón. Yo no quiero separarte de ese muchacho.

—Bien que lo echó de casa con cajas destempladas.

—Porque pensé que era un rufián que venía a aprovecharse de ti, de tu fortuna y posición.

—Pero ahora que sabe que es hijo de un duque… —dejé caer con insolencia.

Mi padre apretó los labios bajo su espeso bigote.

—No pienso avergonzarme por querer asegurarte un porvenir. Ni por aspirar a que cases con alguien de tu condición. Puedes pincharme hasta sangrar, pero no lo haré. Se trata solo de poner tierra de por medio hasta que las cosas se relajen. De esa manera, Gustavo podría claudicar y aceptar su posición de heredero, negociar con su padre lo que se tercie en cuanto a matrimonios. Con el tiempo, vosotros dos…

—¿Con una loca? —me sublevé con voz aguda— ¿Crees que su familia le permitiría casarse con una trastornada? Padre, eso que me propone es un plan que me marcará para los restos, no va a funcionar. —Escabullí la mirada y la clavé en la pared lateral—. Mejor olvídese de Gustavo Pérez de Moncada, que yo intentaré otro tanto.

—En realidad, la idea no ha sido mía. Lo que no quita que la considere excelente.

Giré el cuello para encararlo.

—¿De madre?

El marqués negó despacio con la cabeza.

—De tu doncella.

Tardé un par de horas en asimilar la enormidad de lo sucedido. El modo en que Elvira se había extralimitado en sus funciones y hecho una propuesta que claramente no me beneficiaba. Me descalabraba, más bien. Cualquiera que hubiese pasado por una casa de reposo quedaba ineludiblemente marcado ante la alta sociedad. No era solo que el chisme corriera de boca en boca durante meses, es que el resto de tu vida te miraban con temor, como si de repente fueras a subirte a una mesa y ponerte a lanzar copas de cristal tallado a las cabezas de todo el mundo. Tenía que aclarar las cosas con ella. Y como me disgustaba la idea de discutir en casa, la avisé que se preparara para un paseo por el Retiro.

Allí dejamos a Paquita, refunfuñando porque la había excluido. En cuanto volviese me echaría en cara mis preferencias y favoritismos. Aguantaría el chaparrón, porque no quedaba otra. Debía entender las razones de Elvira para tratar de convencer a mi padre de aquella monstruosidad. Cómo había reunido el coraje y mostrado la osadía suficiente como para plantársele delante y opinar acerca de mi futuro.

Me mantuve en cerrado silencio mientras caminábamos. Ella unos seis pasos por detrás de mí. Sin atreverme a abordar la cuestión, nerviosa, con el pulso acelerado y la garganta áspera. Finalmente, me animé.

—Elvira. He hablado con el señor marqués. Dice que le has contado detalles muy inquietantes, que sufro alucinaciones, en pocas palabras, que ando con la cabeza perdida. ¿Es eso cierto?

—Dicho así suena muy brusco, señorita —admitió con debilidad—. Pero no voy a negar

que me preocupé una barbaridad con lo del fantasma.

Dejé de caminar, me volví y la enfrenté contrariada. Ella se detuvo también, frente a frente.

—¿Tanto como para olvidar tu lugar, la confianza que te tengo, y entrevistarte a solas con el marqués? ¿Tanto como para sugerir que me internaran?

—Yo no mencioné un sanatorio ni nada parecido, señorita. Hablaba de una casa de reposo, un balneario, algo así.

—¿Y qué tienes tú que hablar con mi padre? Y menos respecto de mi persona. ¿Qué te has creído, Elvira? ¿Que porque se te toma una pizca de aprecio y se te trata con consideración ya eres mi igual? ¿Mi amiga del alma?

Pensé que se echaría a llorar allí mismo y un ramalazo de arrepentimiento me quebró por la mitad. Bajé el tono y contuve la ira.

—No, señorita, no.

—¡Eres mi doncella, por amor del cielo! —me desesperé—. Si os cuento mis intimidades, tanto a Paquita como a ti, no es para que las vayáis aireando, mucho menos delante de los marqueses. ¿Tienes la menor idea de en lo que podría desembocar todo esto?

La vi retorcerse las manos, morderse los labios y parecer tan mortificada, que comprendí que no había habido mala intención en su proceder. Solo atrevimiento. Un atrevimiento inconcebible tratándose de un miembro del servicio.

—Ya está bien, hermana —oí a una voz masculina y familiar—. No le recrimines lo que ha hecho movida por el afecto.

—¿Alonso?

Mi hermano, que se burlaba de los petimetres que paseaban por el Buen Retiro tachándolos de blandos afeminados, acababa de aparecer, vestido con toda la suntuosidad que cabía esperar en alguien de su rango, se colocó al costado de Elvira, como si quisiera cobijarla y me regañó.

¡Me regañó!

—¿Es que no entiendes lo preocupados que nos tienes?

—¿Nos? —No entendía nada. De repente sonaba como si Alonso y Elvira formasen frente común en alguna misión importante que yo desconocía.

—Sí, *nos*. A la gente que te quiere. De un modo absurdo que nadie esperaba te has enredado con ese muchacho de los Altolaguirre, que se convertirá en tu perdición.

—¿Qué sabes tú de mis enredos? —espeté, pasando de soslayo las pupilas por la ahora muda Elvira— ¿Te ha puesto ella al corriente?

—Recluirte durante unos meses en algún lugar a salvo de habladurías y, sobre todo, de su influencia, es lo mejor que podríamos recomendarte.

—¿Tú también estás metido en este… plan? —me desencanté—. ¿Estáis…? ¿Estáis juntos, como temía padre?

29

La fuga

Beatriz

—Elvira es una muchacha lista y consecuente que en absoluto busca perjudicarte. Quítate eso de la cabeza.

Ladeé el cuello para analizarlo con mayor intensidad.

—Compruebo que la defiendes con mucha pasión, hermano. Más incluso que a tu propia sangre.

—No digas majaderías, Beatriz. Estás cegada, toda esta historia de Gustavo, su padre el duque y sus aspiraciones fuera de lugar, te han cambiado, no eres la de siempre.

—¿Lo dices porque por primera vez en mi vida siento amor por alguien? ¿Tú sí puedes tener un amorío con mi doncella y yo no puedo enamorarme?

Si por alguna causa desconocida mi hermano se había estado conteniendo, sus diques se rompieron con estrépito justo en aquel instante.

—¡Tu duque no va a defenderte, maldita sea! —rugió con los brazos en alto—. ¿Es que no te ves? Estás aquí, sola, enfrentándote al mundo, Beatriz, ¡abre los ojos!

—Disculpe si lo corrijo, está usted muy equivocado, señor Maldonado. Desde luego que su duque piensa defenderla. Hasta que un último estertor se lo lleve de esta vida. Contra quien sea y lo que sea.

La inesperada aparición de Gustavo nos dejó a los tres perplejos.

Sin dar explicaciones, se colocó a mi lado, igual que Alonso había hecho con Elvira. Escoltándome, cobijándome, ahuyentando mis miedos.

—Porque la ama más que a su propia vida y no piensa abandonar ni rendirse —zanjó con rotundidad.

No pasé por alto los ojos de pavor con los que Elvira lo repasaba. Como si Gustavo fuera un alma recién escapada de los infiernos que nos reduciría a cenizas con solo chasquear los dedos. Pero el hormigueo de la felicidad recorriendo mi espalda me hacía flotar en una dicha tan absoluta, que lo olvidé enseguida.

—¿Quiere ayudarla? —conminó Gustavo, dirigiéndose a mi hermano— ¿De verdad quiere ayudarla? Pues demuéstrelo. Cúbranos. Porque vamos a fugarnos.

Alonso dio un amenazador paso adelante. Gustavo le plantó cara sin arredrarse.

—Usted no debe de estar en sus cabales, señor mío. ¿Piensa deshonrar a mi hermana pasando la noche fuera con ella? ¿Tan pronto ha olvidado que está usted prometido con otra mujer?

—Pasar juntos una noche es el único modo de forzar nuestra unión. El compromiso con Dorotea Fernández de Castro sigue siendo un asunto privado entre familias, no ha sido hecho

público, nadie lo sabe, puede anularse.

—¡Yo lo sé! —aulló mi hermano.

—Porque mi padre ha visitado al suyo y se han desvelado aspectos de nuestra intimidad familiar que siempre debieron quedar a buen recaudo. —Gustavo no perdió la serenidad—. Sin embargo, tanto a uno como al otro les consta que no me casaré con nadie que no sea Beatriz.

Sonaba tan seguro, tan determinado, que hasta Alonso tuvo que claudicar. Vi cómo los dedos crispados de Elvira agarraban la manga de su levita y tiraban, como haciéndole una señal para que contraatacase, algo que él renunció a hacer.

—¿Tengo su palabra de que todo esto no será más que una farsa? Me refiero a lo de la fuga. ¿Que respetará a mi hermana y se comportará como un caballero pase lo que pase?

—La tiene.

Alonso inclinó con elegancia la cabeza. Pareció pensárselo durante una eternidad. Al final de todo su intrincado proceso suspiró, aunque sonó más bien a gruñido fiero.

—Entonces, cuente con mi apoyo incondicional. No persigo otra cosa en la vida que la felicidad de los míos. Aunque le advierto que si falta a su promesa…

—Permitiré que usted, con sus propias manos, me meta un tiro en el corazón.

«*Ve a casa y empaca lo imprescindible para pasar una noche y un día*».

Esa había sido la encomienda. Y regresamos a la mansión de Barquillo 10 a cumplir con el objetivo porque antes de la cena, Gustavo pasaría a recogerme con su calesín y nos evaporaríamos en el aire como dos volutas de humo.

Durante el trayecto de vuelta y, pese a sus compromisos adquiridos con el hijo del duque, mi hermano trató en vano de disuadirme. A Elvira parecía a punto de darle un ataque al corazón y se escabulló nada más entrar por la puerta. Nada de todo aquello me frenó. Subí a mi alcoba, reclamé a Paquita, la puse al tanto del plan y empezamos a embalar, si bien tuve que soportar que primero se echase a llorar y durante largos minutos soltara su letanía del «*Ay, señorita, yo no veo que sea buena idea*».

—¿Y Elvira? —pregunté una vez se hubo calmado— ¿Dónde se mete? ¿Es que no piensa ayudarte con el equipaje?

—No cuente con ella. Sigue empeñada en que los Altolaguirre no son personas honorables y que no piensa apoyarla en una locura que echará a perder su vida.

—No le he pedido otra cosa que una maleta —me extrañé.

—Y que con esa gente no será feliz.

—Qué sabrá ella.

—Es que es una solución terrible, señorita.

Temí que volviera a berrear y que alguien de la familia terminase escuchándola.

—¿Tú también? Es la única de que disponemos si queremos obtener por la fuerza ese permiso que nos niegan. Mañana a estas horas estaré de vuelta y, mientras convenga, fingiremos que he pasado el día en cama con una jaqueca espantosa.

—Me compromete usted.

Arqueé una ceja.

—Va unido al cargo de doncella personal, eres mi confidente y, de ser necesario, mi cómplice. —La animé con una amplia sonrisa—. ¿No vas a desearme suerte?

Paquita se me arrojó a los brazos, sin esperarla. Sollozando y gimiendo bajito, para no llamar la atención, pero con el corazón encogido. Respondí a su abrazo sabiendo que era sincero.

—Todo va a salir bien, Paquita, ya verás. Todo va a salir bien.

A las seis de la tarde, Gustavo Pérez de Moncada y yo teníamos una cita que lo cambiaría todo. Me deslicé escaleras abajo aprovechando que todo el servicio andaba atareado preparando las cenas, y abandoné la mansión de la calle del Barquillo por un puñado de horas que resultarían cruciales.

Antes había pasado por la alcoba de la marquesa, a ver cómo se encontraba y a poner en marcha mi diabólico plan, al dejar caer un comentario acerca de mi ligero malestar y dolor de cabeza. A mi madre le había subido un poco la temperatura, pero tenía ganas de charla. Tuve que andarme con cautela para no desvelar más de la cuenta respondiendo a sus curiosas preguntas.

—Cualquiera lo habría dicho, que fuiste a caer bajo las ruedas del carruaje de todo un duque.

—Madre, no mencione el peor episodio de mi existencia como si se tratara de un golpe de suerte.

—¿Acaso no lo es?

—¡Fue una insensatez por mi parte! ¡Pude haber muerto!

—Pero aquí te tenemos, hija, vivita y coleando. No tiñamos de negro lo que se muestra como blanco nacarado, deslumbrante y provechoso.

Su última frase me reveló muchos aspectos de su intención, hasta entonces posiblemente encubiertos.

—Acaso… ¿Acaso usted querría que don Gustavo y yo…?

La tez de la marquesa pareció de pronto más luminosa.

—¿Cómo no iba a querer? No obstante, las cosas hay que hacerlas paso a paso y con mimo. Para que salgan bien.

Con mimo.

Paso a paso.

De acuerdo. Yo pensaba dar el primero de muchos aquella misma tarde.

30

Aranjuez

Gustavo

Desde que era un crío, el traqueteo de los carruajes solía adormecerme. En cada viaje. Menos en aquel, posiblemente el más decisivo e importante de mi vida. Habría deseado una locuaz conversación por parte de Beatriz, que su tono dicharachero y feliz me hablara por sí solo de la ilusión que la movía a aceptar aquella salida disparatada. No es que no tuviera mis dudas. Me habían educado para comportarme como un caballero, especialmente ante una dama, no para incitarla a romper todas las reglas de cordura y decencia conocidas y a comprometer su reputación en lo que podía ser un salto de barranco.

—¿Estás bien? —pregunté, frustrado por verla tanto rato callada y encogida a mi lado. Como si contuviera la respiración por miedo a vaciar los pulmones y morir.

Beatriz asintió con la cabeza, sin despegar los labios, lo que no contribuyó precisamente a tranquilizarme. Sin soltar las riendas, sujetándolas con una sola mano, busqué a tientas la suya con la mía libre y le di un apretoncito afectuoso.

—No va a suceder nada que no queramos, te lo juro. Sé respetar a una mujer.

—Lo sé. —Fue un murmullo apenas audible.

No. No lo sabía. Solo quería suponerlo.

—Confía en mí, te lo ruego, te lo pido por favor. Confía.

—¿Adónde vamos?

—Hay una posada de viajantes en Aranjuez. Lo suficientemente cerca para volver cuanto antes, lo bastante alejado de la capital para parecer que nos hemos fugado para siempre. Si dispusiéramos de tiempo te llevaría a Sevilla, a perdernos entre el azahar de la primavera.

Una brisa gélida e inesperada nos zarandeó y Beatriz se aferró a su capa, tiró de ella para cubrirse mejor la tiritera.

—No deberías ir conmigo en el pescante, vas a pillar un resfriado. ¿Por qué no detengo el coche y pasas dentro?

Por toda contestación, ella apoyó su cabeza sobre la parte superior de mi brazo. El hombro quedaba demasiado arriba. Verla así, acurrucada como una niña, sentir a continuación cómo sus manos rodeaban mi antebrazo y se enlazaban, provocó un chispazo en mi alma inquieta.

Continuamos el trayecto en silencio, si bien ahora pesaba menos, era traslúcido y perfumado. Una compañía mucho menos desagradable.

Llegamos a la posada rozando el alba. El mozo que se encargaba de las cuadras aparcó el

carruaje, desenganchó el caballo y se lo llevó para darle de comer, beber y una buena cama donde reponer fuerzas. En la entrada nos presenté como el señor y la señora García, recién casados, y la mujer del posadero, con un brillo de insensata ilusión en las pupilas, después de felicitarnos, nos condujo a una de sus mejores habitaciones libres y anunció que nos agasajarían con una botella de vino.

En todo el proceso, la vivaz Beatriz, la dama que siempre tenía lista una frase ingeniosa, no articuló palabra. Se limitó a sentarse en el borde de la cama y a agradecer a la mujer sus atenciones con una sonrisa tímida.

Cuando se cerró la puerta a nuestras espaldas, el telón cayó de golpe. Como un hachazo en mitad del bosque. Tajante y frío. Peligroso, maligno.

—Quieres… ¿Quieres beber un poco de vino?

Beatriz musitó un débil «no».

—Le he pedido a la posadera que nos suba algo de comer a modo de cena. Por la que no tuvimos anoche.

—Eso estará… estará muy bien. Estoy famélica.

Me coloqué delante de ella, la contemplé unos segundos y después me acuclillé y encerré sus manos entre las mías.

—Quiero. Que. Estés. Tranquila.

De entre sus labios trémulos escapó un suspiro.

—Sé que no es una situación a la que estés, ni mucho menos, acostumbrada. Solo será una noche. Lo mínimo que nuestras familias necesitan para creer…

—No lo digas. No quiero oírlo.

Asentí comprensivo.

—Oírlo me hará desearlo con más fuerza —añadió en un dulce susurro.

Eso sí que no me lo esperaba. Me esponjé estremecido de emoción.

—¿Me… deseas? —Mis dedos atrevidos rodaron sobre su piel suave—. Dime la verdad. Ahora no hay nadie que te presione a no decir lo que piensas. Tú… ¿querrías…?

Ella bajó la cabeza.

—No puedo. No podría hacerlo.

—Ni yo voy a pedírtelo. Beatriz, mi amor. —Levanté la mano hacia su mejilla sin llegar a tocarla—. No tiembles.

Unos discretos golpecitos en la puerta hicieron añicos nuestra aura casi romántica. Me incorporé sin perder un instante, mientras pronunciaba un sonoro «pase» que animó a la posadera a accionar la manija y entrar.

—Le he apartado un poco de cordero asado. Puré de patatas nuevas y verduras de guarnición. —Fue colocando todo sobre la escueta mesa—. Y el vino —apuntó con picardía—. Es de cosecha reciente, de la casa.

—Se lo agradecemos, señora. Mi esposa está fatigada después del viaje.

—El lecho es amplio y cómodo, las cortinas gruesas. Espero que descansen bien.

Marcó una rústica reverencia y volvió a marcharse tan sonriente como había llegado. Ya no era posible recuperar el ambiente mágico de hacía unos minutos, de modo que le tendí una mano para que se levantara, en una invitación muda a comer.

—Como si ya fuésemos marido y mujer.

Aceptó tras un breve titubeo y enseguida compartíamos mesa a la luz de las velas. Celebrando lo afortunados que éramos, pese a todo. Preguntándonos qué haríamos y cómo contendríamos la dicha cuando al regresar, nuestras familias nos obligaran a contraer matrimonio

para evitar un escándalo.

—No le deseo nada malo a Dorotea —aseguré henchido de sinceridad—. Es una buena mujer. Hasta siente algo de ilusión ante la idea de nuestro enlace. No me gusta, pero a la larga, con tal de contentar a mi padre, no habría puesto demasiados impedimentos a desposarla, de no haberte conocido.

—¿Soy, entonces, la causa de la desgracia de la pobre señorita Fernández de Castro? ¿El vergonzoso impedimento de su felicidad? No es algo que me haga sentir orgullosa, precisamente.

—Nada de vergüenzas, Beatriz. Nadie tiene la culpa de una palabra empeñada por error.

—Sus razones tendrá el señor duque, quiero imaginar.

—Darle un nieto a toda prisa. Ahí se esconde todo el secreto. No dejo de pensar en qué habría sucedido si te llego a conocer antes.

—Recuerda que, para esas fechas, yo también estaba comprometida… con alguien que no es que me hiciera saltar de alegría.

Asentí mejor que hablar, pues respecto de ese episodio tan sórdido y triste, pocos comentarios podían verterse que no fueran dolorosos.

—El reloj del destino a veces corre demasiado. Tengo la sensación de que se burla de nosotros, altera los hechos, nos hace saltar a su antojo. Y te pone a la mujer de tu vida delante cuando no puedes tenerla.

31

A solas

Gustavo

Comimos entre risas, cada vez menos tensos, más a gusto en nuestra mutua compañía, más calmados. Hasta conseguí que Beatriz se mojara los labios con un sorbo de vino. Para cuando no quedó nada en los platos, la atmósfera se había suavizado y la relación entre nosotros fluía de forma más natural.

Ahora, me dije, llegaba el momento peliagudo.

Repasé la espartana habitación. Una sola cama de matrimonio, la mesa con las dos sillas y un aguamanil en la esquina. Me mordí el labio inferior sintiendo un ramalazo de preocupación.

—Creo que deberíamos descansar, el día ha sido duro.

La vi tragar saliva.

—No tienes de qué preocuparte. Acuéstate en la cama, yo dormiré en el suelo.

—No puedo permitirlo. Tú también debes de estar agotado.

—Tampoco disponemos de otra opción. Si por lo menos hubiera un tresillo…

Adelanté dos pasos, me coloqué frente a ella y la tomé por los hombros.

—Pierde cuidado, serán solo unas horas.

—Es que…

—Beatriz, no puedes pedirme que compartamos lecho y no suceda nada. Soy un caballero que te desea demasiado como para contenerse. Si te tocara…

—Si me tocaras…

Mi mano insensata buscó la pálida piel de su mejilla. El dorso de mis dedos la recorrió despacio, del pómulo a la línea de la mandíbula. Era suave, como los pétalos de las rosas. Ella cerró los ojos con un gemido que me endureció lo indecible; sus pestañas, espesas como abanicos negros, aletearon nerviosas. No obstante, pese a lo que me temía, no se apartó.

Me envalentoné.

Estábamos de pie, uno frente al otro, en un cuarto cerrado y semioscuro, iluminados por un par de candelabros. La cama, con su colcha de labor y sus sábanas crujientes parecía llamarme. Mi imaginación voló loca un segundo, nos vi allí tumbados, enredados en un abrazo infinito, desnudos como Dios nos trajo al mundo, experimentando el placer inconmensurable del piel a piel, deslizando nuestros cuerpos uno sobre el otro como piezas de una misma maquinaria que encajan a la perfección.

No lo pensé cuando permití que mi mano derecha rodeara su cintura para atraerla aún más, hasta pegarla a mi torso y embriagarme con la estela de su perfume. Tampoco lo pensé cuando con la otra envolví su nuca y giré suavemente su cuello para facilitar el beso. No entendí

de consecuencias ni castigos cuando, con los ojos entrecerrados, busqué sus labios y los cubrí con los míos.

Húmedos.

Cálidos.

Sensuales.

Irresistibles.

Como besar seda. Así fue deslizarme por la boca de Beatriz y su dulce inexperiencia. Beberme sus titubeos. Alentarla para que sus gemidos llegaran como un eco mágico al fondo de mi garganta. Notando cómo su espalda se estremecía y sus dedos, aferrados a mis brazos, temblaban deliciosos.

—Beatriz…

Pese a la voz cascada de la conciencia y los prejuicios tamborileando en mi cerebro, algo en mi interior se negaba a detenerse. No quería abrir los ojos y volver a una realidad donde no estuviéramos así de juntos, donde hubiese que guardar unas formas, ridículas cuando se ama del modo que nos amábamos nosotros.

—Ya no soy capaz de imaginarme viviendo sin ti a mi lado —le susurré.

—Gustavo, no quiero perderte.

—Yo tampoco, amor mío —aseguré sin dejar de besarla. Los labios, el cuello, la zona sensible bajo la oreja, la mandíbula y de vuelta a la boca con más hambre aún.

—Prométeme que nada ni nadie nos va a separar.

—Te lo prometo.

—Ni tu familia, ni la mía, ni sus caprichos, ni sus intereses.

—Tienes mi palabra de que tal cosa no sucederá. Defenderé lo que tenemos por encima de lo que sea.

Fue ella la que tiró con delicadeza de mí en dirección a la cama. Fui yo el que consciente de lo que podía implicar, la seguí recreado en el modo en que su carne se erizaba bajo mis caricias. Beatriz se sentó en el borde del lecho y poco a poco, sin interrumpir lo que nos entregábamos, quedó tumbada y expuesta.

Entonces desperté del maravilloso sueño, abriendo los ojos como un recién nacido que mirase el mundo cruel por vez primera.

—Beatriz, no podemos.

—Gustavo, te necesito. Necesito tus manos sobre mi piel helada, necesito esto que me estás dando.

—Igual que yo, muero por dentro. Pero entregué mi promesa a tu hermano. No te deshonraré, no haremos nada que luego haya que lamentar.

—Seguro que hay cosas… —Se humedeció la lengua lentamente, a continuación, se mordió el labio inferior. Y yo enloquecí de excitación—, cosas que tú conoces y yo ignoro, que podemos hacer para saciar esta necesidad, esta urgencia. Y que no habrá por qué lamentar.

—Beatriz —intenté disuadirla sin apartarme de donde estaba, sin dejar de acariciarla.

—Dime que las hay.

Suspiré rendido sin apenas luchar.

—Las hay.

—Muéstramelas.

Aquella orden… ¡Oh, aquella orden! Estalló en mi cabeza y lo dinamitó todo.

Mis besos se hicieron más salvajes y profundos. La cubrí con mi peso y mi mano derecha levantó sus faldas buscando los encajes de su ropa interior. Al tiempo que me internaba entre

aquellas capas de resbaladiza seda, mi boca recorrió la línea de su cuello y se ancló en el escote. Con los dientes lo bajé lo suficiente como para que uno de sus pechos quedase en parte al descubierto. Su pezón, rizado y hermoso como una pequeña flor rosada, clamaba a gritos por una atención que tardaba demasiado.

Lo mordisqueé. Lo lamí con ganas. Lo retorcí suave entre mis dientes y succioné hasta hacerla jadear. Entretanto, mis dedos ya habían llegado a sus pliegues mojados y habían separado los labios alcanzando la protuberancia escondida, el tierno nudo sensible que estimulé con movimientos circulares.

Quizá ambas cosas combinadas fueran demasiado. Beatriz se retorció bajo mi peso y sus manos crispadas sobre mis hombros abarcaron más de mi espalda en un abrazo ansioso que era toda una provocación. La explosión de placer llegó como un maremoto que lo arrasa todo sin dejar nada para después. Intensa, poderosa, penetrante y viva. La siguieron pequeñas oleadas, como residuos que no hubieran tenido tiempo de escapar.

La cadena de gemidos y suspiros me envolvió por entero e hizo de mí, pese a mi propia necesidad insatisfecha, un hombre feliz.

La besé en la frente.

La arropé entre mis brazos y, soportando como podía el dolor de la dureza en mi entrepierna, mi latido desbocado que aún tardaría en calmarse, la dormí.

32

Necesito hablarle en privado.

Gustavo

Vanagloriándome de haber salvado la peligrosa nocturnidad con consecuencias menores, bien entrado el día, tras degustar un opíparo almuerzo casero, Beatriz y yo montamos nuevamente en el calesín y emprendimos camino de regreso a Madrid. Conforme a nuestro plan, yo me enfrentaría al duque con la historia y sus implicaciones, mientras que, frente a su familia, ella simularía haber pasado aquel tiempo en clausura aquejada con migrañas.

De momento, los marqueses no tenían por qué enterarse de la fuga y montar en cólera, ya que aparentemente no se oponían a nuestra unión como ocurría con mi padre.

En contra de mi voluntad, ella no permitió que el carruaje se acercara demasiado a la calle del Barquillo. Descendió varios callejones atrás, nos regalamos un beso apresurado y una mirada que lo decía todo, y la vi caminar como una princesa rumbo a su hogar donde, con la ayuda de sus doncellas, regresaría a su alcoba sin ser vista.

Llené de aire mis pulmones, dispuesto a insuflarme el valor que flaqueaba. Enfrentarme al duque nunca había sido plato de gusto. Resultaba más sencillo abandonar el nido y convertirme en un paria al que mi señor padre rogaba volver, que tratar de encajar en la realidad de los Altolaguirre con una petición que contrariase su sacrosanta voluntad.

Me vestí de caballero, justo como él exigía para acceder a prestarte atención y solicité permiso para traspasar el umbral de su despacho. El lugar ultraprotegido, mitad gabinete mitad biblioteca, donde se maduraban las grandes decisiones de aquella casa.

—¿No responde nada, padre? ¿Ha oído lo que le he dicho?

El rostro del duque estaba lívido.

—Perfectamente —silabeó con frialdad.

—¿Y…?

—¿Y? Mi opinión respecto de esa desatinada muchacha a la que pretendes acaba de empeorar. Si antes se trataba simplemente de no afear a los marqueses del Infantado, ahora habrá que sumar la reprochable reputación de esa jovencita. Si ha sido lo suficientemente insensata como para entregársete, el problema es solo suyo. No la quiero como nuera.

Resonó por las paredes de toda la habitación. Tan contundente y arrogante que, conociéndolo, supe que no habría marcha atrás. Era el cincuenta por ciento de posibilidades en mi quebradizo plan. O surtía efecto o empeoraba las cosas. Y no parecíamos estar teniendo demasiada suerte.

Decidí subir un peldaño más.

—Está bien, padre. Seré por completo sincero con usted. No es lo que se imagina. Le confesaré, y es total y absolutamente cierto, que no la he deshonrado. Beatriz Maldonado y Lavidia sigue siendo tan virgen, casta y pura como antes de la fuga.

—Pero accedió a ello, que yo sepa no puso impedimentos en huir a tu lado.

Me desesperé.

—¡Porque confía en mí! —Apreté los puños hasta hacerme daño— ¡Confía ciegamente y me ama!

—Y tú le correspondes, no me lo repitas, eso ya lo sé. Sin embargo, el rumor no tardará en extenderse, Gustavo, no sé ni cómo. Y a ese hay que unirle el anterior, el de su desafortunado prometido que se quitó la vida.

Me enfurecía aquella pantomima ridícula en la que Beatriz seguía cargando con la responsabilidad de los actos de un cobarde. El hecho de que la gente, entre la que no me quedaba otra que contar a mi señor padre, le diera pábulo, generaba una hoguera de ardientes y destructivas llamaradas en mi vientre que ascendía hasta explotarme en el rostro.

—No fue culpa de ella, sino de ese pusilánime que, a diferencia de mí no supo enfrentar a su familia y defender lo que amaba.

El duque se puso en pie con cierta brusquedad, de malos modos. Muy propio de mi padre dar por finalizada una conversación en cuanto se sentía arrinconado.

—He dicho que no —rugió—. Y es mi última palabra.

No es que no tuviera yo una estrategia con varios dobleces por si una me fallaba, echar mano de la siguiente. Mi paso obligado, ahora que frente a don Iñigo Pérez de Moncada la presión de la fuga nocturna se había hecho pedazos con estrépito, pasaba por visitar a los marqueses del Infantado.

Más concretamente, a su hija Dorotea. Mi presunta prometida a la que no habría visto en toda mi vida más de tres veces.

Me recibieron con honores y casi con banda de música. La marquesa se deshizo en alabanzas tan inmerecidas como exageradas.

—No imagina cuánto nos place verlo por aquí, don Gustavo. Ya empezaba a pesar su ausencia. Nuestra querida hija se preguntaba…

—¿Podría hablar a solas con Dorotea?

La señora marquesa pestañeó confusa. Entrevistarse con una joven soltera sin supervisión ni vigilancia era un atrevimiento impensable por parte de ningún caballero. Pero claro, yo no era cualquier hombre, era el heredero de uno de los grandes ducados de España, el yerno deseado, el marido que toda madre ansiaba cazar para su hija.

Especialmente si la hija era tan poco agraciada como la pobre Dorotea.

Así y todo, la dama se hizo de rogar.

—Hombre, eso que me pide… Es que a solas con la niña…

A la niña no se arrimaría nadie sensato ni con un palo.

—Si mi esposo llegara a enterarse…

—No serán más que unos minutos, señora marquesa, tiene mi palabra de honor. Con todo el respeto y la educación que cabe esperar de mi persona. Me limitaré a trasladar un mensaje y me iré antes de que el marqués sepa siquiera que he venido.

Confiada en que el contenido del misterioso mensaje sería propicio a sus intereses, quién

sabe si dejando caer sugerencia de fecha para la boda que tanta angustia les provocaba, con un par o tres más de insistencias, la marquesa cedió.

—De acuerdo. Pero sea breve, don Gustavo, se lo suplico. No vayamos a terminar el día con llanto y sangre.

De sobra me constaba que sangre no habría. Si por algo se conocía al marqués en los mentideros de Madrid era por su excesivo amaneramiento, su gusto por la poesía y los poetas y su aversión a todo lo que implicase violencia. Pero llanto… Eso no podía garantizarlo.

—Ni cinco minutos, doña Adelina. Puede esperar en la puerta, si le place.

Se puso colorada como los tomates de huerta.

—Tanto como en la puerta… Ni que una fuese una chismosa cualquiera. Imagine.

No, prefería no imaginar.

Le hice mil reverencias de agradecimiento, por tener la bondad de conducirme al recargado saloncito donde tendría lugar mi entrevista con Dorotea. En privado.

Iba a romper sus ilusiones, tenía la certeza de ello y no es que no me consumiera el remordimiento.

La muchacha aguardaba sentada en un sofá, con las mejillas sonrosadas y las manitas en el regazo. Vigilando la puerta por la que yo debía aparecer, con una suerte de temor entusiasmado difícil de interpretar. Las aletas de su nariz de pico de loro se agitaron al verme. Y sus ojos saltones soltaron un centelleo.

Sentí mucha lástima, no pude evitarlo.

—Señorita Dorotea…

33

Hablemos de nosotros

Gustavo

—¡Don Gustavo! ¡Cuánto bueno por aquí! Ya pensábamos que no se animaría a visitarnos. Como pasaba el tiempo y no teníamos noticias suyas…

—He estado muy ocupado. —Apunté con torpeza a una butaca algo distante— ¿Puedo?

Con la mano acarició el cojín contiguo al suyo.

—Si prefiere este otro asiento… Por mí, sepa que no hay inconveniente.

Fingí escandalizarme.

—No sería apropiado. Ni respetuoso.

La inocente Dorotea se ruborizó hasta la raíz del cabello.

—Tiene usted razón. He sido muy atrevida.

Lo dijo con un matiz picarón en el tono que no me pasó desapercibido. Tomé aire y me dije que de los cobardes poco se había escrito.

—El caso, señorita Dorotea, es que yo venía a participarle un asunto de sumo interés.

—¿Que nos atañe? —me interrumpió, dejándome por un segundo flotando en el limbo.

—Nos atañe, sí.

—¿A los dos? —insistió emocionada.

—Sí, a los dos. Pero no del modo que me temo que está usted pensando.

Su rictus se enfrió con una capa de franca decepción.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo sabe lo que estoy pensando?

—Puedo imaginarlo, teniendo en cuenta que nuestros padres han llegado a un acuerdo acerca de… de…

Me atasqué. Se me secó la garganta y de pronto la boca era puro estropajo.

—De nuestra boda —remató ella, mucho más asentada que yo.

—Sí, señorita Dorotea. Y lamento decirle que en su momento no se me comunicó nada al respecto. El duque dio el paso sin consultarme y sin previo aviso. Y yo… entiéndame. Yo ya tenía otros compromisos previos.

—¿Otros? ¿Se refiere a… varios?

—No, no, por Dios, ¿cómo iban a ser varios? Son los nervios. Otro. Otro compromiso previo. Entienda usted que de haberlo sabido…

Dejé la frase en suspenso para estudiar su reacción. Pero Dorotea atendía sorprendentemente serena, sin perder la sonrisa ni la calma impostada que había adoptado al inicio de mi confesión.

—Lo cierto, mi estimada señorita Fernández de Castro, es que amo a otra mujer.

Ella no se inmutó.

—Y he pasado la noche con ella. Nos fugamos. Hace poco.

Nada. Ni un músculo palpitando en el párpado. Ni un gemido. Dorotea parecía un pedazo de piedra.

—Entienda que, de haber conocido de antemano las intenciones de mi padre, eso no habría ocurrido. Sin embargo…

—Agradezco sus disculpas. Podemos olvidarlo —repuso tranquilamente.

El estómago me pegó un brinco.

—¿Cómo dice? ¿Acaso no ha oído lo que acabo de confesarle?

—Creo que con bastante claridad, Gustavo.

Dorotea respondía a mis preguntas sin el menor gesto, ni una ínfima expresión de emoción o sentimiento en sus facciones. Parecía, de pies a cabeza, una figura de cera que me daba escalofríos.

—¿Entonces? ¿Ha quedado claro que mi corazón pertenece a otra persona?

—Bueno, mi estimado señor, eso son cosas que se dicen pero que, con el tiempo, mutan y se olvidan.

—¿Y que he pasado la noche con ella? ¿Eso también lo ha entendido tal cual es?

—Insisto. Todo es agua pasada sin importancia. Que lo perdono.

Estuve a punto de soltar un bufido de exasperación. Aquella mujer, que ni sentía ni padecía, era imposible y acababa de transformarse en un rival invencible, dado que nada de lo que yo alegara, por duro que pudiera resultar, parecía afectarla.

Opté por cambiar de táctica.

—En realidad, mi respetada Dorotea, usted no puede perdonarme, lo que he hecho no tiene justificación, yo no la merezco.

—Sí, no le quepa duda de que me merece. Sobre todo, cuando herede el ducado de los Altolaguirre. Se le perdonarán todas sus cuitas.

La miré, creo que viéndola tal y como era, por primera vez. Que no fuese hermosa era lo de menos. Dorotea Fernández de Castro era una mujer sin dignidad, clasista, fría y codiciosa, bien aleccionada por sus padres, dispuesta a venderse con tal de ser duquesa algún día. Me puse en pie, rígido, dominado por una desagradable repulsión.

—No estoy para nada de acuerdo, señorita. El hecho es tal cual se lo he narrado. Real. Y, quién sabe, podría tener consecuencias. Solo le pido que se lo piense.

—No hay nada que pensar, don Gustavo —repitió insistente.

Aquella sonrisa como pintada en su boca diminuta, que no variaba ni se movía, me causó pavor. Fue como tener delante a la mismísima encarnación del diablo. Me dirigí a la puerta, sombrero en mano, con la respiración entrecortada. Dorotea giró sobre sí misma en el pequeño sofá.

—Entonces, ¿se marcha ya? ¿Tan pronto? ¿No hablamos de nosotros?

—Otro día, Dorotea, otro día.

—No ha dado resultado —se dolió Beatriz con los ojos húmedos por la emoción.

—Peor que eso. Ha sido un desastroso fiasco. Ni mi padre ni esa prometida que me han buscado y con la que no me desposaría ni aunque fuera la única mujer sobre la faz de la tierra, se han ablandado. Ella debería haberme arrojado la vajilla a la cabeza por la humillación y lo único

que ha hecho ha sido cerrar las orejas y hacer como que lo que le cuento, simplemente, no existiera. En cuanto al duque…

—No es necesario que se extienda en detalles —me aconsejó Alonso Maldonado y Lavidia, presente en nuestro encuentro—. Adivino que deben de resultarle muy dolorosos.

Asentí, guardándome para mí lo que supondría para Beatriz escuchar las razones de mi padre en toda su discriminatoria crueldad.

—¿Una copita? —me ofreció solícito el futuro marqués de Bonagua.

Acogí el ofrecimiento con sumo entusiasmo. En realidad, iba a necesitar más de una para reponerme del tremendo chasco que venía a presentarles. Estiré la mano para hacerme con la copa y apuré casi la mitad de un solo trago. Alonso tomó asiento junto a su hermana y se dedicó a mirarme con conmiseración.

—Imagino que he pecado de ingenuo. Yo pensé… realmente, ¿en qué siglo creo que vivo? —resoplé frustrado—. Pensé que fugarnos sería motivo suficiente como para desbaratar ese absurdo compromiso con los del Infantado.

—A veces las cosas, simplemente se atoran —musitó Beatriz con infinita tristeza.

—No obstante, ustedes dos se quieren —volvió a intervenir Alonso.

—Por supuesto que nos queremos —me arrebaté—. Y si no fuera porque detesto la idea de condenar a su hermana a una vida de penurias y privaciones, ya hace tiempo que nos habría casado algún cura pueblerino del norte del país. Donde seamos del todo libres y no puedan encontrarnos ni hacernos daño.

Miré el modo delicioso en que Beatriz separaba los labios para hablar y alcé una mano rogando silencio antes de que pronunciara ningún sonido.

—No, querida. No digas eso que estás pensando. No te separaré de tu familia ni te arrastraré a un mundo que no te pertenece. Pasados unos años solo quedaría rencor entre nosotros. Algo que no podría perdonarme.

34

La enfermedad contra el mundo

Beatriz

—Quizá sea hora de que su futuro cuñado tome cartas en el asunto.

Tanto Gustavo como yo rodamos los ojos hasta Alonso para dirigirle una mirada inquisitiva.

—¿A qué se refiere? —quiso saber Gustavo.

Mi hermano dejó caer una sonrisa socarrona desde su comisura.

—Mi padre a menudo calificaría de sucios mis trucos. De muy sucios, para ser exactos. Pero nací con talante jugador y si apuesto, me gusta hacerlo en serio. Mis pujas siempre son temerarias. Para resolver un asunto incómodo como el que nos ocupa, se hace preciso recurrir a ciertos… ardides retorcidos.

Pestañeé aterrorizada. De mi irreflexivo hermano podía esperarme muchas cosas y ninguna buena.

—Dejadlo en mis manos, de momento. Intentaré una treta. Aunque es posible que me estrelle contra un muro igual que le ha pasado a Gustavo. Y entonces, de verdad que ya no sé qué haremos.

—¿Qué clase de treta? —boqueé con angustia.

En lugar de disipar mis dudas, mi hermano se dedicó a beber y a rellenar su copa y la del amor de mi vida.

—Eso, querida hermanita, vas a permitir que me lo guarde para mí. Especialmente por si fracaso. Pensemos en el orgullo torero, la dignidad personal y todo eso.

Iba a protestar, cuando Paquita entró por la puerta como un vendaval de invierno, sin ser nosotros conscientes de que hubiera llamado. A juzgar por lo desencajado de su cara, puede que ni siquiera lo hubiera hecho.

—¡Señorita! ¡Señorito!

—Paquita, ¿qué ocurre? ¿Estás bien?

—Es la señora, la señora marquesa. Está muy malita. Tienen que venir, subir a verla cuanto antes.

Gustavo prefirió despedirse para que pudiéramos dedicarnos por entero al dilema familiar. Me deseó lo mejor para mi señora madre, que la indisposición, pese a los aspavientos de mi doncella, no fuese de gravedad, y se ausentó con la elegancia y el saber estar que lo caracterizaba.

Reconozco que verlo salir por la puerta me provocó una punzada de dolor inmenso y un extraño vacío en el estómago. Como si no fuera a volver a verlo jamás.

En el recibidor del piso alto nos cruzamos con el marqués que venía de telefonear al médico. Nos llamó la atención su palidez y que se interpusiera entre nosotros y la puerta de la alcoba de la marquesa.

—El doctor viene de camino. De entrada, me ha indicado que evitemos todo contacto con...

Se le escapó una lágrima desde la esquina del ojo. A padre, que jamás perdía la compostura. A mí, una zarpa me retorció las tripas.

—¿Podría ser…?

—Podría.

—¿Gripe? —aulló Alonso, con una voz de falsete que no parecía pertenecerle.

El marqués asintió con lentitud. Apesadumbrado y roto.

Me abalancé a sus brazos. La espontaneidad del gesto lo tomó por sorpresa. En cuanto se repuso, sus grandes manos torpes rodearon mis hombros y noté el peso de su mentón apoyado en mi coronilla, el caer de sus lágrimas sordas.

—Algo así me resulta inconcebible…

—No adelantemos acontecimientos, padre —sugirió un trastornado Alonso—. Esperemos a ver qué dice el médico.

Tenía razón, por supuesto. Pero sirvió de flaco consuelo. Si bien era deseo de todos que el doctor examinara a la marquesa para confirmar que se trataba de un simple enfriamiento, la realidad fue otra muy distinta.

La que todos temíamos desde el fondo de nuestros corazones.

Gripe.

La enfermedad se extendía a pasos agigantados hasta convertirse en epidemia. Por todo el mundo, en el más recóndito rincón y país, la gente enfermaba y moría por cientos. La gripe no entendía de posición social, ni de fortunas o nobleza. Le traía sin cuidado que fueses conde, mendigo o marqués, o el mismísimo rey. Se colaba a hurtadillas en tu casa y te clavaba las garras en el pecho hasta desangrarte.

Madre estaba grave. A consejos del doctor, había que trasladarla a un hospital especializado o aislarla en casa de forma absoluta. Las personas que se encargasen de su higiene, alimentación y cuidados debían ser conscientes del riesgo. El contagio era tan veloz y mortífero como la propia enfermedad. Quise ofrecerme, pero padre y la señora Manuela ya se habían adueñado de la situación, repartido las tareas y adquirido en firme sus obligaciones.

Antes de entrar en el dormitorio de la marquesa, nuestro padre quiso decirnos unas palabras. Por lo que pudiera pasar. Colocó la mano sobre el ancho hombro de mi hermano Alonso y recitó con voz ronca:

—Aunque no en pocas ocasiones he juzgado a tu hermana mucho más juiciosa y digna del título que tú, la ley es la que es, Alonso. Eres mi primogénito, varón, y por lo tanto, heredero. Hazte merecedor de ello. Ya tienes una edad que resolvería la situación en caso de que a mí me pasara algo.

Tanto mi hermano como yo nos deshicimos en frases entrecortadas que se mezclaban en

un batiburrillo imposible de entender. Nada importante, si teníamos en cuenta que el marqués no nos prestaba atención.

—Cuida de tu hermana. Que sea feliz con quien ella elija. Cuida de la casa, de las fincas, del patrimonio.

—Padre, por Dios…

—Sé que eres hombre de ciudad, que las diversiones y la noche de Madrid son una tentación a la que sueles sucumbir, pero recuerda que la residencia más apropiada para el marqués de Bonagua es nuestro palacio del Escorial.

—Padre —irrumpí tajante—, se está poniendo usted en lo peor y no hay por qué. Con sus cuidados, madre sanará y pronto todo esto no será más que un mal recuerdo para todos. Usted es fuerte y está sano. Por favor, no diga esas cosas horribles.

No pude seguir, me ahogó el llanto. Un llanto descomunal, inabarcable y sin freno que llevaba mucho tiempo encajonado esperando desbordarse. Un caudal de lágrimas no solo por la situación de mi familia, por el amor inmenso que leía en los ojos de mi padre, por la posibilidad de que mi madre nos dejase solos.

También por Gustavo. Por nuestro amor lleno de espinas y obstáculos. Por echar de menos cada noche el roce de sus caricias sobre la piel como allá, en la posada de Aranjuez.

Hasta entonces, las horas más felices de mi corta vida.

35

Penurias diarias

Beatriz

A partir de ahí, todo fue una aterradora bola de nieve rodando por una pendiente. Cada vez más grande. Cada vez más peligrosa.

Madre sufría lo indecible con una tos que la asfixiaba y unas fiebres que la hacían delirar. Los casos de gripe se multiplicaron por la zona de Gran Vía, calle de Alcalá y alrededores, y los médicos no daban abasto visitando a sus ilustrísimos enfermos a domicilio. Los menos influyentes fueron trasladados a los hospitales incluso en contra de su voluntad y la de sus familias. Atenderlos uno por uno, en sus propias casas, de forma individual, era ya inviable.

Madrid se colapsó.

Yo me pasaba el día pegada a la puerta de la alcoba de doña Eugenia, las más de las veces sentada en el suelo, la espalda apoyada contra la madera, acariciándola con aire ausente como si aquel tablero tallado fuese mi madre y yo una demente huida del manicomio. Paquita se enfadaba conmigo cuando pretendía obligarme a ponerme en pie y acostarme, o me traía una silla que yo rechazaba.

—Prométame que no van a llevarse a madre, se lo ruego, prométamelo —sollozaba golpeando suavecito la puerta con los nudillos.

Desde dentro, mi padre me oía. Y cuando salía a refrescarse o cambiarse de ropa, sin atreverse a tocarme por miedo al contagio, me daba su palabra de que madre no se iría.

Hasta que él también enfermó.

Lo vimos venir.

Yo al menos, que no me separaba de aquella puerta como si el mundo fuese a acabarse si lo hacía. Su extremo agotamiento, su lento caminar, arrastrando unos pies que parecían hechos de plomo. Sus ojeras oscuras formando círculos bajo los ojos. La falta de apetito de la que se quejaban las criadas al recoger las bandejas cada día.

Alonso no.

Mi hermano prefirió curar sus penas dándole a la botella, recluido en la biblioteca, llorando en silencio su amargura y aceptando, únicamente, la compañía de Elvira, a la que cada día estaba más unido. Aquello ya no era un secreto para nadie. Como tampoco la importancia nula o relativa de un probable escándalo, teniendo en cuenta la tragedia que atravesábamos.

Yo solo rezaba para que la pobre Elvira no saliera embarazada. Alonso podía abandonarla en cualquier momento si se aburría y aunque yo no pensaba darle la espalda, lo tendría muy difícil, soltera y con un crío a cuestas.

A ratos me decía a mí misma que exageraba las cosas, que las sacaba de quicio y las deformaba porque estaba exhausta, triste, desconsolada y vencida. Que cuando los marqueses salieran por fin de aquellos aposentos, tan vivaces y sanos como siempre habían sido, los apuros y el resto de contrariedades desaparecerían como por encanto.

—Eso es lo que buscaba, señorita. Liarse con el señorito Alonso, o al menos con alguien de postín —criticó Paquita sin piedad, mientras me cepillaba el pelo aquella noche—. Ni más ni menos. Vaya con la Elvira. Ya sabía yo que no me olía a trigo limpio.

—Elvira, Paquita —la corregí con desgana—. Sin el «la» delante, que siempre te olvidas.

—Bueno, pues eso. Elvira. A secas. Que nos ha salido muy viva la niña, vaya que sí.

—Más le vale tener cuidado, díselo de mi parte. Que de mi hermano nadie puede fiarse.

—Y menos ella, señorita, que no es más que una criada recogida de la calle, sin más formación ni referencias que las que le hemos dado en esta bendita casa.

La miré con curiosidad a través del espejo.

—Para no traer referencias, como tú dices, bien que se las despachaba con las tareas. Diligente y habilidosa.

—Por lo que le digo de la astucia. ¿Y del señorito Gustavo? ¿Qué sabemos?

Le agradecí en el alma el giro de la charla. Tanto que dejara de despellejar a Elvira, que imagino que sabría cuidarse solita, como que mencionara a Gustavo. Porque en el acto el corazón se me esponjaba y todo parecía un poquito menos doloroso.

—De momento, en su palacio no tienen ningún caso de gripe, de manera que los duques le han prohibido terminantemente que nos visite.

—Serán *malajes*…

—No solo a nosotros, Paquita. A cualquier familia con enfermos. Es comprensible temer al contagio. Así y todo, él se escapa y viene a verme.

La cara de Paquita se contrajo en una sonrisa ancha como una tajada de melón.

—Si es que lo tiene usted loquito, señorita. ¿Le ha comentado algo más acerca del compromiso con la Fernández de Castro?

—Gustavo se sigue negando y todo está muy parado por culpa de la epidemia. No son tiempos para bailes, anuncios, mucho menos para bodas. El señorito Alonso tenía algo en mente para ayudar, pero no ha vuelto a mencionarlo, no sé qué sería.

—Pues hablando del rey de Roma, su hermano la espera abajo en el saloncito de música para acribillarla al parchís.

La fulminé con los ojos.

—Es lo que ha dicho el señorito, palabra por palabra. A mí no me mire de esa manera.

Contemplé de malas ganas mi reflejo en la luna. Apenas podía reconocerme.

—No me apetece.

—Ande y baje, señorita. Que aquí encerrada poco puede hacer por sus padres y le vendrá bien distraerse.

—¿Aunque sea con mi hermano y un parchís?

—Mejor con él que con nadie. Vamos, digo yo.

Tuvo que insistir un poquito más, pero finalmente se salió con la suya. Me alejé del tocador y luego de mi alcoba. Con paso vacilante bajé la escalera. La puerta de la sala de música estaba abierta y la chimenea encendida. La placidez que se respiraba dentro de la casa era tanta, que nadie pensaría que se libraba la cruenta batalla de una lucha a vida o muerte solo unas puertas más allá.

Alonso estaba sentado frente a la mesa de juego, con la mirada perdida en el vacío, el

tablero delante y una copa de brandy en la mano, suspendida en el aire. Cuando entré, él pareció regresar desde su particular periplo.

—Ah, por fin te dignas a hacerme un poco de compañía, hermana.

—Te mentiría si te dijera que soy buena compañía para nadie en estos días.

—Entendible —admitió con un suspiro—. No seré yo el que te lo discuta. ¿Una partida?

—¿Les molestaría que me sumara?

La voz de Gustavo a mis espaldas fue como un regalo deseado en cumpleaños.

Contuve mi necesidad de lanzarme a sus brazos y cubrirle de besos la cara. Contuve mis ganas. Mi urgencia. Me contenté con respetar las reglas sociales y alargarle mis dos manos con una sonrisa de cumplido. Las tomó entre las suyas para depositar un largo beso sobre mis nudillos. Repasándome con una mirada intensa que me hizo estremecer perdida en el recuerdo de la noche que pasamos juntos en Aranjuez.

—Me he pasado para interesarme por el estado de sus padres —agregó con el sombrero aún en las manos.

—Todo sigue igual. Sin cambios —aclaré perdiéndome en la luz de sus ojos.

—Lo que, en circunstancias como esta, no supone una mala noticia —me respondió clavándome las pupilas con idéntica intensidad.

—Bienvenido, Pérez de Moncada. —Alonso le señaló la silla libre con un ademán perezoso—. Puede sentarse, la partida va a dar comienzo. ¿Qué color escoge?

—El azul. Como los ojos de Beatriz.

—No empecemos con mojigaterías, se lo ruego —rio mi hermano agitando la campanilla de aviso al servicio.

Un lacayo apareció casi en el acto.

—Dígale a Elvira que venga.

—¿Quiere el señor que traiga algo?

—No, nada, solo que venga.

Leí confusión y contrariedad en la cara del lacayo que, por supuesto, se abstuvo de hacer ningún comentario. Los rumores que corrían por la casa en torno a la doncella y al señorito, en mitad de toda aquella desgracia nuestra, debían de bastar por sí solos.

—Alonso… —susurré con claro tono de advertencia.

36

Cuatro para jugar

Beatriz

—¿Qué?

—Déjala en paz.

—¿Por qué te pones tan nerviosa? Solo necesitamos otro contrincante más para ser cuatro.

—¿Y vas a llamarla precisamente a ella? Alonso, no juegues —insistí.

—¿Qué mal hay? No es más que una doncella.

—Por eso mismo, es una doncella y más pronto que tarde le harás daño.

—Vaya mal concepto tienes de mí, hermanita.

—¿Serías capaz de convencerme de lo contrario?

Alonso y yo nos habíamos dedicado a tirotearnos puyas en presencia de Gustavo, casi sin recordar que no formaba parte de la familia… todavía. Tal era la confianza que nos inspiraba. De no ser por su discreto carraspeo para que frenásemos, habríamos seguido desempolvando reproches y trapos sucios desde la más profunda intimidad.

El caso es que, por lo visto, mi hermano pensaba continuar, incluso teniéndolo como testigo. Exhaló un hondo suspiro a modo de preámbulo.

—Si te dijera… —arrancó cohibido. Apenas recordaba al Alonso de siempre—. Si os dijera que la mayor parte del tiempo solo tengo ganas de morirme y que tenerla cerca actúa de bálsamo. Sé que suena muy infantil tratándose de mí, pero Elvira es especial, mi ángel particular, ese que el cielo ha enviado solo para salvar mi alma. Y por una vez no bromeo.

—Señoritos.

Acababa de rematar su sentido discurso, dejándonos atónitos a Gustavo y a mí por la carga de sentimiento que destilaba, cuando la delicada silueta de Elvira se recortó en la puerta. Mirando al suelo, inquieta y con las manos anudadas en el regazo.

—¿Han llamado?

Alonso le hizo una seña desenfadada. Como si el hombre perdidamente enamorado que nos había abierto su corazón segundos antes se hubiera evaporado en el aire al chasquear los dedos.

—Ven, acompáñanos a jugar al parchís.

A Elvira se le descompuso la cara.

—Señorito, yo no…

—Nos falta un jugador, venga, Elvira, no te hagas de rogar. Estamos en confianza.

Apoyé la oferta de Alonso con un cabeceo amable y, con muchos reparos, la joven se

decidió por fin. Un poco temblorosa, ocupó la cuarta silla alrededor de la mesa, mirándonos a todos, en especial a Gustavo, con ojos desorbitados.

—Todo esto es muy… —Se detuvo en mí—. Señorita.

—Siéntate, Elvira. Has sido formalmente invitada —la cortó mi hermano.

—Es embarazoso —repitió ella con un balbuceo.

Posé la mano en su antebrazo, dándole un apretoncito cariñoso.

—Son tiempos inauditos. Relájate y no le des vueltas.

—Usted es Elvira, ¿verdad que sí? —preguntó Gustavo.

Oír su voz y, probablemente el tratamiento respetuoso y formal con el que el hijo de un duque se dirigía a ella, la hizo estremecer de forma visible. Asintió sin casi alzar la cabeza gacha.

—Es curioso. Su rostro me resulta… Me resulta familiar.

—No puedo imaginar la razón, señorito.

—Ni yo un lugar donde vosotros dos hayáis podido coincidir. —Alonso soltó una risotada divertida—. Por cierto, olvidémonos de los nombres. Mientras dure la partida seremos solo Rojo, Azul, Verde y Amarillo. ¿Conformes?

Veinte minutos más tarde, los cuatro reíamos haciéndonos todas las trampas posibles bajo los efluvios del brandy, y una momentánea amnesia que nos permitía zafar tanto la diferencia de clases como la triste realidad de aquella casa. Habíamos formado dos equipos enfrentados, Gustavo conmigo contra Alonso y Elvira. Y acabábamos de propinarles la mayor paliza de su existencia.

Mi hermano se sirvió la enésima copa de la tarde, si bien solo se mostraba ligeramente achispado. Su tolerancia al alcohol y sus efectos eran algo nunca visto.

—Desde que tengo memoria, no es que lleve demasiado bien lo de que lo venzan en ningún juego o competición —cuchicheé a oídos de Gustavo.

La cercanía del gesto y el olor de su piel, que me envolvió de inmediato, me abrumó y me hizo desear estar en otra parte. Entre sus brazos cálidos y en la intimidad, donde nadie pudiera reprocharnos que no teníamos derecho a amarnos, que estábamos destinados a compartir la vida con otras personas.

Mi hermano Alonso pareció leerme el pensamiento.

—Si os apetece ir a alguna parte a fumar, no seré yo quien me oponga después de haberos fugado. Tenéis el permiso del actual señor de la casa, don Alonso Maldonado y Lavidia.

Elvira hizo amago de levantarse para desaparecer. Mi hermano lo impidió sujetándola por la muñeca.

—No, por favor, quédate un rato más.

Entonces comprendí que su insinuación podía deberse más al deseo de compartir un rato a solas con la mujer que lo tenía soliviantado, que a hacerme a mí un favor.

—Sí —concedí de buena gana—, vayamos a fumar.

Gustavo me repasó con desconcierto.

—Si tú no fumas…

—Pero me encanta disfrutar del aire fresco y unas buenas vistas. ¿Me acompañas?

Mi respeto personal por Elvira pasaba por creerla capaz de defenderse solita, si el crápula de mi hermano intentaba sobrepasarse. Algo que tampoco concebía estando en casa, todos juntos, rodeados por un enjambre de criados atentos que podían aparecer en cualquier momento. Me colgué del brazo de Gustavo y lo empujé con diplomacia hacia las escaleras.

—Subamos. Hasta arriba del todo.

Lo conduje a la azotea. Tras la ristra interminable de agotadores escalones llegamos justo

a tiempo de contemplar el atardecer y zambullirnos en su paleta de colores.

—Qué bello —murmuró Gustavo sobrecogido—. Cualquiera diría, mirando ese cielo, que nuestra ciudad está en paz. Que no hay una guerra asolando Europa, ni una epidemia llevándose a las almas por miles.

—Suelo subir aquí cuando mi familia, mi casa o mi insípida vida me asfixian. Imagina lo tonto que suena ahora, cuando la idea de perder a mis padres me tiene destrozada y supondría el peor castigo. Desde aquí he visto dos cosas.

Apunté con un dedo estirado hacia la Casa de las siete chimeneas, cuyo recuerdo aún me bloqueaba de pavor.

—Luz en las plantas altas de la casa, y alguna vez en la zona baja, como el titilar de unas velas. Terminaré dándole la razón a doña Inés, nuestra vecina.

—¿Por qué?

—Porque asegura que el fantasma de doña Elena sigue cautivo en ese palacio, clamando por la justicia que se le negó en vida.

—Dicen que la asesinaron para tapar las miserias del rey. Sus infidelidades más flagrantes. Si es que es inmoral, ¿cuántas mujeres han pagado en la sombra por los crímenes de hombres importantes?

Apoyamos a la par los codos en la balaustrada y permitimos que la suave brisa nos acariciase el rostro.

—No creas que han cambiado mucho las cosas. A las mujeres nos queda tanto camino por recorrer para ser consideradas ciudadanos de primera categoría, que tiemblo solo con imaginarlo.

37

Deseo concedido

Beatriz

Gustavo concentró su mirada en las chimeneas que sobresalían por los tejados del antiguo palacio, planteándose Dios sabe qué cosas. O dando gracias por haber nacido varón.

—Mírame a mí, esquivando las órdenes de mi padre. Un mandato al que no sé si llamar capricho, que me convertiría en un desgraciado de por vida. ¿Y la segunda cosa?

—Ahí —señalé a la izquierda—, en la azotea del número ocho, algunas noches encienden velas. Y se oyen susurros, risas, suspiros, entrechocar de cristal en brindis y besos. Estoy segura de que el sobrino de los Otamendi se ha enamorado.

Me miró largamente.

—¿Como tú?

—Como yo.

Su brazo serpenteó por la línea de mis hombros y me transmitió su calor antes de estrecharme con ligereza.

—Pide un deseo —me preguntó sin esperarlo.

Sonreí encantada de que alejase de aquella forma la melancolía que otra vez empezaba a rodearme.

—¿Puedo ser un poco egoísta?

—Puedes ser lo que tú quieras.

—Que padre y madre salgan con bien de esta. Que todo vuelva a ser como era, que la sensación de inseguridad y vacío que no me deja dormir por las noches se extinga como una capa fina de rocío. ¿Y tú?

Me dedicó un mohín travieso.

—¿Puedo ser un poco egoísta?

—Desde luego que sí, está usted en su derecho, caballero —bromeé.

—Quiero que te cueste separarte de mí. Que si no estamos juntos te falte el aire. Porque eso es lo que yo siento cuando no estoy contigo.

Giramos como si fuésemos uno solo, un solo cuerpo con una única voluntad. Y quedamos enfrentados a un paso de fundirnos el uno en el otro, de un modo humanamente imposible. Pulgada a pulgada fuimos devorando la distancia que nos separaba y que siempre parecía ser demasiada.

—Deseo concedido —susurré casi pegada a su boca.

Nos rendimos.

Cedimos a la tentación.

Porque nos besamos. Lenta y apasionadamente. Nos regalamos la caricia de nuestras vidas. Nuestras lenguas primero se buscaron; al encontrarse, danzaron entrelazadas. Más tarde el fuego se disparó sin posibilidad de control.

A mi memoria volvían en ráfagas tórridas los recuerdos de nuestra noche de intimidad. El modo en que la piel se me había erizado, ardiendo bajo su tacto. El cúmulo de sensaciones casi insoportables entre los muslos, la forma en que me tocaba y hasta la última fibra de mi ser caldeado respondía. Y mientras me besaba, las rememoré todas. Volví a sentirlas como si aquello estuviera sucediendo de nuevo. Paso por paso. Roce a roce. Rodeé su cuello con mis brazos sedientos de él, mis manos se anclaron en su nuca y nuestros cuerpos, que no ansiaban otra cosa más que unirse, se pegaron el uno al otro con desesperación.

Estoy segura de que fue uno de los besos más placenteros que han podido regalarse dos amantes. Infinito como el cielo. Gritando *deseo* a los cuatro vientos, un concentrado de todo lo que hubiéramos deseado hacernos, sin poder. Porque estábamos en mi casa. Con mi familia en las plantas inferiores y mis pobres padres luchando por su vida en una especie de hospital de campaña improvisado.

Nos costó separarnos.

Interrumpir aquella demencial caricia sin principio ni final, por la que nos habríamos lanzado, sin dudar, al precipicio. Un beso prolongado, dulce y salvaje al tiempo, que nos había catapultado fuera de este mundo hasta rozar las nubes con la punta de los dedos. Regresar a esa cruda realidad que nos esperaba con las zarpas afiladas y que habíamos abandonado momentáneamente.

Nos perdimos el uno en las pupilas del otro.

—Haría cualquier cosa por ti, lo sabes —me dijo—. Por verte feliz, que sonrieras muy a menudo. Y por estar a tu lado cada vez que eso ocurra.

Tras muchos suspiros y anhelos no satisfechos, abandonamos el apoyo de la balaustrada, la compañía del cielo quemado del atardecer en Madrid.

Al pie de la escalera nos cruzamos con el médico y sus dos ayudantes. Cansados, llenos de pesadumbre.

—¿Cómo los encuentra, doctor Ferrer? —quise saber ansiosa.

El hombre introdujo sus largos dedos por debajo de la montura de sus gafas para masajearse la nariz.

—Estables. Lo que es una muy buena noticia. Desde hace un par de días apenas si empeoran. Si la fiebre empieza a remitir podemos empezar a ser optimistas.

—¿Podemos entrar a verlos?

—Ni se les ocurra. Aguarden unos cuantos días más, hasta estar un poco seguros. —Nos miró de pies a cabeza, tanto a Gustavo como a mí—. Ustedes deberían cubrirse la boca y las fosas nasales con algún tipo de mascarilla o pañoleta. Solo por precaución —sonrió agotado—, se les ve sanos.

Los despedí en la puerta principal, afligida, pero con Gustavo a mi costado, tal que si fuésemos marido y mujer, anfitriones de aquella casa atendiendo a sus invitados. Nos permitíamos un último y breve paréntesis de sueños que no tardarían en hacerse pedazos. Porque así estaban las cosas: la salud de mis padres pendiente de un hilo, la posibilidad de quedarnos

huérfanos revoloteando como cuervos hambrientos sobre nuestras cabezas. Una epidemia mundial y el fin de una guerra en ciernes, que, si bien lo tenían todo detenido, en cuanto se aflojara el lazo, Gustavo tendría que enfrentarse a un compromiso indeseado con una mujer que no era yo.

Y yo, Beatriz Maldonado y Lavidia, con la cruel y devastadora posibilidad de perderlo para siempre.

No podía pensar en ello sin sentirme mareada. Sin que me explotara el corazón. Sin verlo todo rojo.

—¿Te quedas a cenar? —le pregunté después de cerrar la puerta. Sin soportar la idea de que se marchara y no saber cuándo volveríamos a vernos—. No tengo idea de dónde se ha metido mi hermano.

—Se le veía muy interesado en… Elvira —me recordó con picardía.

Puse los ojos en blanco.

—Mi hermano es especialista en sacar líos de un pozo. Y echárselos a la espalda. Espero que esa muchacha no resulte dañada. Emocionalmente, me refiero.

—¿Puedo arriesgarme diciéndote algo?

Asentí muerta de curiosidad.

—Soy hombre. Y salvo excepciones, soy capaz de leer en los ojos de mis hermanos. La mirada de Alonso a esa chica…

—No irás a decirme que va en serio.

—No podría afirmar tanto, pero sus sentimientos son honestos. Es todo cuanto sé.

—¿Y por cuánto tiempo? Alonso es así. Por cierto, ¿qué sería lo que tenía en mente respecto a tu prometida?

Se le retiró el color de la cara.

—No es mi prometida.

—Ya me entiendes. Dorotea.

—Lo sabremos cuando él decida contárnoslo. De momento solo me ha hecho una extraña petición.

Enarqué las cejas.

—Que lo avise cuando pueda coincidir con ella en algún evento público.

38

Con todo el mundo mirando

Antes de abandonar la mansión Bonagua aquella noche, vestido de punta en blanco y con un brillo misterioso en los ojos, Alonso pidió disculpas a su hermana por asistir a una fiesta pese a la situación familiar. Beatriz no terminaba de entender su extraño comportamiento, cuando el heredero del marquesado encerró su mano entre las suyas y susurró un «volveré con buenas noticias», sin responder ni a una sola de sus angustiosas preguntas.

El carruaje con los blasones del título Bonagua grabados en sus portezuelas cruzó parte del Madrid antiguo con Alonso dentro, fumando un purito cubano. No es que la preocupación porque sus padres se salvaran se hubiese extinguido, pero era un alma inquieta, en el interín necesitaba sentirse útil de algún modo. Ayudar a aquel amor sincero entre Gustavo y la pequeña Beatriz, que parecía nacido para enfrentarse a todo tipo de obstáculos, se había convertido en su misión secreta.

Pese a la losa que imponía la devastadora epidemia, por encima de la precariedad de salarios, comida y bienes de primera necesidad que sufría España, neutral en la Gran Guerra y, sin embargo, afectada, las grandes casas seguían celebrando sus frívolas fiestas. Bailes para los que los invitados se engalanaban, donde se fingía que todo iba bien, que cada minuto que pasaba no se perdían miles de vidas, que nada realmente malo sucedía.

Y en la lista de asistentes de aquel en concreto, un nombre destacaba con especial brillo a ojos de Alonso: el de Dorotea Fernández de Castro.

Su objetivo.

La localizó en el gran salón, justo después de cumplimentar a los anfitriones, vestida con tanta pompa, lazos y volantes que dañaba a la vista. Medio acurrucada a la sombra de una anciana de gesto agrio que no le dirigía la palabra.

Con una copa en la mano y su mejor sonrisa de seductor, Alonso merodeó alrededor de Dorotea, lanzándole miradas insinuantes, apuntando con un gesto de mentón y un suave arqueo de cejas a las enormes vidrieras que comunicaban con las terrazas. Hasta hubo una ocasión en que se inclinó en una ligera reverencia a modo de saludo. Luego, con andar flemático y acompasado, salió a tomar el aire y permaneció apoyado en la balaustrada hasta que presintió que también Dorotea acababa de hacerlo.

A varios metros de discreta y decorosa distancia.

Dedicándole miraditas de soslayo que lo animaron a acercarse. Muy lentamente para no espantarla, Alonso quedó a un par de zancadas y sacó un pitillo. Levantó la pitillera de oro y le ofreció.

—¿Le apetece uno, señorita?

—Oh, no, no —se apresuró a responder ella—. No fumo. Nunca he fumado.

—Siempre hay una primera vez para todo —insistió—. Especialmente para las cosas que producen un inusitado placer.

Ella se ruborizó hasta la raíz del cabello. Pero no se movió del sitio.

—Alonso Maldonado y Lavidia. —Le tendió una mano.

—Dorotea Fernández de Castro. —Hizo otro tanto.

Alonso hizo amago de besarle los nudillos y aprovechó el movimiento para colocarse aún más cerca, con la mejor de sus sonrisas.

—He oído hablar mucho de usted.

—Espero que bien.

—No tan bien como merece la realidad. Es usted mucho más fascinante y arrebatadora de lo que comentan. Los caballeros que no se le arrojan a los pies deben de estar ciegos.

Ella echó atrás la cabeza y soltó una tímida carcajada.

—Por amor de Cristo, señor. Seguro que son exageraciones.

Alonso la traspasó con una mirada intensa ensayada mil veces.

—En absoluto. A veces… —Rodó los ojos, hizo una mueca divertida y miró al cielo como si le resultara imposible seguir con la frase—. No, mejor no se lo digo, que ya debe haberlo oído mil veces y quedaré como un palurdo.

Los ojos de ella pestañearon con frenesí.

—Continúe, don Alonso, no me deje en ascuas.

—A veces los hombres somos sumamente estúpidos. Vemos a una mujer hermosa —apuntó hacia ella con todo el cuerpo—, nos deslumbra, pero no nos atrevemos a dar el paso. Algo nos hace sentirnos inferiores. Como ve, somos unos cobardes.

—¿A usted le ha pasado eso, don Alonso?

La traspasó con su mirada incendiaria.

—Me acaba de pasar.

Dorotea jadeó embelesada. En todos sus años y pese a los muchos millones de su familia, ningún caballero tan irreverente y atractivo la había mirado con aquella entrega. La hacía sentir especial, divina, única. ¡Qué sensación incomparable!

Y entonces, cuando Alonso, que era, de los dos, el que no perdía detalle de lo que sucedía alrededor, comprobó que la terraza se llenaba de gente ilustre, saltó al vacío al abalanzarse sobre la muchacha, tomándola del talle, besándola con salvaje ardor.

Con todo el mundo mirando.

Los ojos de Dorotea se abrieron como platos, encarcelada en el abrazo de Alonso, con las manos en alto como si la estuvieran apuntando con una pistola. Pero el asombro le duró medio segundo. Enseguida respondió al abrazo y también al beso, aferrándose con desespero a la espalda del hijo del marqués y devorándolo con una inusitada alegría que dejó perplejos a todos los testigos.

Cuando Alonso quiso distanciarse, ella no se lo permitió. Pegó un tirón y lo mantuvo firme en el mismo sitio. Al joven no le quedó más remedio que prolongar la caricia, sintiendo cómo la nariz de loro de Dorotea se le clavaba en la mejilla.

—¡Lo siento! —exclamó arrepentido de repente. Saltó hacia atrás y la sujetó por los hombros, no fuera a acometerlo de nuevo— ¡Le pido mil perdones, señorita! ¡La tentación me ha vencido! ¡La atracción que usted ejerce sobre mí ha sido más fuerte que mi voluntad, mis modales y el respeto que le profeso! Le ruego que me dispense…

Ella parecía recién despertada de un sueño. Ni siquiera se había percatado del escándalo con el que todos los miraban y los cuchicheos que empezaban a extenderse por grupos como una

mancha de aceite.

—Don Alonso, yo… ¡Siento lo mismo!

Él colocó una mano extendida entre los dos, a modo de muralla insalvable, y simuló estar consternado.

—No puede ser, esto no ha podido ocurrir. Sé que está usted prácticamente prometida, sé que no debí atreverme a mirarla. Todo eso lo sé, pero ¿cómo evitarlo?

Parecía imposible no darse cuenta de la teatralidad con la que Alonso se conducía. Lo desmedido de sus aspavientos, cómo ahuecaba la voz. Y sin embargo, Dorotea estaba embebida, por completo dentro de la romántica escena, sucumbida a sus encantos, sin poder pensar en otra cosa que no fuera por qué daba la impresión de no estar entendiéndola.

—¿Ha oído lo que le he dicho? —indagó con angustia— ¡Alonso!

Alonso se mordió un puño, mortificado. Ella se llevó dramática la mano al pecho.

—Que yo siento…

No la dejó rematar.

El caballero cruzó a la carrera la terraza ante la mirada atónita de los invitados que habían presenciado el lujurioso encuentro, y en un santiamén se había perdido por entre las cristaleras.

39

Una dama comprometida

Beatriz

La mano se me quedó floja. Tanto que estuvo a punto de caérseme la cucharilla al suelo. Y a continuación, la taza. Cuando mi hermano finalizó su relato, con el ánimo bromista y despreocupado de quien cuenta algo gracioso, se me formó un nudo horrible en la garganta que no conseguía tragar.

Desvié la mirada hacia Gustavo, que había pasado a preguntar por nuestros padres y nos acompañaba tomando un café. Se había puesto intensamente pálido, con los labios separados y la boca entreabierta como si estuviese a punto de soltar una exclamación de horror que no llegó a proferir.

—Que ha hecho, ¿qué?

—Comprometerla, Gustavo, comprometerla. Darle a su familia de usted una buena razón para anular ese compromiso absurdo que tanto lo atormenta. Y que, al fin y al cabo —agregó como si hubiera olvidado algo importante—, ni siquiera era oficial.

—Ya, pero la pobre Dorotea…

—La pobre Dorotea se me tiró encima como si pretendiera comerme. Sin reparos y a la vista de todo el mundo.

Se me humedecieron los ojos, de pura angustia.

—Porque tú la provocaste, Alonso, que ya nos conocemos. No haces nada inocente, por más que quieras aparentar que sí. Se mire como se mire, eres el único responsable del escándalo.

—No es que no le agradezcamos la intención, no me malinterprete —intervino Gustavo con azoro—, sé que su voluntad no era otra sino ayudarnos. El caso es que esa cándida muchacha…

Alonso meneó un dedo estirado, de un lado a otro, delante mismo de nuestras narices.

—No, no, no, no se confunda. A ver si abre de una vez los ojos, nada de cándida. Admito que mis métodos son un tanto… peculiares. Hasta podría confesar que extremos, en ocasiones. Solo porque soy un hombre sin miedo al qué dirán. No obstante, bien podría haberme comportado de idéntico modo y que la señorita en cuestión me hubiera condecorado con dos soberanos guantazos.

Asentí pensativa.

—Habría sido lo esperable, ¿no están de acuerdo?

—Visto así…Tienes tu parte de razón, ¿no te parece, Gustavo?

—No lo discuto. Yo tampoco habría esperado un proceder tan descocado por parte de Dorotea Fernández de Castro. ¡Por favor! ¡Si de ordinario se conduce como una beata de toca y

rosario!

—¡Por eso mismo, futuro cuñado! ¡Por eso mismo! —aulló triunfante Alonso—. Esas son las peores. Viven reprimidas y cuando se les abre la espita… —Hizo un gesto con las manos en el aire, como el estallar de unos fuegos artificiales.

Sentí que las mejillas se me convertían en dos llamas.

—Por amor del cielo, Alonso, que estoy presente, evita, si puedes, tu jerga de taberna…

Conteniendo una carcajada, Gustavo se puso en pie y anunció su despedida.

—Aprovecharé la estela del desafortunado incidente para parlamentar con el duque, mientras el chisme crepita, no sea que se enfríe.

—Hará bien, cuñado, hará muy bien —aplaudió mi hermano.

—¡No lo llames cuñado! —lo reprendí.

Alonso me miró sorprendido.

—¿Cómo que no? ¿Quieres entonces decirme para qué andamos montando todo este monumental lío?

Gustavo

Habida cuenta que aquella iba a ser la conversación definitiva, no me contenté con convocar al duque. También le pedí a mi señora madre que estuviera presente, petición que, movida por la curiosidad, acogió gustosa.

—Supongo que ya habrá llegado a sus oídos lo que todo el mundo comenta —arranqué bastante incómodo.

Por más que pudiera beneficiarme, la situación en la que Alonso había terminado colocando a Dorotea, a mis ojos «la pobre Dorotea», porque no era más que una víctima de las artimañas de un donjuán muy experimentado, eso me constaba, me resultaba dolorosa. Sin poder desprenderme de la pegajosa sensación de ser culpable.

No directamente. Desde cierto enfoque.

La duquesa emitió un gemido de espanto y se cubrió la boca con su pañuelito de hilo blanco. El duque resopló contrariado, pero se mantuvo terco, en silencio.

—Padre, le han ofrecido en bandeja la manera más elegante y sutil que pueda imaginar de deshacer ese desagradable entuerto en el que, sin mala intención, me ha enredado. Si no desea abordar un tema tan poco agradable —añadí empujado por su mutismo—, lo comprendo. No obstante, al menos, deme su palabra de que lo hará. Anular el acuerdo.

En lugar de tranquilizarme con una promesa, el duque se sirvió una copita de jerez y volvió a sentarse, parsimonioso. Me incliné hacia adelante, hasta apoyar los codos en las rodillas. Muy desesperado.

—No haré tal cosa —gruñó—. He empeñado mi palabra de honor y tú cumplirás.

Apreté los labios con intensa rabia.

—Cumplirás.

Lo fulminé con la mirada, tragándome todas las cosas horribles que deseaba escupir.

—¿Por qué no dices nada? —me apremió.

—Porque a mi juicio, nada de esto cambia las cosas.

—¿Cómo que no? —intervino la duquesa—. Lo cambia todo.

—O no cambia nada, Teresa. Podemos hacer como que no ha sucedido.

—La ha visto medio Madrid, Iñigo, ¿cómo que no ha sucedido? Detestaría ver a mi hijo desposar a una muchacha ligera de cascos que no sabe mantener la compostura y a la que todo el mundo señala.

Vi necesaria mi intervención. Había llegado el momento que tanto había temido, dada la ofuscación del duque.

—Es cierto que Dorotea ha cometido un error significándose de esa forma, lo que viene a demostrar que ella tampoco es que esté dispuesta a sacrificios y concesiones por mi afecto. No me ama, padre. Está deseosa de recibir atención y amor, y lo merece, está en su derecho. Pero insisto en que lo que ha pasado no cambia nada, porque jamás pensé, ni por un instante, en casarme con ella.

—Gustavo, hijo…

—Esperaba no tener que llegar a enfrentamientos familiares, padre, pero veo que se niega usted a ver la realidad. No me casaré con Dorotea. Bajo ningún concepto. Estoy enamorado…

—Ya lo sé, lo sé, de otra mujer. Esa pasión irrefrenable del principio, tan propia de la juventud… Gustavo, no te engañes, pasados unos años todos los matrimonios son iguales. Y si no, pregúntale a tu madre aquí presente.

—Se equivoca. No con Beatriz a mi lado, se lo aseguro.

—Fantaseas, la idealizas, es natural, no creas que no te entiendo.

—No, padre, desde luego que no me entiende. Ni la fuerza de lo que siento por ella, ni la firmeza de mi resolución. No recorreré la senda de la vida de otra mano que no sea la de Beatriz. —Callé sus protestas con un gesto—. Y si se ve incapaz de aceptarlo…

—¿Qué, Gustavo? ¿Con qué tratas de chantajearme ahora?

—Lo siento, tendrá que buscar otra persona para que herede su ducado.

40

Enemistad de generaciones

Beatriz

Todavía me hormigueaba el cuerpo con el recuerdo de la presencia de mi amor en nuestra casa, perdida en el aroma de su perfume aún flotando en el saloncito, cuando alguien volvió a llamar a la puerta provocando que uno de los lacayos viniera a interrumpir mi lectura, muy alterado.

—Señorita Beatriz. El marqués del Infantado y su hija están en el recibidor. Preguntan por el señorito Alonso.

Respingué del susto, superada por la imagen de una catástrofe de dimensiones apocalípticas.

—Si me permite la indiscreción, a su señoría se le nota muy disgustado —añadió el lacayo en un murmullo acelerado.

—¿Dónde está mi hermano?

—No sabría decirle, señorita, creo que ha salido.

—Vigilen todas las entradas y no permitan que nadie lo vea hasta que yo me libre de la visita. Si hace falta esconderlo debajo de una cama, lo esconden.

—Como usted mande, señorita. ¿Los hago pasar?

Asentí poniéndome en pie para recibir a dos nobles que, contrariamente a las normas básicas de protocolo, no habían anunciado su visita presentándose a la buena de Dios. Me pellizqué las mejillas, por ver si se me notaba menos el mal rato y forcé una sonrisa de cartón.

El hombre entró en la sala como un huracán embravecido, seguido de cerca por su atribulada hija, que trataba en vano de frenarlo. La muchacha, mucho menos espantosa de lo que el crápula de Alonso nos había hecho creer, parecía pasarlo realmente mal.

—Buenas tardes, qué inesperada sorpresa —saludé—. ¿Desean…?

—¿Dónde está? —me cortó con brusquedad el marqués. Echaba chispas por los pequeños ojos.

—¿… sentarse? —rematé— ¿Puedo saber a quién busca?

—¿A quién habría de ser? ¡A ese desgraciado, irrespetuoso, malnacido e indigno Alonso Maldonado de Lavidia!

—¡Padre, por Dios! —sollozó Dorotea derrumbándose sobre la butaca— ¡Conténgase, se lo ruego!

Permanecí en pie. Con las manos fuertemente entrelazadas, perforando a aquel energúmeno con una dura mirada. Todos los reproches que mi hermano merecía de mi parte continuaban intactos, pero viendo aquello, entendía que la única víctima, como casi siempre, era

la pobre hija.

—¿Quiere que le ordene una tila, marqués? —ofrecí sin ninguna amabilidad—. Lo veo muy nervioso. Tanto como para perder las formas y venir a insultar al heredero del marquesado de Bonagua a su propia casa.

—Jamás pensé que tendría que pisar las baldosas de este suelo. Nuestras familias llevan enemistadas generaciones y así debe continuar —rugió cambiando de asiento, como si el que acababa de elegir no le satisficiera—. El censurable comportamiento de su hermano no ha venido sino a empeorar las cosas, señorita. ¿Hay, por amor de Dios, algún varón en esta casa con el que me pueda entrevistar de hombre a hombre?

Lo bañé en desdén, con una mirada que lo repasó de pies a cabeza y que debió de sentarle fatal.

—Tendrá que conformarse con esta señorita que, le aseguro, sabe discutir de cualquier tema tan bien o tan mal como un hombre.

—No era mi intención ofenderla…

—En cualquier caso, dé gracias al cielo de que mi padre no se encuentra en casa —lo amenacé sin perder un ápice de rigidez.

—¿Y su hermano? —insistió algo desinflado.

—Pues me temo que tampoco. —Sonreí maquiavélica—. Así que, si quiere usted ahorrarse el esfuerzo de explicarse delante de una mujer, puede dejar las reclamaciones para mejor ocasión. Así le será posible anunciarse con carácter previo, cosa que hoy no ha hecho.

A aquellas alturas, Dorotea gimoteaba desconsolada, aplastada por el bochorno, y el marqués del Infantado empezaba a ser una sombra del ciclón desenfrenado que nos había barrido minutos antes.

Me compadecí de su desgracia.

—Lo de la tila iba en serio. ¿Le apetece? Voy a ordenar que sirvan una a la señorita, creo que la necesita.

—Se lo agradezco mucho —hipó ella, manoseando histérica su pañuelo.

El marqués asintió con la cabeza. Se iba apagando.

Le concedí unos minutos para que se calmara, avisé al lacayo y encargué infusión para todos. Una vez se hubo ausentado el criado, mi visitante volvió a la carga.

—Disculpe mi imperdonable falta de modales, señorita Maldonado. Estoy muy, pero que muy contrariado. Su hermano ha deshonrado a mi hija delante de todo el mundo, en una fiesta.

—¡Cielos! –exclamé fingiendo estupor— ¿Que la deshonró? ¿Acaso…?

—No, no llegó tan lejos.

—¡Fue solo un beso! —se entrometió Dorotea—. El mejor beso que me han dado en la vida. Y no es que yo no estuviera de acuerdo…

Su padre la fulminó con dos pupilas como dos teas ardientes. Sentí lástima por la pobre muchacha, de mi hermano no cabía esperar gran cosa. Llegó el servicio de tilas y aguardamos un ratito en silencio mientras sirvieron.

—Bueno, marqués, un beso entre jóvenes, hoy día, tampoco es algo por lo que escandalizarse —traté de mediar, una vez solos.

—Habla usted como si tuviera la edad de su madre. Por supuesto que es para escandalizarse, en público, en mitad de una terraza, como una cualquiera. Sepa usted que estábamos a punto de anunciar el compromiso de mi hija con alguien muy importante. Y ahora… ¡Ahora…!

—Padre, yo prefiero a Alonso.

—Alonso cumplirá con sus obligaciones —sentenció el marqués—. Vaya si cumplirá.

—Me temo, señor, que eso tendrá que hablarlo personalmente con él, o con mi padre.

Tuve la sensación de que la perspectiva de encontrarse cara a cara con el marqués de Bonagua le producía espanto.

—Don Alonso es adulto, perfectamente responsable de sus actos, no hay necesidad de implicar a su señor padre en este asunto tan desagradable.

—Como prefiera. ¿No va a tomarse la tila?

De repente, el marqués del Infantado parecía un perrillo buscándose la cola. Ni rastro del bárbaro desahogado que había entrado por la puerta hacía un rato, dispuesto a pasarnos por las armas a la familia al completo.

—No, gracias. Se lo agradezco igualmente. Vamos, Dorotea.

La muchacha se apresuró a ponerse en pie, trastabillando.

—¿Serán tan amables de enviar recado cuando don Alonso esté disponible?

Se me quedó en la punta de la lengua, algo así como un «puede esperar usted sentado, caballero». Pero me limité a sonreír como la buena anfitriona que estaba jugando a ser.

—Cómo no, marqués. Enviaremos nota avisando. Buenas tardes.

41

Asalto camino de la Mallorquina

Beatriz

—Pero ¿te das cuenta del aprieto en el que estás metido? ¡Por hacerme a mí un favor! ¡Alonso! Ese hombre es capaz de perseguirte por todo Madrid hasta que cumplas con lo que considera que es tu deber, casándote con su hija.

—Menuda estupidez, ni que me hubiera encamado con ella. ¿Cómo se pone tan atacado por un simple beso?

—¿En serio me preguntas eso tan obvio?

—Pues sí. No creas que a la chica no le gustó el arrebato, que vaya si le…

No podía seguir escuchando majaderías. A veces, muchas veces, Alonso, pese a ser mayor que yo, parecía un crío de pecho. Cuanto más lo pensaba, menos descabellado me parecía que tuviera al lado una mujer madura de mente como Elvira, en lugar de una muchachuela infantil de cerebro plano.

—Se ataca porque tenía concertado el matrimonio del siglo y tú se lo has desbaratado, querido hermano.

No lo vi mostrar el menor signo de inquietud. Cero remordimientos. Más bien le hacía gracia todo aquello, estaba sentado en la butaca de papá, en la biblioteca, de lado y con las piernas colgando sobre el brazo del sillón. Fumándose un puro que olía a rayos.

—Alonso, por Dios, algo habrá que hacer.

—Escabullirme mientras sea posible —sonrió burlón—. ¿No estás contenta? Tu duque y tú tenéis vía libre para estar juntos. Y dentro de muy poco, cuando al gran Altolaguirre se le pase el berrinche, hasta casaros. No entiendo cómo un hombre de las hechuras de Gustavo puede querer casarse. Si podría tener a cualquier mujer que…

—¡*Alonsooo*!

—Ya me callo. Pero no me negarás que tiene porte. Y está mal que yo lo diga, pero es muy bien parecido.

—Por supuesto que no te lo niego. Por eso y por muchas otras cosas, me tiene enamorada.

—El amor, el amor…, que cantan los poetas. ¿Me acompañas a la Mallorquina a comprar unos dulces para madre? Necesito tenerla contenta y de mi parte, para cuando todo este asunto de Dorotea salte por los aires.

—Entonces también habrá que traerle bollos a padre. Ay, Alonso de mis entretelas, mira que llegas a ser liante.

Salimos de casa, rumbo a la Puerta del Sol, que quedaba cerquita. Colgada del brazo de un hermano rumboso, convencido de que había hecho lo mejor y lo más conveniente, y que la visita del iracundo marqués la tarde anterior, no traería más consecuencias cuando se serenase.

—Fíjate cómo llegó de rabioso y lo poco que tardó en venirse abajo. No he hecho nada irremediable, no he preñado a su hija, más quisiera ella, no puede obligarme a que me case… ¡Recáspita!

Al girar una esquina, nos dimos de bruces con una Dorotea de ojos entrecerrados y ladinos, que parecía estar allí anidada desde el siglo pasado, esperando a que cruzáramos.

—¡Por fin! —palmeó— ¡Aquí lo quería yo ver!

Me quedé muda. Hasta Alonso necesitó sus buenos minutos para reaccionar.

—¡Dorotea! —saludó con la boca seca— ¿Cómo usted por aquí?

—Pensé que le convenía más hablar conmigo que enfrentarse a mi padre. Ni se figura, está colérico.

—Vaya, qué detalle por su parte…

—¿Cuándo nos prometemos? —lo asaltó.

Quise que me tragaran los adoquines del suelo. Sonaba como una auténtica desquiciada.

—¿Prometernos? ¿Quién? ¿Usted y yo?

—Pues claro, Alonso, ¿de quién podría estar hablando si no?

—Pero es que eso… eso, querida Dorotea, no va a ser posible.

—¿Cómo que no? ¿A cuento de qué?

—A cuento de que yo… yo… Yo ya estoy prometido.

No fue solo Dorotea la que estuvo a punto de sufrir un colapso al oírlo. Yo por poco me caigo redonda al suelo. Él se quedó tan fresco.

—¿Usted? ¿Prometido? —se desmoronó la pobre— ¿Y estando prometido va y me besa en una fiesta donde todo el mundo pudo vernos?

—¡No! Cuando la besé, aún estaba soltero. Mi compromiso llegó después. Más tarde. A continuación.

Dorotea ladeó el cuello mirándolo con suspicacia, calculando los días.

—Usted me besó —volvió a acusarlo.

—Y usted a mí también.

—Su beso llegó primero.

—Cierto, la besé. Pero no es menos cierto que usted me rechazó. No el beso, el beso me lo correspondió. Me refiero a mí, a mi persona.

—Yo no…

—Sí, sí, admita que me rechazó. Puede que no con el cuerpo, pero sí con el espíritu. Lo percibí sin lugar a duda. Usted es una dama respetable que se sentía comprometida con otro y obró en consecuencia. Me rindo a sus pies, Dorotea, su actitud es admirable.

—Pero Alonso, lo que yo siento… —trató ella de meter baza sin conseguirlo. Mi hermano ya había cogido carrerilla y cuando eso sucedía era temible.

—Sin embargo, entiéndame usted a mí, algo tenía que hacer con mi alma destrozada. El corazón se me rompió con tal denuedo, que para curarlo me vi empujado a prometerme de inmediato con otra dama.

—¿Có… cómo… cuándo? —balbuceó la inocente.

—Como consuelo, claro está, sin amarla, solo como consuelo. Pero ya está hecho. Y no puedo volver a prometerme, porque ya estoy prometido.

—¿Puedo saber de quién se trata?

—De Elvira.

—Elvira, ¿qué más?

Alonso desvió su mirada angustiada hacia mi persona, allí, petrificada como una gárgola, y alguna ridícula asociación de ideas debió de llevar a su mente los apellidos de Gustavo.

—Pérez de Moncada. Elvira Pérez de Moncada.

Las cejas de Dorotea bailotearon con estupefacción.

—¿Pariente de los duques?

—Debe de serlo. —Se encogió de hombros.

—¿Cómo que debe? O se es, o no se es.

El cabezahueca de mi hermano se lo pensó mejor.

—Pariente, sí, pariente. Parientísima. El caso, mi querida Dorotea, es que no soy un hombre libre, aunque quisiera. Y mirándola a usted, mire que querría. Transmítaselo así a su señor padre. Con todos mis pesares.

—Pero… ¡Alonso!

—Y ahora, si nos disculpa —me agarró del brazo y juntos, la esquivamos para seguir calle adelante—, tenemos unos recados que llevar a cabo y unos pasteles que comprar. Ya sabe, estas cosas se celebran.

Allí se quedó la desgraciada. Varada en mitad de la calle Alcalá, con dos palmos de narices y la boca abierta como un pez moribundo. Me habría reído a carcajadas de no ser por la vergüenza terrible que aquel ardid me causó. Reconocía la intención, festejaba el resultado. En cuanto al método…

Dios librase a la que cargara con mi hermano como marido.

42

Una pensión muy decente

Beatriz

Madre continuaba enferma. Por el contrario, padre se había recuperado lo suficiente como para debatir en familia los pros y los contras de la cuestión «del Infantado», más una prometida inventada que no existía. El marqués decidió, con buen tino, que Alonso tomara un tren, mandarlo a San Sebastián de vacaciones como mínimo una quincena. Por si la súbita confesión ante la desmadejada Dorotea tenía consecuencias indeseadas.

—Procura no meterte en líos mientras estás en el norte —lo avisó cuando mi hermano acudió a su alcoba a despedirse—. Allí descansan la mayor parte de nuestros amigos y conocidos. Trata de pasar inadvertido, si es que tal cosa es posible. Vas a quitar a tu madre del mundo de los vivos si no lo ha conseguido la gripe.

Me ofrecí a acompañarlo a la estación y, después de sellar con un fraternal abrazo y mis mejores deseos lo que le agradecía el que se hubiese metido en semejante atolladero para dejarme vía libre con Gustavo, cuando el tren se puso en marcha y me sequé la lagrimita tonta que se me escurrió cara abajo, decidí regresar caminando.

Despedí al chofer y disfruté del buen tiempo del día atravesando a pie la ciudad. No era algo que hiciéramos a menudo ninguno de nosotros. Y menos, desde que se extendió la epidemia.

La caminata me fue llevando, sin yo quererlo, hacia la pensión de la señora Eusebia, donde Gustavo se hospedaba desde la última y, al parecer definitiva, trifulca con el duque. De mutuo acuerdo habíamos decidido dejar correr unas semanas, ahora que el compromiso con Dorotea estaba hecho añicos, y que todo se enfriara antes de dar el siguiente paso.

Ilusionada con verlo, no contaba yo con el muro impenetrable de la dueña de la pensión. Atravesada en la puerta, negándose a dejarme entrar.

—Ya le dije en su momento que esta es una casa decente. Aquí no entran muchachas.

—Solo quiero charlar un rato —supliqué por enésima vez—. Haga el favor de llamarlo, no le pido más.

—No estoy yo para andar llamando a nadie. Cada cual tiene sus labores y yo ando atareada. Váyase, moza, ya se verán otro día, en el parque, en una cafetería, comiendo churros…

—¡Beatriz!

Ver a Gustavo bajando la escalera, impecable y con un mechón de pelo oscuro cayéndole sobre la frente, fue como ver aparecer al Salvador subido en una nube.

—Vengo de la estación. Quería despedir a Alonso, pero llegué tarde y el tren ya había

partido. A ti no te encontré por ninguna parte.

—Ah, pero ¿son familia ustedes dos?

—Es mi novia, señora Eusebia. No pasa nada, nos casamos ya mismo.

—Ya mismo, ¿cuándo es?

—Cuestión de tiempo, poco, se lo aseguro. En cuanto encuentre un trabajo digno, que me permita tener a mi mujer como una reina. Déjela pasar, ande, que sé de sobras comportarme.

La mujer nos miró de hito en hito con las manos apoyadas en las caderas y el gesto torcido.

—No sé yo…

—¿Es que ha perdido la confianza en su huésped favorito? Diga que no, que me voy a poner muy triste.

¡Menudo embaucador zalamero! Engolando la voz, acorralando a la casta señora Eusebia con sus malas artes dignas de mi querido Alonso. Contuve la risa el tiempo imprescindible para que ella se bajase del burro y me permitiera la entrada. Gustavo me agarró de la mano, y como dos críos traviesos, subimos a la carrera y entre risas, la escalera que conducía a su cuarto.

—¿Se marchó con bien el heredero? —Me ofreció una silla, que acepté, y sacó una botella de vino dulce y un par de copas.

—El heredero le da a la familia más quebraderos de cabeza que alegrías. Pero sí, ha tomado el tren y va camino de San Sebastián, sin novedad.

—Hay que reconocerle los méritos en esta última refriega. Lo hizo por nosotros y, casi no me atrevo a decirlo, creo que ha funcionado.

—Esa Dorotea… Dios me perdone, pero no parece estar muy cuerda, la muchacha.

—Esa jovencita infeliz vive atormentada con las presiones de su padre, que a toda costa quiere verla casada.

—Le va a resultar difícil…

Soltamos a la par una alegre carcajada. Gustavo alzó el vaso y propuso un brindis.

—Por nosotros. Que sí nos casaremos. Dime que más pronto que tarde, o me muero.

Le guiñé pícara un ojo.

—Algo me dice que estamos en el buen camino, señor Pérez.

Apuramos el vino y servimos otro más. Y luego otro. Hasta vaciar la botella. Y envuelta en el delicioso sopor del caldo, nuestros ojos se miraron con un brillo especialmente alentador.

—Merecerán la pena todas las batallas que toquen luchar —me dijo en un susurro—, tú mereces la pena.

Bajé la cabeza, ruborizada. No era lo que me estuviese diciendo, los halagos tan sentidos. Era el modo en que los pronunciaba, como pequeñas perlas de miel que se escapaban de entre sus labios deseables.

—Y pensar que estuve a punto de arrollarte con el condenado carruaje.

—El destino tiene a veces maneras muy caprichosas de unir a dos personas, ¿no te parece? —Lo repasé de arriba abajo, seductora.

Él me correspondió con una mirada de igual calibre.

—Lo que es la vida… —Alzó el brazo y su mano cálida se posó en mi mejilla, la recorrió suave, como el aleteo de una brisa de primavera. Todo mi cuerpo se estremeció a su contacto—. Menuda suerte tuvimos.

Respondí a su caricia tocándole la base desnuda del cuello. Allí donde los botones desabrochados de su camisa dejaban un sugerente hueco y el vello de su pecho se insinuaba.

—Eres un hábil jinete que supo controlar bien al caballo. De otra manera…

Nos pareció una tontería seguir perdiendo el tiempo cuando nos deseábamos de aquel modo. Cuando nuestras pieles bramaban su necesidad de fundirse y estábamos más que dispuestos a derribar lo que fuera con tal de estar juntos. Las bocas, los labios, las lenguas desarrollaron su propio lenguaje de bienvenida al encontrarse en un choque tan brutal como placentero.

Se volvió profundo. Se volvió salvaje.

Se hizo incontrolable, se nos fue de las manos. Lo que sentíamos, las ganas tanto tiempo contenidas escaparon de nuestro control. No podía pensar en nada que hacer para frenarlo, mucho menos detenerlo. Cuando quisimos darnos cuenta los dos estábamos completamente desnudos, piel con piel, cuerpo a cuerpo, sobre el colchón de su cama.

Haciendo justo lo que doña Eusebia temía que hiciéramos.

Comernos vivos.

Como si el mundo fuera a explotar en pedazos en un rato y aquella fuera nuestra única oportunidad de amarnos.

43

La visita

Beatriz

Habían pasado unas dos semanas desde nuestro encuentro. Puro fuego en las venas y el corazón.

Y lo habíamos repetido.

Más de una docena de veces. Cada vez con más ansia. Más ardor. Cada vez más convencidos de estar hechos el uno para la otra.

Nuestro crimen era querer casarnos. Pertenecernos a ojos de Dios y del mundo. ¿Tan malo era? El duque continuaba cerrado, regodeándose en sus vergüenzas, soportando el rosario de retahílas de su señora esposa, según las cuales, se estaban convirtiendo en la comidilla de lo más granado de Madrid por haber plantado a la hija de los marqueses del Infantado.

Gustavo y yo lo poníamos en duda. Con una guerra mundial a pique de clausurarse por fin y una epidemia asolando la ciudad, hasta los perversos mentideros tendrían cosas más importantes que despedazar, pero ¿quién convencía al duque de Altolaguirre de lo contrario?

Tenía que idear un modo de que mi propio padre diera un paso adelante.

Y me inventé lo peor que a una señorita de buena familia podría pasársele por la cabeza, tras el embuste de la fuga. Cacé a mi padre en su despacho, a punto de tomarse una copita de brandy, que diría que se le atragantó.

—¿Que estás embarazada? Beatriz, hija mía, por amor de Dios, ¿embarazada?

—Sí, padre, estas cosas pasan —me excusé con fingida inocencia.

—¡No me vayas a decir cómo pasan! ¡No se te ocurra decírmelo! Entre tú y tu hermano vais a quitarme del mundo, ¡ay, señor!

—¿Cuánto hace que Gustavo y yo avisamos de que nos queríamos? ¿Cuánto? Mucho, padre, bastante paciencia hemos tenido.

El marqués me miró como si me hubiera vuelto loca de remate.

—¿Y encima alardeáis?

—Alardeamos no, padre. Alardeo. Gustavo todavía no sabe nada de nada.

—En estas cosas, ¡se tiene toda la paciencia que corresponda, Beatriz! —rugió entre dientes, para no gritar, por miramiento al servicio— ¡Se espera lo que haga falta! Porque para algo te hemos educado como una señorita decente. Si tu madre se entera… si tu pobre madre se entera… No se te ocurra.

—Hasta que lo hayamos solucionado —dejé caer con intención.

—¿A qué te estas refiriendo exactamente? —Me miró con pánico.

—A que tienes que hablar con el duque, padre. Esto ya pasa de castaño oscuro. Gustavo se ha empeñado en contar con su bendición, dice que bastantes disgustos le ha dado ya…

El marqués suspiró hondo, recordando los que él mismo recibía de sus propios vástagos. Me mordí el labio inferior.

—A lo mejor necesita un empujoncito…

Lo dispusimos todo para la visita. Con el formalismo y la parafernalia que merecía. Y mientras me arreglaba y peinaba, Elvira pidió permiso para entrar en mi alcoba. Me giré en el asiento del tocador, sorprendida, para ver qué tenía que decir con tanta urgencia.

—Señorita, si me permite… Yo… querría acompañarla.

—¿A la mansión de los duques?

Asintió estrujándose nerviosa las manos.

—¿A ti qué se te ha perdido donde los…? —atacó Paquita sin tomar ni aire.

Le hice una señal para que se callara.

—Siempre has estado en contra de esa familia, no te parecían buena gente, hasta quisiste disuadirme de mi amor por Gustavo.

—Todo eso es verdad, señorita —reconoció con azoro.

—Y ahora que pretendemos ponerlo en un aprieto para que conceda el permiso para casarnos, ¿quieres venir con nosotros?

—Sí, señorita.

Arqueé las cejas, confusa. Miré a Paquita. Ella tampoco entendía nada.

—Tendrá que acompañarla una doncella, y digo yo, si no podría ser una servidora.

Sonreí en prueba de agradecimiento. Por su evidente esfuerzo.

—No necesito carabina, Elvira, voy con el señor marqués.

—Creo… que podría serle de ayuda, señorita.

Aquello me dejó sin palabras. Muerta de intriga.

—¿De ayuda?

—Usted decide. Iré o no iré, lo que usted me diga. Pero le aconsejo que me lo permita.

—Su excelencia, su señoría el marqués de Bonagua solicita verle.

Otro noble que no iba a poder tomarse su copita de media tarde en paz y tranquilidad. Mi renqueante padre y yo, seguidos de la fiel Elvira, nos metimos por las bravas en su mansión.

—De acuerdo, que pasen.

Sonó bastante desconcertado. No era propio de un marqués aparecer de aquella manera, sin anunciarse ni traer heraldos con trompetas. Y menos, llegar acompañado de su hija, con cara de vendedor de enciclopedias.

Pérez de Moncada nos miró de hito en hito, más extrañado que molesto. En cuanto reaccionó nos ofreció asiento y a mi padre, algo de beber. Aceptamos lo primero, educadamente, el marqués rehusó lo segundo.

—¿A qué debo el honor de esta visita?

—Don Iñigo, lo que vengo a decirle es algo que ya le consta. Los muchachos…

El duque marcó un gesto seco y mi padre enmudeció.

—¿Cuándo menciona a «los muchachos» se refiere a nuestros hijos?

—Sí, claro.

—Pues haga el favor de no referirse al futuro duque de Altolaguirre como «el muchacho». Suena bastante despectivo.

—Trataba de ser afectuoso. —Arturo Maldonado de Lavidia carraspeó.

—Don Gustavo no necesita afecto de nadie, marqués, ya tiene a su familia. Por cierto, ¿cómo sigue su señora de usted? ¿Mejor? A usted le veo muy buena cara.

Como aristócrata curtido en relaciones de la corte, mi padre supo bailar al son que le tocaba el duque, amoldándose con naturalidad al inesperado giro de la conversación.

—Ahí vamos, duque. Espero que mi Eugenia saque fuerzas de flaqueza y venza a esa maldita enfermedad que quiere llevársela.

—Yo también rezo porque eso suceda. Me congratula comprobar que usted se ha recuperado del todo.

—No crea, no crea, duque. Sigo con mis achaques. Uno ya tiene una edad y la virulencia de esa gripe me dejará secuelas de por vida. Es por eso… —alzó unos ojos casi implorantes—, que previendo que algún infortunio pueda llevarme de este mundo antes de lo previsto, quisiera ver felices y casados a nuestros hijos.

El duque resopló manifiestamente contrariado. Se puso en pie y dio un par de vueltas por la amplia estancia. Elvira, nada más llegar, se había colocado en una esquina de la sala, cobijada entre las sombras, allí donde resultaba por completo invisible. Apostaba a que nuestro anfitrión ni siquiera había reparado en su presencia.

—Marqués. Como comprenderá, yo no tengo nada en contra de su hija, doña Beatriz —se dirigió a mí un instante—, una joven hermosa, inteligente, educada con esmero y que parece amar a mi hijo con sinceridad. El problema, y esto es una explicación tan manida como que el sol sale cada día por el mismo y aburrido punto, señor mío, es que empeñé mi palabra de matrimonio con otra familia. Que para colofón, son acérrimos enemigos de la suya.

—Ni el marqués del Infantado ni yo, en particular, ni nuestras esposas o hijos, hemos tenido encontronazo de ningún tipo.

—Ya sabe, son rencillas antiguas, que huelen a viejo y deciden salir a relucir cuando menos conviene.

44

Una vieja historia

Beatriz

Se me encogió el estómago. No era plato de gusto ver a mi padre, el ilustre marqués de Bonagua, suplicando. Rogando por mi felicidad. Sabía que su exquisita educación no le permitiría exponer mi presunto estado de buena esperanza, como también evitaría, en lo posible, mencionar la salida de tono de Dorotea Fernández de Castro en el baile.

No en vano, en aquel punto, un Maldonado de Lavidia intervenía y se ensuciaba.

—Pues no deberíamos permitir que algo así nos componga la vida —manifestó dolido—. La felicidad es un bien escaso, duque, y un matrimonio conveniente para ambas estripes que no esté amañado, sino que se une por amor, podría calificarse casi de milagro.

—Y no es que lo contradiga. Sin embargo, espero que entienda que, para nosotros, los Altolaguirre, el honor y una reputación intachable son importantes. ¿Qué digo importantes? Vitales.

Llenó una copa en la mesita de licores, tras pensárselo llenó otra, y vino a sentarse, posando la segunda en la mesa auxiliar más cercana a mi padre.

—Los chicos van a casarse, duque, queramos nosotros o no, ya son adultos y por fortuna no estamos en el siglo XIX.

—En eso se equivoca. Entiendo que a usted le resulte muy sencillo enfocar así las cosas, siendo padre de una mujer. Me pregunto si sus planteamientos irían por el mismo camino de estarse aquí debatiendo el destino matrimonial de su hijo y futura cabeza del marquesado. Gustavo será duque más pronto que tarde y bajo ningún concepto permitiré que… —En ese momento de furor, pareció distinguir por vez primera la silueta de Elvira—. ¿Es preciso que discutamos todas estas intimidades en presencia de una criada?

—Puede quedar tranquilo, duque —lo serenó mi padre con aire distraído—. El servicio de mi casa destaca por su extrema discreción. Imagine que ni está, siquiera.

—Ya, bueno, pero… En fin, como le decía. Marcar al heredero del ducado con un desaire semejante, un insulto que va contra la respetabilidad y la decencia…

Para mi total desconcierto, Elvira dio tres pasos adelante y salió de las sombras. Su voz sonó contundente y aterciopelada, no parecía la misma. Tampoco ella aparentaba ser la persona que nos servía y a la que yo había convertido en confidente.

—Algunos nobles se convierten en paladines de la decencia —sentenció con gravedad— y defienden el honor a capa y espada, mientras ocultan en el sótano sus más vergonzosos secretos, ¿verdad, padre?

¿Padre?

A todos estuvo a punto de darnos un vahído. Aquella chica había perdido por completo la sesera. ¿Cómo se le ocurría hablar sin haber sido interpelada? ¿Cómo osaba dirigirse al duque? Por qué condenada y demente razón se atrevía a llamarlo… ¿padre?

El duque de Altolaguirre fijó en ella unos ojos despiertos e interesados, muy diferentes en color y forma a los de su hijo Gustavo, pero inquietantemente similares a los de mi doncella.

—Supongo que no me reconoce. ¿Cómo habría de hacerlo, si por interés olvidó mi nacimiento hace ya más de veinticinco años?

—¿Quién diablos es esta muchacha? ¿Cómo se atreve? ¡Salga de esta sala ahora mismo! —rugió poniéndose en pie— ¡Y de mi casa!

—Me marcharé —aceptó ella envalentonada—. Pero no antes de haber dicho todo lo que he venido a decir. Esperé demasiado tiempo.

—Elvira, por favor… —balbuceé, presintiendo lo rematadamente mal que podía terminar todo aquello.

—Señorita Beatriz, permítame.

A mi padre le dio un ataque corto de tos.

—Creo que llegados a este punto, mi hija y yo deberíamos ausentarnos para que traten entre ustedes temas tan íntimos…

—¡No hay ningún asunto que tratar! ¡Y menos íntimo! ¡Por Dios, marqués! ¿Es que no lo ve? Se trata de una vulgar criada que está inventando…

—No se ausente, don Arturo, se lo ruego. Para mí es importante contar con testigos fiables de esta conversación —musitó Elvira con un hilo de voz.

Avanzó un poco más, colocándose en el centro de la habitación. Vencido de momento, el duque se derrumbó en su sillón y tomó la copa evidenciando la indiferencia que aquello le provocaba. O simulándola. Sin mirarla, hizo un gesto indolente con el que le permitía continuar.

—Sé lo que estarán pensando —arrancó mi doncella—. Y no, no soy ninguna bastarda. Soy la primogénita del duque, una hija legítima nacida dentro de un matrimonio legal, aunque no aceptado por la familia Pérez de Moncada. Un matrimonio por amor, padre, ¿recuerda lo que significa eso? Con la hija del señor de Calatayud. ¿La recuerda, excelencia? Su primera esposa. La que murió. ¿Y a su hijita? Cuando surgió la oportunidad de heredar el ducado, y un señorío no es nada comparado con un ducado, la mácula de un matrimonio anterior con una noble de más bajo rango entorpecía. Y con descendencia, además. De modo que se desentendió de su hija mayor, apenas un bebé, dejándola a cargo de unos molineros, a los que pagaba, convenciendo al resto de la familia de que la niña había muerto del mismo mal que su madre.

El rostro del duque no parecía hecho de piel, sino de papel de carta. Blanco y tembloroso. Sus ojos desencajados y húmedos. La convulsión en las manos lo obligó a desprenderse de la copa por miedo a derramarla.

—Para su desgracia, estoy viva, padre, estoy aquí. Vine con la intención de vengarme y reclamar lo que me pertenece. Y compruebo que después de tantos años sigue siendo usted víctima de los prejuicios y las reglas, que va a tirar la felicidad de su único hijo por el desagüe con tal de tapar un pequeño escándalo del que nadie se acordará el mes próximo. Olvidando el suyo propio, ese que con tanto afán guarda en los armarios.

El duque no lograba articular respuesta alguna, aunque no dejaba de intentarlo. Con una sonrisa dulce y mucho más serena, Elvira empezó a mirarme.

—La primera vez que me crucé con Gustavo, lo odié. Con todo mi ser, ya que él disfrutaba de todo lo que a mí se me había negado. Tuve que emplear toda mi generosidad y la

escasa bondad que aún pueda albergar mi corazón, para perdonarlo y entender que, a fin de cuentas, no tenía culpa de nada.

—Elvira —balbuceó tembloroso el duque.

Ella no le hizo ningún caso. Se giró a mirarme a mí.

—Lo siento, señorita Beatriz. La utilicé porque mi mente clamaba venganza. Pero es usted una persona maravillosa, mi hermano será inmensamente feliz a su lado. Ahora solo hace falta que mi padre recuerde que él una vez también amó con toda el alma y lo comprenda.

—¿En serio hemos tenido sirviendo como criada a la hija de un duque? —musitó mi padre desfallecido—. Creo que voy a desmayarme.

—Elvira, hija, yo…

—Sí, siento ser el vivo retrato de madre.

—No digas eso. No lo digas ni en broma. Lo que tu madre significó para mí...

—Usted lo enterró en cuanto le convino. Es hora de que lo desempolve.

El aristócrata hundió la cabeza en el pecho. Vi agitarse sus anchos hombros, sacudidos por el llanto.

—Era muy joven, vulnerable, devastado por la muerte de tu madre. Me aconsejaron mal, me dejé influir… Da lo mismo, no importan las excusas que pueda poner tras tantos años. No tengo perdón de Dios.

—Puede que no de Dios, pero puede ganarse el de su hija. Decida usted, padre. O les da permiso para casarse y su bendición, o le cuento a todo el mundo quién soy y lo que esta familia esconde.

El duque de Altolaguirre levantó despacio la cabeza y fijó su atención en aquella joven desconocida, apenas tres o cuatro años mayor que Gustavo. A continuación, se levantó y a pasitos cortos, fue hasta ella.

—¿Y si transijo aceptarías pasar el resto de tu vida en las sombras, como sirvienta?

—No me importaría si con eso garantizo la felicidad de Gustavo y Beatriz. Tampoco es que vaya a echar de menos lujos y oropeles, nunca he tenido gran cosa.

—Duque, ¡no puede consentirlo! —irrumpió apasionado mi padre— ¡Es un disparate!

—No, desde luego que no puedo consentirlo. Ya me equivoqué una vez. —La fuerza y la ira habían desaparecido por completo de la voz de Altolaguirre. Con temor a que ella lo rechazara, trató de tomar las manos de su hija. Sin embargo, para sorpresa de todos, Elvira no se apartó—. Has venido a recordarme que el honor que con tanto brío exijo a otros, yo lo perdí en mi juventud. Por favor, tengan la bondad de dejarme a solas con mi hija. Tenemos mucho de lo que hablar.

45

Un enlace entre flores

Gustavo

—Yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Fue el pistoletazo de salida para que mis manos ansiosas salieran disparadas hacia la cintura de Beatriz. La rodearan para atraerla hacia mí y buscase sus dulces labios con sed de náufrago.

—Con recato, hijo mío, con recato —me advirtió el oficiante—. Que hay mucha gente mirando.

—Mejor aún, señor obispo. Que sean testigos de hasta dónde amo a mi esposa. Tenga por seguro que, si el cielo ha tenido a bien bendecirnos con un amor tan grande, que lo demostremos, debe de ser del agrado del Señor.

Tras el beso, giramos sobre nuestros emocionados talones, a enfrentar al grueso de lo mejorcito de Madrid, que se había dado cita en la iglesia de San Jerónimo para asistir a nuestro enlace. Hasta los marqueses del Infantado vinieron, no fueran a desatarse las habladurías y algún desahogado comentara que guardaban resentimiento al duque por haber rehusado a Dorotea como nuera. Emperifollados hasta el exceso y, eso sí, sentados en las últimas filas, calladitos como en misa, nunca mejor dicho.

No es que la gente no hubiera chismorreado, que lo hicieron. Por algún resquicio se había colado el rumor de que la señorita Fernández de Castro se convertiría en futura duquesa de Altolaguirre, y ver vestida de novia a otra dama debió de sorprender a propios y extraños. Pero como las sentencias de un duque no se discuten, por si acaso y por aquello de las influencias, y si se discuten se hace en privado donde ningún deslenguado que te oiga pueda acusarte, el asuntillo del intercambio de novias pasó como de puntillas por la alta sociedad de Madrid, mucho más concentrada en celebrar el fin de la Gran Guerra que en elucubrar con quién me casaba yo.

Que nos veían felices, que los ojos nos brillaban y no podíamos dejar de sonreír como dos bobos, se nos notaba a la legua. Y eso, en un enlace de alto postín, no era algo a lo que los mirones estuviesen demasiado acostumbrados.

Recorrimos la estrecha alfombra roja del pasillo sagrado, ribeteada de guirnaldas de hermosas flores de invierno, tomados del brazo, locos por escabullirnos del gentío, las congratulaciones y los abrazos. Desesperados por quedarnos solos en nuestro nido, el que fuera y donde fuese, con tal de darnos amor a paletadas, que es lo que nos palpitaba dentro.

No era posible. Había que agradecer, sonreír y, con paciencia, aguardar.

La duquesa, enganchada del brazo de la marquesa, su orgullosa consuegra, se dedicó a preguntarle por las flores que adornaban la ceremonia, traídas de su finca del Escorial, y de cómo podría hacerse con unos esquejes para sus palacios, algo faltos de colorido y vida. El duque y el marqués planeaban viajes juntos una vez se aplacara Europa, y la polvareda de los escombros se hubiese asentado.

—América, duque, tenemos que ir cuanto antes. Es la cuna del nuevo futuro.

—Le advierto, querido consuegro, que es una tierra tomada por los burgueses.

—Así podremos estudiarlos y estar preparados para lo que se avecina. Algo me dice que después de esta guerra que ha conmovido al mundo, los cimientos de la aristocracia se tambalean. Nuestros hijos enfrentarán realidades muy distintas a la nuestra.

—Sabía de su sensatez, Arturo, llevo años escuchando alabanzas a su nombre en las tertulias de los clubes. Pero jamás imaginé que fuera tan sagaz y adelantado a su tiempo. Haremos eso que dice. ¡Rumbo a América!

En ese momento del banquete, Alonso Maldonado de Lavidia se puso en pie desde la mesa presidencial y con un ampuloso movimiento de brazos, solicitó silencio. Todos callamos, convencidos de que iniciaría la ronda de brindis con algún comentario jocoso acerca de nuestra accidentada relación y de los muchos escalones que nos habíamos visto obligados a remontar hasta alcanzar aquel día.

Pero no. Alonso, siempre en su línea, siempre sorprendente.

—No voy a decirles eso tan típico de que hoy no pierdo una hermana, sino que gano un hermano, porque ya saben que es verdad. Además, deben de estar hartos de oírlo. Hoy les diré que veo a mi hermana más feliz que nunca y me enorgullece haber tenido algo que ver en la culminación de este pequeño milagro. —Nos miró alternativamente, a uno y otro, con sumo cariño—. No les daré detalles, aunque sospecho que lo están deseando, cotillas. Van a tener que quedarse con las ganas.

Un murmullo general de risas contenidas se extendió por la sala. Alonso gozaba de esa rara virtud de soltar lo que pensaba, sin filtros, sin ser demasiado delicado, rayando en la grosería a veces, y no obstante, caer bien a todos. Eras incapaz de odiarlo.

—De modo que, cerrado el asunto de la actual boda, tengo el grandísimo placer de anunciarles la próxima, con el transcendental objetivo de que vayan escogiendo sus galas para la ocasión. Yo, Alonso Maldonado y Lavidia, futuro marqués de Bonagua, en este acto y con nuestras familias y todos ustedes presentes como mis más fiables testigos, solicito al señor duque de Altolaguirre la mano de su hija, Elvira Pérez de Moncada.

La muchacha se ruborizó hasta las cejas y agachó la cabeza para no afrontar la avalancha de exclamaciones y aplausos que se derramó por la sala. Estaba preciosa, con un vestido de capas de tul verde aguamarina y el sombrero más exquisito que había visto en mi vida. El duque se puso en pie, balbució unas palabras emocionadas y lo siguiente que vi, fue a mi nuevo hermano abrazarlo como si fuera otro padre.

Qué maravilla poder decir que se cerraba el círculo.

La fiesta dio comienzo en la más bulliciosa de las algarabías. Beatriz abrió el baile con el marqués y yo hice otro tanto con mi señora madre. Mi mujer estaba tan bonita que, más que una persona, parecía un ángel caído del cielo.

Y era mía.

Mía del todo, como yo era suyo y le pertenecería hasta el fin de mis días.

GRACIAS por leerla. ¿Te ha gustado? Por favor, deja una VALORACIÓN por estrellas / COMENTARIO u OPINIÓN (lo que prefieras) en Amazon. Apoyarás mi esfuerzo y me ayudarás a difundir la novela. Tú, lectora, eres fundamental para proseguir mi trabajo.

¡¡Deseo seguir regalándote muchas horas de diversión!!

Usa este enlace: https://acortar.link/qn8gtA

O este código QR:

SÍGUEME en Amazon ¡¡para que te avise de todo, siempre la primera!! Usando este código QR.



ÚNETE a mi newsletter. Conviértete en Regencia de pleno derecho, recibe mis cartas y consigue GRATIS un fantástico Book Journal 2025 con el que llevar el control de todas tus lecturas del año. ¡¡Supercuqui!!

Suscríbete aquí: subscribepage.io/np9cTD

PRÓXIMA ENTREGA
«Nosotros bajo las estrellas»

¡¡Ya en PREVENTA!!
Cómpralo con un 25% de descuento

EMPIEZA A LEERLO

Empieza a leer…

MADRID, Enero de 1918

En el número ocho de la calle del Barquillo, frente a la Plaza del Rey en Madrid, el sol no sale como en el resto de los hogares. El nuestro brilla más y es más cálido.

Eso decía mi tío desde que tengo memoria. Años más tarde, yo contaba con veinticuatro y él seguía asegurando lo mismo, aunque sospecho que refiriéndose más al apellido familiar que al edificio donde vivíamos. Yo, por mi parte, con el tiempo dejé de ser aquel chiquillo ingenuo que se bebía el mundo alrededor con sus grandes ojos y que creía a pies juntillas lo que juraban los mayores. Llegué a dudar que nuestro sol fuera especial y empecé a admitir que lo veía del mismo color que el del resto del mundo.

Cuando mis padres murieron y me quedé solo y desamparado con tan solo siete años, mi tío Antonio y mi tía Inés, a quienes el Creador decidió no bendecir con descendencia, me acogieron en su casa sin dudarlo. Yo era el primogénito de Miguel Otamendi, llevaba el nombre de mi abuelo y estaba destinado a ser el mayor de una amplia estirpe de hermanos que jamás nacieron. De repente, me vi huérfano, indefenso, pequeño y débil, abrumado por los seis pisos de aquel edificio que debía convertirse en mi casa, y las muestras de cariño de un matrimonio que, aunque conocido y asiduo del almuerzo todos los domingos y fiestas de guardar, no eran mis padres ni lo serían en la vida.

No obstante, mi tía Inés bien supo ganarse mi afecto y mi tío Antonio mi respeto. Mi padre y él fueron socios bien avenidos en todos los negocios que pusieron en marcha y ahora me tocaba a mí representar los intereses del cincuenta por ciento que heredaba. Eso sí, mientras fui un crío, mi tío tomó por mí todas las decisiones importantes. Incluso la elección de la mujer con la que en su momento debía casarme.

Una historia amarga que prefería arrinconar en las profundidades de mi mente, aunque de un modo casi diabólico los recuerdos me visitaran a diario, dispuestos a torturarme en algún momento de la jornada.

Eran alrededor de las tres de la tarde cuando abandoné las oficinas de la Compañía del Metropolitano Alfonso XIII y, a pesar de la hora, el sol apenas si lucía mustio por entre una espesa capa de nubes de invierno. Madrid es así bajo el frío, coqueta y arrogante a la vez, cosida de encanto y gente que camina presurosa por las calles. Decidí no tomar el tranvía y pasear bajo la niebla, atravesar quizá el mercado callejero y comprarle a mi tía unas uvas negras que tanto le gustaban. Mis deberes de aquel día para con la Compañía estaban finiquitados, las obras del metro iban viento en popa, tenía disponible todo el tiempo del mundo y una honda pena ahogándome en el pecho que jamás se marchaba. Las desgracias son losas sobre la espalda, no importa que seas joven ni que la gente te anime a rehacer tu vida. En realidad, no importa lo que

los demás opinen, los demás no suelen solventar tus tragedias.

Me subí el cuello del abrigo para cortarle el camino al dedo helado empeñado en colarse y martirizarme. Gracias a Dios, podía costearme ropa de buena calidad, no como otros desgraciados que andaban medio descalzos por las aceras, pidiendo limosna y durmiendo bajo los bancos del parque. Pese a su considerable fortuna, mi tío era reacio a las obras de caridad bajo el lema «no fomentaré la creación de vagos»; pero junto con mi tía logré montar varios comedores de beneficencia que aseguraban un cazo de guiso caliente a aquellos estómagos atormentados, en especial el del día de Navidad en la parroquia de Nuestra Señora de las Victorias que, convertido ya en tradición Otamendi, mi tío no tuvo más remedio que consentir. A veces me preguntaba si era mi condición de huérfano lo que me hacía especialmente sensible con los semejantes que de todo carecían. Madrid era pobre en muchos aspectos y teníamos barriadas enteras pasando hambre y necesidad. Mientras nuestra Compañía familiar invertía millones de pesetas para modernizar la ciudad, creando una red de trenes subterráneos para los que pudieran pagarlos, el resto seguiría caminando bajo la lluvia con sus botas de suela desgastada. Como siempre.

El mercado bullía felicidad, era así cada día. Los cánticos de los vendedores, el regateo de las cocineras de las grandes casas asegurando los menús de sus señores, las madres con los críos colgados de las faldas y el repiqueteo alegre de las pesetas cambiando de mano. El comercio vivo suma, actúa como agua sobre la tierra sembrada. Me detuve frente a un puesto donde el olor dulzón de la fruta y la verdura era especialmente intenso. Mientras seleccionaba los racimos más frondosos cambiando impresiones con la frutera, sentí una sombra reptar pegada a mi espalda. Me removí inquieto y la molesta sensación desapareció en un pestañeo, pero en cuanto pagué, recogí el cartucho de papel bien apretado y me despedí de la señora, volví a percibirla. La perezosa placidez con la que saliera de las oficinas me había abandonado por completo, sustituida por un extraño escalofrío y la certeza de que algo ocurriría. Algo grave. Algo importante. Aunque todavía no supiera el qué.

Me zambullí en el mar de personas de diversa condición que llenaba la plaza. Prefería mil veces aquel ambiente castizo que los salones de baile o los cuartos de fumar. Los clubes de caballeros donde las conversaciones grandilocuentes sonaban a mentira y a traición y los apretones de manos eran más falsos que una moneda de dos pesetas. No recordaba haber vivido la penuria de mi padre y sus batallas para conseguir la concesión del metropolitano, las puñaladas por la espalda que recibió, los intentos de los que se llamaban amigos por arrebatarle los derechos, pero, cuando se ponía melancólico, mi tío Antonio no hablaba de otra cosa, de modo que conocía hasta el menor de los detalles de aquellas truculentas historias. Y lo que a él le producía orgullo, pues suponía el triunfo de los Otamendi, a mí me repugnaba. No por lo que concernía a nuestra familia, desde luego, sino al mal que nos orbitaba alrededor. La envidia invisible, disfrazada pero presente.

Un tenue roce volvió a encender mis alertas. El bulto menudo moviéndose veloz, palpando las esquinas de mi abrigo con extrema habilidad. Para su desgracia, yo me conocía las tácticas de los carteristas más consumados, ellos mismos me las habían relatado en las jornadas de comedor benéfico, dramatizándome los trucos como si de un teatro se tratara. Alargué la mano y cacé su brazo con los dedos cerrados alrededor, apretados como un garfio. Me sorprendió la extrema delgadez de aquel miembro, apenas el hueso pelado.

—¿Dónde crees que vas, diablillo?

El bulto se sacudió, forcejeando para liberarse. No se lo permití.

—¿Tratando de robarme? ¿Sabes que puedes acabar entre rejas?

Oí un gruñido gutural propio de un animal salvaje. Y dos ojos verdes como la hierba me miraron desde detrás de una maraña de pelo rojo.

—Veo que no te importa, igual piensas que en una celda al menos comerás y dormirás caliente. ¿Sabes lo que les pasa en la cárcel a los chicos como tú?

Volvió a retorcerse mientras yo trataba de discernir, con mucha curiosidad, si mi presa pertenecía al género masculino o no.

—¡Déjeme ir!

Ahí estaba, una voz mucho más aguda de lo que cabría esperar. Era joven, sí, pero no un chicuelo como pensé en un principio, sino una jovencita con más roña y miseria encima de lo que la piel humana es capaz de soportar. Cuando pude contemplar su cara, se me detuvo el corazón.

Así y todo, o precisamente por eso, me resistí a soltarla.

—¡Que me deje, le digo! —aulló bajito.

—¡Alto! ¡Quieta! ¿Cómo te llamas, muchacha? —Tiré de ella para alejarla del gentío. Necesitaba aislarla junto a la fachada de algún edificio para poder comprobar que mi enfermiza primera impresión era cierta. Sin embargo, la muy ladina no dejaba de retorcerse como una gata de campo.

—¡Déjeme ir! No le he robado nada, ¡no le he robado nada!

—Porque no te he dejado. ¿Qué tal si ahora mismo aviso a la policía y te entrego?

No sé por qué esperaba un destello de pánico en aquellas negras pupilas. Lo que vi, sin embargo, fue arrogancia y desafío, algo inusual en un ladronzuelo callejero. En otras circunstancias, de tratarse de un vulgar pilluelo, lo habría dejado libre con una buena colleja que le sirviera de escarmiento, pero en ella había algo que me impedía soltarla. Algo que empezaba en su revuelta cabellera roja y moría en el suave surco de sus labios. No la dejaría escapar, habría renunciado a muchas cosas antes que a perderla.

—¡Estate quieta de una vez, muchacha! Óyeme, ¿tienes hambre?

Creí que estallaría en carcajadas. ¡Cielo santo! Estaba tan flaca que la pregunta sobraba. Sostener aferrado su bracito era como sujetar un atizador de chimenea.

—¿Quieres comer? ¿Quieres un techo?

Entonces sí me miró, perpleja, y dejó de removerse un segundo.

—¿Un techo para cuánto?

—Para todo lo que consientas comportarte.

—¿Es usted cura?

Pestañeé desconcertado.

—No, claro que no.

—Entonces ni lo sueñe.

Volvió a sacudirse como una lagartija. La presión de mis dedos alrededor de su extremidad se incrementó. Aún a riesgo de marcarle la piel, seguía dispuesto a no dejarla escapar.

—¿Rechazas una casa donde puedes vivir a salvo del peligro y el frío de las calles? ¿Donde comerías tres veces todos los días?

—¿Tres veces?

—Incluso cuatro.

La mención de la comida a alguien seguramente muy hambriento varió el gesto retador de su bonito rostro; pero fue un pestañeo, enseguida recuperó la actitud colérica y sus párpados se entornaron casi con odio.

—¿Tan tonta me cree? Sé para lo que los señores como usted llevan chicas a sus casas.

—Para que limpies y atiendas a mi tía —repliqué con firmeza—. Eres una cochina mal pensada.

—Vivo en la calle, señor.

Asentí en silencio. Tenía razón. Aprovecharme de ella y de su situación de necesidad extrema era algo que no se me había pasado por la cabeza, ni entonces ni nunca, pero, por desgracia, no todo el mundo en Madrid pensaba ni se comportaba igual que yo.

—De acuerdo. Esta es mi oferta: puedes acompañarme si quieres y marcharte cuando gustes. Si ves que no te tratamos adecuadamente, puedes irte, la puerta estará siempre abierta, nadie va a retenerte.

Y, aventurándome a que se esfumase corriendo, lentamente liberé su brazo. Nos quedamos frente a frente, observándonos como dos gallos de pelea a punto de arrancarse las plumas. Sin embargo, la energía de la muchacha se había calmado. Sería el frío, el dolor de huesos o el estómago ya perforado por la falta de alimento, pero algo me decía que lo estaba considerando. Tanto a mi propuesta como a mí mismo.

—¿Y podré irme cuando quiera?

—En el momento en que tú decidas.

—¿Y no me denunciará a la policía?

—Si no lo he hecho ahora, ¿qué sentido tendría hacerlo luego? Dime a dónde hay que ir, querrás recoger tus cosas.

Me miró desde abajo casi divertida, con aquellos ojos verdes inocentes y sorprendidos.

—¿Cosas? Yo no tengo más cosas que las que caben aquí.

Reparé en una especie de bolsa ajada que llevaba colgada en bandolera y que protegía con las manos y los brazos como si le fuera la vida en ello.

—¿Vamos pues?

Dijo que sí con un gesto seco de la cabeza. Yo sonreí sin pensar.

—¿Me da uvas de esas?

—Mejor aún, voy a comprarte una buena hogaza de pan y un trozo de queso y, mientras caminamos hasta casa, puedes contarme lo que quieras.

—No quiero contar nada.

—Dime al menos cómo te llamas. Mi nombre es Carlos.

Me miró con desconfianza. No iba a ser fácil conseguir que se relajara, aquellos jóvenes ojos debían de haber visto muchos horrores, cosas que yo no podía ni siquiera imaginar.

—No va a embaucarme con palabras dulces, señorito Carlos.

Se me escapó una risita. Emprendí la marcha y ella se mantuvo a mi lado, caminando rígida, erguida como una reina. Con movimientos poco delicados, pero rotundos. Inexplicablemente segura de sí misma y del suelo que pisaba.

—Irene —soltó al cabo de un buen rato—. Me llamo Irene.

CONTINUARÁ…

Sígueme en Amazon Author ☺
https://www.amazon.com/author/serendipiastark



ÚNETE a mi newsletter. Conviértete en Regencia de pleno derecho, recibe mis cartas y consigue GRATIS un fantástico Book Journal 2025 con el que llevar el control de todas tus lecturas del año. ¡¡Supercuqui!!

Suscríbete aquí: subscribepage.io/np9cTD

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA:

SERIE
«GUANTE DE SEDA»

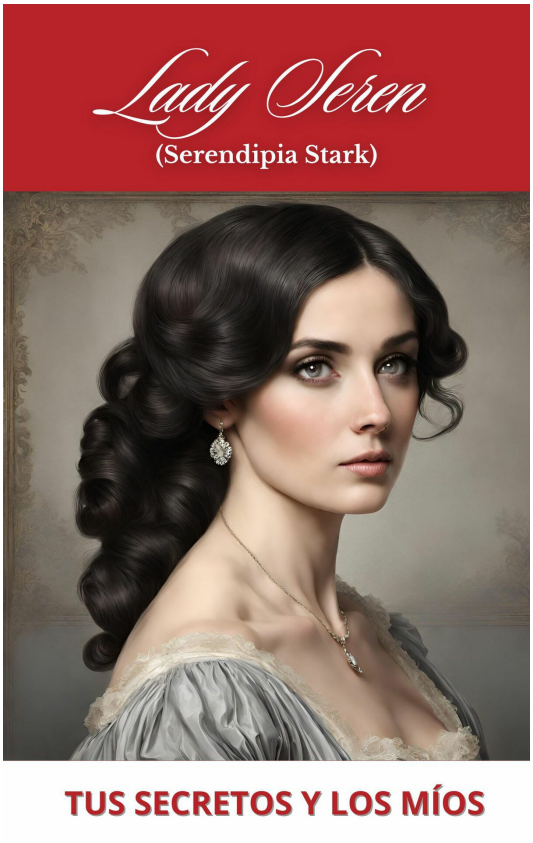
Amor, humor, pasión, aventuras, misterio y secretos familiares en la Inglaterra de 1815

Cuando las mujeres se necesitaban más que nunca y sin embargo, eran rivales

Sororidad, capítulos cortos, mucho diálogo, lectura ágil, diversión asegurada

¡Muy Bridgerton!

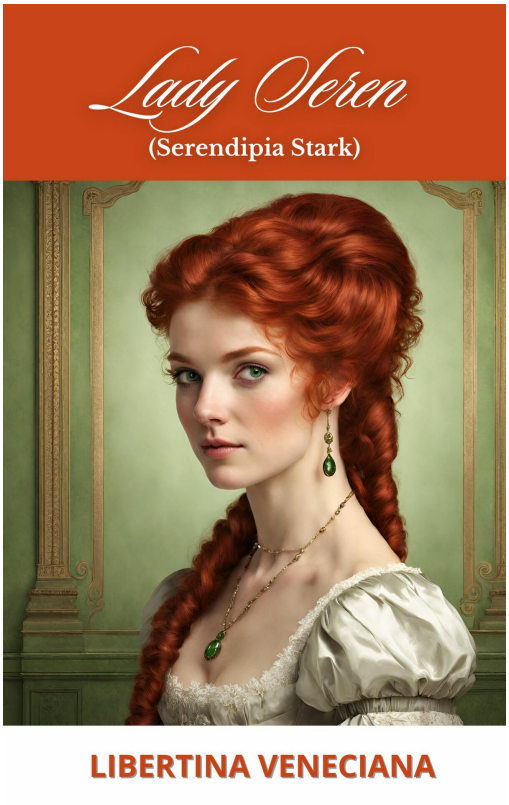
TUS SECRETOS Y LOS MÍOS:
COMPRA aquí: https://mybook.to/tussecretosylosmios
O usa el código QR:



Empieza a leer GRATIS:
https://acortar.link/Yp80Sv

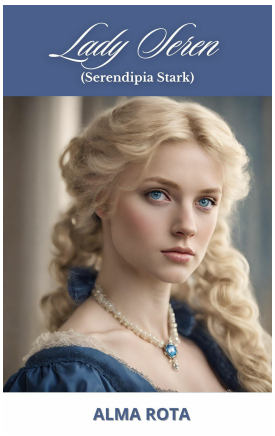
LIBERTINA VENECIANA:

COMPRA aquí:
https://mybook.to/libertinaveneciana
O usa el código QR:



Empieza a leer GRATIS:
https://acortar.link/FioXD8

ALMA ROTA:
COMPRA aquí:
https://mybook.to/almarota
O usa el código QR:



Empieza a LEER GRATIS:
https://acortar.link/WjifpE

DELICIOSO GRANUJA:
COMPRA aquí:
Comprar aquí
O usa el código QR:



Empieza a LEER GRATIS:
https://acortar.link/m87EcW

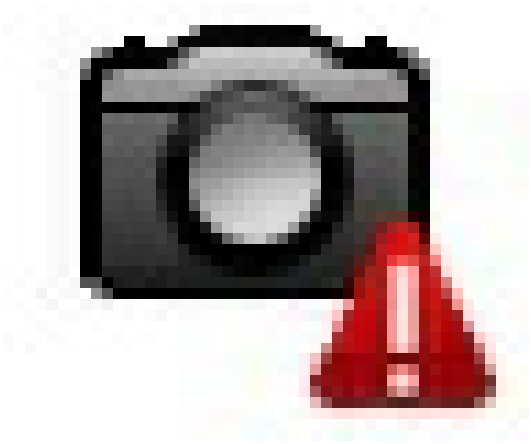
SERIE
«LAS LADIES»

Amor, humor, pasión y aventuras en la
Inglaterra de la Regencia.
6 mujeres más que atípicas.
Un entretenimiento insospechado.
6 sublimes historias de amor que todo lo puede.

EL MARQUÉS Y LA LADRONA:

COMPRA aquí:
https://mybook.to/marquesladrona
O usa el código QR:





Empieza a leer GRATIS:
https://goo.su/7yNvS

UN SUEÑO PARA UNA DAMA:

COMPRA aquí:
https://mybook.to/suenoparaunadama
O usa el código QR:



Empieza a leer GRATIS:
https://acortar.link/MHPm3I

JAQUE AL CABALLERO:

COMPRA aquí:
https://mybook.to/jaquecaballero
O usa el código QR:



Empieza a leer GRATIS:
https://acortar.link/Jd3X1Q

LOS DESEOS DE MILORD:

COMPRA aquí:
https://mybook.to/deseosdemilord
O usa el código QR:



[Empieza a leer GRATIS:
https://acortar.link/xzlaVj](https://acortar.link/xzlaVj)

UNA PROFECÍA PARA MILADY:

COMPRA aquí:
https://mybook.to/profeciaparamilady
O usa el código QR:



Empieza a leer GRATIS:
https://l1nq.com/4XA1e

POR EL AMOR DEL CONDE DE MEROY:

COMPRA aquí:
https://mybook.to/condemeroy
O usa el código QR:



Empieza a leer GRATIS: https://acortar.link/0zNf5w

GRACIAS por leerme. Si te ha gustado, por favor, deja una VALORACIÓN por estrellas / COMENTARIO u OPINIÓN (lo que prefieras) en Amazon. Apoyarás mi esfuerzo y me ayudarás a difundir la novela. Tú, lectora, eres fundamental para proseguir mi trabajo.
¡¡Deseo seguir regalándote muchas horas de diversión!!

Usa este enlace: https://acortar.link/qn8gtA

O usa este código QR:



Agradecimientos

A la vida, que me regaló el don de la creatividad. El defecto de no parar de soñar. La capacidad de inventar mil vidas, mil personajes, mil ambientes.
A la escritura, que se ha convertido en mi mejor terapia, que me ha salvado en los peores momentos, con la que resulta imposible sentirse sola.

Gracias, gracias y tres veces gracias, a ti, querid@ lector/a, por haber escogido leer «La hija del marqués» de entre toda la oferta actual. Que haya sido mi libro el elegido, que haya caído en tus manos y le hayas dedicado parte de tu tiempo, que te hayas sumergido en mi mundo, le da todo el sentido y más, a mi trabajo. Espero, de corazón, que te animes con las siguientes entregas de la serie.
Si te ha hecho disfrutar, te agradecería en el alma que dejases una valoración por estrellas, comentario o reseña en la plataforma de venta. Es imprescindible para hacer visible la novela, y

para incentivar a otros lectores.
De nuevo gracias.

Acerca de la autora:

Serendipia es y ha sido siempre, mi palabra favorita. Creo que la vibración de su sonido tiene la capacidad de alegrar a quien la pronuncia y a quien la escucha. Por eso no dudé en que sería mi nombre cuando decidiera regalaros lo mejor de mí, mi esencia más íntima en forma de historias, emociones, reacciones, personajes y diálogos. Porque la serendipia es la magia de encontrar algo inesperado cuando estás buscando otra cosa, mi deseo es que te encuentres con mis novelas, sea lo que sea lo que andes buscando.
Y que te hagan feliz. Gracias por leer.

¿Te apetece seguirme en mis redes sociales?

INSTAGRAM: @serendipia_stark_escritora
https://www.instagram.com/serendipia_stark_escritora/

FACEBOOK: Serendipia Escritora
https://www.facebook.com/people/Serendipia-Escritora/100077002804078/